William Mac Cann

Viaje a caballo por las provincias argentinas

Traducción directa del inglés por José
Luis Busaniche

Nota preliminar

El autor de este «Viaje a caballo por las Provincias Argentinas», fue un negociante inglés, hombre de apreciable cultura y claro entendimiento, llegado al país en 1842. William Mac Cann vino a Buenos Aires atraído por los beneficios comerciales que habían obtenido en el Río de la Plata muchos súbditos británicos, pero, al tiempo de su arribo, la situación no era propicia a los negocios de tráfico exterior, que constituían el mayor aliciente para los especuladores de la época. Corrían años difíciles de la dictadura rosista. En 1842, los representantes de Francia e Inglaterra habían tomado ingerencia en la política del Río de la Plata, oponiéndose a que los ejércitos de Rosas -mandados por Oribe- se apoderaran de Montevideo. La guerra civil recrudecía, el Almirante Purvis inmovilizaba la escuadra de Buenos Aires frente a Montevideo (1843) y en los gabinetes de Londres y París se preparaba después la famosa -mediación armada- que se hizo sentir en 1845 y 1846.
Mac Cann hubo de resignarse al fracaso de sus primitivos planes y decidió permanecer en la ciudad, ejerciendo el comercio en la escala que permitían

las circunstancias. Los acontecimientos políticos que apasionaban a la opinión despertaron su curiosidad y trató de comprender el proceso de la dictadura con relación a los intereses extranjeros y, al comercio del Río de la -VIII- Plata. Al efecto, se documentó con bastante amplitud, no solamente sobre los sucesos próximos, sino sobre antecedentes más lejanos, de tal modo que adquirió información asaz completa de la historia del país a partir de 1810. Las conclusiones a que llegó Mac Cann, no fueron del todo adversas a Rosas. Lo consideró como una fatal imposición de los hechos y de la incapacidad popular para el gobierno propio.

Creemos que a fines de 1845, cuando la escuadra anglo-francesa llevaba su más seria ofensiva contra Rosas, Mac Cann se embarcó para Inglaterra. Con los datos y materiales reunidos en años anteriores, había escrito un interesante trabajo que apareció en Liverpool, 1846, por las prensas de Thomas Bain, titulado «The present position of affairs in the River Plate» y que firmó con el pseudónimo de «A Merchant», (Un Comerciante.). Este raro folleto, inédito en castellano, contiene datos de valor y algunas juiciosas reflexiones sobre los asuntos del Río de la Plata y la intervención europea en tiempo de Rosas. El factor económico, sobre todo, aparece claro y operante dentro del proceso político. El autor no cree que el derrocamiento de Rosas y su régimen pueda ser una solución a los trastornos políticos y comerciales que conmueven a las repúblicas del Plata. A la dictadura sucedería la anarquía y la consecuente inestabilidad de los gobiernos. La mediación armada anglo-francesa será nociva a los intereses de esas mismas potencias europeas. No cree a Rosas enemigo de la libertad de comercio; necesita de la Aduana de Buenos Aires para subsistir y mal puede interesarle cegar la fuente misma de sus recursos financieros. Factor muy principal en la lucha sostenida por él contra sus enemigos, -IX- es -para Mac Cann- la competencia comercial entre los puertos de Montevideo y Buenos Aires1.

Debió de contribuir en mucho a la formación del criterio del autor sobre los negocios políticos del Plata, el hecho de que sus connacionales, en gran número, hubieran adquirido desde tiempo atrás grandes extensiones de campo en la República, monopolizando, también, el alto comercio de Buenos Aires sin que el Dictador lesionara en lo más mínimo sus intereses.

Refiere Mac Cann que, cuando la escuadra anglo-francesa se apoderó de los buques que bloqueaban a Montevideo, en 1845, creyose que Rosas ejercería venganzas sobre los ingleses y franceses residentes en Buenos Aires, pero, contra lo que se esperaba, impartió las órdenes más estrictas para que fueran respetadas sus personas y bienes. La buena disposición fue más allá: como el bloqueo trajera la paralización de los negocios en Buenos Aires, Rosas alivió la situación de los comerciantes extranjeros -ingleses principalmente- facilitando el depósito de las mercaderías y librándolos de los impuestos que pagaban en tiempos normales.

Conocidos estos antecedentes, no es aventurado suponer que Mac Cann interpretara la opinión general de sus connacionales, quienes -exentos de obligaciones militares para sostener al Dictador- gozaban de mayores derechos que los hijos del país, disponían libremente -X- de sus capitales, practicaban su culto, fundaban escuelas y vivían en paz y prosperidad2.

En 1846, el gobierno inglés pudo ver confirmadas algunas de las

predicciones de Mac Cann. Las agresiones navales en el Río de la Plata, en nada prestigiaban el crédito moral ni material de Gran Bretaña. La reacción no se hizo esperar. La misión Hood, (1846) fue de carácter conciliatorio. El Lord Howden, que salió a principios de 1847 con el Conde Waleski -representante de Francia este último- traía instrucciones de Palmerston para buscar términos de conciliación definitivos. Mac Cann, que debió de conocer las intenciones del gabinete inglés, se embarcó entonces para Buenos Aires. Estuvo en esta ciudad para marzo de 1847, antes de la llegada de Howden.

«En Inglaterra -dice Mac Cann- había visitado yo una comarca de donde partiera un gran número de inmigrantes a Buenos Aires y a la que me sentía íntimamente vinculado por diversos motivos. La alarma era grande allí por la suerte que hubieran podido correr dichos compatriotas y con insistencia me pidieron parecer sobre el asunto. Pero el conocimiento personal que yo tenía del interior de la provincia, no me bastaba para dar una opinión formal. De ahí que me creyera obligado, para mi propia satisfacción y la de mis amigos, a emprender -XI- un viaje por el país a fin de estar en condiciones de responder a tan importante cuestión»3.

Llegado a Buenos Aires, Mac Cann no tardó en poner en efecto su proyecto e inició los preparativos de su viaje. Compró dos excelentes caballos, los aperó a la criolla, y acompañado de su amigo don José Mears, salió de la ciudad por el camino de Barracas, el 29 de abril, en una bella mañana otoñal que, por lo clara y luminosa, se le antojó de primavera4.

Deteniéndose en algunas quintas y estancias inglesas, llegaron en pocos días a Magdalena, por el camino de Quilmes. En la estancia de Mr. Taylor, Mac Cann decidió abandonar los dos buenos caballos adquiridos en la ciudad y compró una tropilla para mayor seguridad del largo viaje que se disponía a emprender al sur de la provincia. Esto le hizo pensar en la necesidad de procurarse un hombre avezado en las faenas del campo, que hiciera de baquiano y cuidara de los caballos.

El caso no era de fácil solución porque la mayoría de los hombres de campo estaban en la milicia. Mr. Taylor allanó la dificultad consintiendo en que su hijo Pepe sirviera de acompañante a los viajeros. «Don Pepe» -como le llama Mac Cann- era un muchacho que no había cumplido sus veinte años, fuerte, curtido, conocedor del campo, gran jinete y diestro en el manejo del lazo y las boleadoras.

-XII-

Con la tropilla comprada en Magdalena y un caballo carguero, los tres jinetes hicieron rumbo a Chascomús, dispuestos a llegar al Tandil, como punto más meridional de su itinerario. Marchaban durante el día, pernoctando en las estancias, en los poblados o en míseras viviendas y en todas partes encontraban hospitalidad generosa. «Don Pepe» se ocupaba de los caballos y allanaba los obstáculos con su experiencia criolla. Mac Cann tomaba sus apuntes, registrando los precios de los campos, del ganado, los jornales de los peones y al mismo tiempo observaba la naturaleza, las costumbres, las formas de vida, anotándolo todo con escrupulosa exactitud. Así cruzaron el río Salado, camino de Dolores y, andando casi diariamente, llegaron a Tandil ya promediado el mes de mayo. El viaje se prolongó hasta la línea de frontera y visitaron Azul y Tapalquén, donde Mac Cann se documentó sobre los indios pampas y recogió

datos sobre otras tribus del sur. Desde Tapalquén, los viajeros se encaminaron a la estancia «Los tres Bonetes», del Dr. Dick. Allí pensaba Mac Cann renovar su tropilla y seguir la frontera del oeste, en dirección al norte, hasta el límite de Santa Fe. Con gran sorpresa suya, en aquellos campos donde tanto abundaban los caballos matreros, no pudo encontrar unos pocos animales mansos que le permitieran llenar su itinerario. Esta circunstancia le obligó a volver directamente a la ciudad, con su tropilla en pésimas condiciones. Atravesaron así grandes estancias, pertenecientes, todas, a súbditos ingleses. En las proximidades de Buenos Aires, donde la población era más densa y estaban los grandes criaderos de ovejas, el joven Taylor se apartó de sus compañeros para dirigirse a Magdalena con sus caballos. Mac Cann -XIII- y Mears entraron en la ciudad, el 11 de junio, después de un recorrido de doscientas leguas.

El Lord Howden había llegado a Buenos Aires en mayo, pero, como no pudiera formalizar un acuerdo con Rosas, interrumpió las negociaciones y partió para Río de Janeiro. Había mucha expectativa por el resultado de la misión. En la Cámara de Representantes, el viaje de Mac Cann despertó sospechas y un diputado insinuó la posibilidad de que se hubieran recogido datos que pudieran servir al Comisionado británico. Mac Cann, que preparaba otro viaje hacia el norte, sintiose decepcionado, sobre todo cuando vio publicado en «La Gaceta» el discurso del sapiens senator. Pero Rosas, que conocería, sin duda, los antecedentes del viajero y el folleto publicado en el año anterior, le hizo llamar a Palermo, mantuvo con él largas conversaciones y terminó dándole cartas de recomendación y toda clase de seguridades para el viaje que proyectaba.

En julio del mismo año, el Comisionado Howden ordenaba al Almirante Herbert el levantamiento del bloqueo inglés en ambas márgenes del Plata, lo que significó un rudo golpe para los enemigos de Rosas. Este acontecimiento facilitó la empresa de Mac Cann, que pudo preparar holgadamente su viaje a Santa Fe.

En el mes de noviembre, salió nuevamente de Buenos Aires, acompañado esta vez por su amigo y compatriota William Barton. Emprendió su viaje por «el camino del Norte» sirviéndose de los caballos y postillones que facilitaban en las casas de posta. Los viajeros cumplieron con felicidad su itinerario en jornadas regulares que oscilaban entre doce y veintidós leguas por día. Como en el viaje al sur, Mac Cann recogió informes -XIV- para sus planes comerciales registrando sus impresiones de la naturaleza y del ambiente circundante.

Llegados a Santa Fe, hizo valer sus cartas de recomendación que le abrieron todas las puertas. El canónigo don José de Amenábar les proporcionó cómodo alojamiento y les hizo llegar hasta el gobernador, general Echagüe, quien brindó a Mac Cann la mejor acogida presentándolo a su esposa y a su hija. Permanecieron algunos días en la ciudad. Después de realizar una excursión al campamento del general Mansilla, que desde una isla de Santa Fe pasaba caballadas a la provincia de Entre Ríos, Mac Cann ajustó el viaje a Córdoba con un vecino de la ciudad conocido por don Pancho Rodríguez. Este lo acompañaría con los caballos necesarios, mediante un precio convenido. Provisto de cartas del gobernador, salió Mac Cann de Santa Fe -acompañado de Barton y Rodríguez- el 11 de diciembre. No existía camino de postas y el viaje a Córdoba, en línea directa, ofrecía

serios peligros. En el Sauce -población indígena- se incorporó a los viajeros una escolta de seis carabineros y seis indios armados a lanza. «Me vi convertido -dice Mac Cann- en una especie de señor feudal con sus caballeros y escuderos...» En el camino experimentaron molestias por la falta de agua y durmieron al raso más de una vez; los indios amenizaron la travesía boleando venados que abundaban en la región.
En Córdoba, Mac Cann tuvo la misma acogida que en Santa Fe; visitó la ciudad, las autoridades le facilitaron cuantos informes necesitaba y alternó con los vecinos más respetables. Habiendo desistido de un viaje al sur de la provincia, volvió camino a Santa Fe, atravesando -XV- en pocos días, en largos galopes, toda aquella vasta y despoblada extensión. Desde Santa Fe pasó a Paraná, fines de diciembre, con el propósito de visitar la provincia de Entre Ríos. Como en Buenos Aires -tal vez en mayor escala- grandes superficies de campo eran allí propiedad de súbditos ingleses. Siempre a caballo y en compañía de su amigo Barton, Mac Cann atraviesa la provincia desde Paraná hasta Concordia, costea el río Uruguay, hacia el sur, se documenta sobre la economía de la región, visita estancias, observa las características de las poblaciones: Uruguay, Gualeguaychú, Gualeguay. En Gualeguay, la familia de la señora Brittain, inglesa, oriunda de Sheffield, era dueña de la mayor extensión poseída por un súbdito británico «en esta parte del mundo»: doscientas leguas cuadradas de territorio...
Desde Gualeguay, los viajeros, con riesgo de sus vidas, se internaron en las islas del Paraná y atravesaron el río, desembarcando en las costas de la provincia de Buenos Aires, a sesenta leguas de la ciudad. Dos días después se hallaban en sus inmediaciones. Habían recorrido, en este segundo viaje, quinientas sesenta y siete leguas en el término de sesenta días. Vuelto a Buenos Aires, (enero de 1848), la situación presentose todavía más favorable a los planes comerciales de Mac Cann. Al levantamiento del bloqueo por parte de Inglaterra, en el año anterior, se había seguido la batalla de Vences que consolidó más aún -si bien temporariamente- el poder de Rosas en el litoral argentino. Antes de dos años (noviembre 1849) la Convención Arana-Southern, sellaría la amistad definitiva de Inglaterra con la Confederación. Carecemos de antecedentes sobre las actividades -XVI- mercantiles de Mac Cann durante esos años. Por lo que hace al libro que nos ocupa, dispuso de largo espacio de tiempo para ordenar los apuntes de su viaje y el abundante caudal de notas sobre historia, economía, inmigración y otros aspectos de la vida nacional, que había recogido desde tiempo atrás para la publicación que proyectaba.
En 1850, Rosas obtuvo nuevo triunfo diplomático con el tratado Arana-Le Predour que trajo la paz con Francia y el consiguiente desamparo de los sitiados en Montevideo. El conflicto de Rosas con el Brasil, ese mismo año y el pronunciamiento de Urquiza, en 1851, salvaron a Montevideo provocando luego la caída del Dictador. Diversas circunstancias nos llevan a creer que Mac Cann abandonó el país después de la batalla de Caseros. Lo encontramos en Londres, en 1852, ocupado en la impresión de su libro, que apareció a comienzos del 53, por la librería Smith, Elder and Cº, editora de obras de actualidad y de autores tan célebres como Ruskin y Thackeray. La obra consta de dos volúmenes y se intitula, literalmente, «Dos mil millas a caballo, a través de las Provincias Argentinas, o sea una

relación acerca de los productos naturales del país y las costumbres del pueblo, con un historial sobre el Río de la Plata, Montevideo y Corrientes», por William Mac Cann, autor de «El estado actual de los negocios (políticos) en el Río de la Plata».

Como puede advertirse, la parte más substancial del libro de Mac Can y que da título a la obra, es su viaje de más de dos mil millas -setecientas setenta y cinco leguas- por las provincias argentinas. La parte descriptiva, con sus observaciones sobre el estado del país -XVII- y costumbres de sus habitantes, comprende la mitad de la obra total. El resto lo íntegra el historial enunciado en el título, que abarca doscientas páginas del segundo volumen, y otros capítulos referentes a geografía, clima, estadísticas, etc.

Los capítulos de la parte descriptiva y por así decir, pintoresca y plástica de la obra, son los que hemos traducido para esta primera versión castellana del libro de Mac Cann, reducida a lo que constituye por definición la materia de un libro de viajes.

Cada uno de esos capítulos contiene, además, gran acopio de datos e informaciones de todo orden, materiales de gran valor para la reconstrucción de un período muy complejo de la historia argentina5 . Bastaría esta última circunstancia para justificar la traducción de la obra como preciosa fuente de información documental. Pero ella encierra además otras cualidades y méritos de orden literario que harán placentera su lectura. Por encima del negociante, concreto y exacto en sus observaciones, hay en Mac Cann el hombre de sensibilidad y cultura literarias, que siente la naturaleza, se deleita con el paisaje, gusta del color local y descubre los rasgos psicológicos esenciales de la sociedad en que actúa. Bajo ese aspecto, pocos viajeros han descripto con tanto acierto el paisaje y la vida argentina en un momento -XVIII- de su historia, como el autor de este «Viaje a caballo por las provincias». A la observación minuciosa y aguda, de costumbres, lugares, tipos y caracteres, agrega su capacidad de comprensión y síntesis para valorar fenómenos espirituales. Quizás ensombrezca un tanto su visión y su juicio el estrecho puritanismo de su formación protestante, aunque esa misma saturación bíblica de su espíritu, unida a la influencia de los autores románticos, entonces en boga, presta, a muchas de sus páginas, indiscutible originalidad.

Estas notas aclaratorias no pretenden hacer crítica del libro traducido ni señalar valores que el lector, por sí mismo, apreciará. Queríamos solamente presentar al autor en el escenario de sus rudas andanzas. Pocas noticias han llegado hasta nosotros sobre la vida en Inglaterra, de William Mac Cann. Ignoramos la fecha de su nacimiento y de su muerte. Pero es de creer que sus años del Río de la Plata, fueron los más intensos de su vida, como lo fueron, después, para dos ilustres escritores de habla inglesa que también galoparon mucho por la pampa: Guillermo Enrique Hudson y Roberto Cunninghame Graham.

J. L. B.

Capítulo I

Partida de Buenos Aires. - El apero de montar. - La iglesia y la aldea de Quilmes. - La granja de Mister Clark. - Peones irlandeses. - El cultivo de la papa. - Hospitalidad inglesa. - Valor de la tierra y jornales de los peones. - Escena matinal. - Una manada de caballos salvajes. - El campo florido. - Pastoras a caballo. - Teru-terus. - La estancia de Mr. Bell. - El lazo y las boleadoras. - Doma de potros. - Las majadas de ovejas. - En plena pampa. - Una pulpería. - La estancia de Mr. Taylor. - Precio de la tierra. - Moneda corriente. - Instinto de los caballos. - Las manadas. - Manera de encastar mulas. - Población nativa. - Modo de cazar perdices. - Un rodeo. - Formas de viajar. - Una familia patriarcal. - Eligiendo caballos. - En marcha con mi tropilla.

En una clara y hermosa mañana de primavera salí de Buenos Aires, acompañado de mi guía y amigo Don José6, para emprender mi primer viaje a caballo por las provincias argentinas. Los preparativos me habían llevado algunos días y como tales aprestos caracterizan la manera de viajar en estas regiones, puede ser de algún interés el consignarlos.

Aunque hay aquí mucha abundancia de caballos, no todos sirven para un jinete habituado a los corceles europeos, dóciles y bien enseñados. Al fin me decidí a comprar dos; habían sido traídos del campo hacía poco, pero su dueño me aseguró que comían grano y esto ya era garantía bastante de que estaban amansados desde algún tiempo atrás. Comprobé también que eran de -2- buena boca y, encontrándolos aptos para lo que me proponía, los compré (después de mucha conversación) a un precio equivalente a una libra y diez y seis chelines cada uno. Eran animales jóvenes y de lindas formas; en mi país se les hubiera considerado muy propios para la silla de una dama. Los arreos y otros pertrechos necesarios para el viaje, merecen ser descriptos.

Las riendas son de cuero crudo, trenzado, muy fuerte, y el freno de manufactura inglesa, aunque de modelo español. Mi apero estaba formado de las siguientes piezas: primero, un cuero de oveja colocado directamente sobre el lomo del caballo; luego una manta de lana, doblada, que puede servir de abrigo al jinete y va cubierta por otro cuero sin curtir para defenderla del agua; después un cobertor espeso de lana, fabricado en Yorkshire, con largas borlas colgando de las esquinas; esta pieza se dobla cuidadosamente y va cubierta con una carona de suela, bastante amplia, que protege todo lo demás de la humedad y la lluvia; los bordes y extremos de esta última pieza tienen ribetes estampados primorosamente con dibujos ornamentales. Todas estas prendas equivalen al simple mandil que se pone bajo la silla inglesa. Luego viene lo que puede llamarse el eje de la silla, fabricado de madera y cuero. De él se suspenden los estribos: forma como un asiento plano, algo curvo, para adaptarse al lomo del caballo.

Todo este equipo se asegura con una cincha de cuero crudo, ancha de doce a catorce pulgadas. La silla va cubierta para mayor comodidad -y también

para proveer de almohada al jinete durante la noche- con una piel de oveja cuya lana se tiñe de púrpura brillante; sobre ella colocan un cobertor liso, parecido a esas alfombrillas de lana con flecos que adornan el piso en las salas de Inglaterra; -3- encima va una pieza de cuero delgado y muy blando, sobre la que se sienta el jinete. Por último, el conjunto se asegura todavía con otra cincha de cuero ornamentado. Este agregado de atavíos, sumado al peso del jinete, forma una carga considerable, aun para cabalgaduras fuertes, cuando se trata de un viaje largo y hecho con alguna prisa7.

El caballo de don José, mi compañero, iba aparejado idénticamente, llevando además una ancha alforja de lona con la ropa y otros objetos necesarios. La tarea de ensillar y de arreglar los equipos, llevó más de una hora. Después que los amigos nos desearon felicidades y buena suerte, montamos para emprender nuestro viaje de ochocientas millas hacia el sur, por las pampas, viaje que debíamos realizar por entero a lomo de caballo.

Luego de haber andado cosa de una legua, cruzamos el puente de Barracas, entrando en una extensa llanura donde nada indicaba la cercanía de una gran ciudad. Las casas, en su mayoría, eran construcciones de madera, muy recientes, y pertenecían a inmigrantes vascos; las había también de estacas y cañas, revocadas de barro. Unas pocas eran de ladrillo y bien edificadas, pero nadie hubiera creído que desde ese paraje podía llegarse en una hora de caballo a la capital de una extensa -4- república. Parecía más bien el lugar de acceso a una llanura ilimitada. En el campo, conforme avanzábamos, aparecían en mayor número las vacas, caballos y ovejas.

Al cabo de tres o cuatro leguas, entramos en una extensión de terreno ondulado, a inmediaciones de Quilmes, cerca del sitio donde desembarcaron las tropas inglesas en aquella fatal expedición comandada por el general Whitelocke. El camino corría por entre montecillos de durazneros, sauces y álamos. En esos lugares se halla la casa de Mr. Clark, súbdito británico, donde nos quedamos a pasar aquel día.

Las ramas del duraznero se utilizan aquí como leña de quemar: las cortan a los tres años de plantado el árbol y en esa sazón venden la leña. Pasados tres años más, vuelven a cortar las ramas y así sucesivamente, mientras la planta no se seca. Se calcula que este comercio produce el 25% de interés, pero, sistema tan artificioso para proveer de combustible a una ciudad no durará mucho tiempo. Algunas islas del río Paraná están llenas de excelentes maderas y esos bosques podrían abastecer a la ciudad, si fueran objeto de explotación. El día que lleguen pobladores extranjeros y emprendan esa industria, con las embarcaciones necesarias, se abandonará este raro sistema de plantar árboles para utilizarlos como combustible.

En Quilmes hay una iglesia construida de ladrillo y junto a ella un cementerio que en otro tiempo ha estado cercado con una pared; ésta se halla tan derruida que las vacas entran a pacer libremente y destruyen las tumbas. La villa se compone de una casa muy bonita y otras doce de aspecto común. En los alrededores, y en pequeñas parcelas de terreno separadas unas de otras, se levantan -5- los consabidos ranchos de cañas y barro. Quilmes ha sido antiguamente el centro de una tribu de indios, de la que tomó su nombre. Estos indios fueron traídos del interior con el propósito de civilizarlos y han desaparecido con el andar del tiempo. Por

el año 1820, las tierras fueron cedidas a determinadas personas bajo condición de introducir mejoras y edificar algunas casas. La historia de esta tribu ofrece cierto interés por cuanto demuestra que las razas menos vigorosas y civilizadas están destinadas a extinguirse, en contacto con otras más fuertes. Los indios Quilmes procedían de la provincia de Catamarca donde sus antepasados lucharon contra los españoles en el transcurso de varias generaciones. Finalmente, quedaron reducidos a doscientas familias, capitularon, y fueron traídos a esta región para incorporarlos a la vida civilizada. Pero, en ese proceso de depuración, la tribu ha terminado por extinguirse.

La aldea se halla fuera de los caminos principales y, debido a esa circunstancia, difícilmente podrá adquirir algún desarrollo. Con todo, si en lugar de tenerla abandonada y cubierta de hierbas, se dedicaran sus terrenos a la formación de quintas, jardines o viñedos, podría constituir un abrigo feliz para muchas familias industriosas. Al presente ofrece un cuadro de pobreza y desolación porque los habitantes del sexo masculino se hallan todos de servicio en el ejército.

La entrada a la casa de Mr. Clark despertó en mí la más viva simpatía: todo en aquel hogar me representaba la actividad y el comfort británicos. La huerta estaba provista de las mejores hortalizas y había plantaciones rodeadas de excelentes empalizadas. La tierra, feracísima y apta para todo cultivo, había sido removida con arados y rastras escocesas. Abundaban las aves de corral y -6- las piaras de cerdos. En un terreno vecino se veían grandes montones de pasto. Unas robustas mujeres irlandesas andaban muy atareadas conduciendo tarros de leche. Como la quinta se halla situada a corta distancia de la ciudad, los productos de granja encuentran buena salida y Mister Clark sabe sacar de todo el mejor provecho. La carne, los lechones, las aves, las frutas, las hortalizas, la manteca, los huevos, el pasto, la leña, todo puede colocarse, y a precios más altos que en Londres y París, con excepción de la carne. El mayor inconveniente está en los caminos, que, durante el invierno, se ponen intransitables.

Junto al corral de la granja se halla instalada una fábrica para hervir o cocer la carne de vaca: los tanques son de hierro, de procedencia inglesa y tienen capacidad para cien bueyes8. La mayoría del personal empleado está constituida por irlandeses, gente muy laboriosa y que economiza casi todas sus ganancias. Puede dar una idea del número de personas empleadas, el hecho de que Mr. Clark faena una res cada tres días para el mantenimiento de su casa, aparte las ovejas que se consumen.

También se cultiva la papa, aunque ésta, hablando en general, no es tan abundante ni tan buena como en Inglaterra; pero asimismo se hacen dos cosechas por año; la primera cosecha, plantada en septiembre y recogida en enero, corre peligro de ser comida por la carraleja o mosca española cuando los calores vienen muy temprano. Estos insectos son recogidas y se venden a los droguistas de la ciudad; en algunos años abundan -7- tanto, dentro de los primeros días de su aparición, que comen por entero las raíces, dejando el tallo enteramente desnudo. La segunda cosecha de papas se siembra por el mes de febrero, pero si el verano es muy largo se prolonga la vida de los insectos y entonces, con seguridad, destruyen los primeros vástagos, tan pronto como empiezan a crecer. Las mejores semillas de papas se obtienen de los capitanes de barcos, pero siempre es una

cosecha muy aleatoria por la falta de suficiente humedad, Durante los últimos años el precio ha oscilado entre uno y tres peniques por libra, de papas9. Cualesquiera otra especie de hortalizas inglesas pueden alcanzar aquí su máximo desarrollo: además, las calabazas y los melones podrían constituir un alimento muy principal. Los melones abundan mucho y se venden a bajo precio.
Con Mr. Clark participamos de una mesa excelente: asado de vaca, aves, puding inglés, papas y pan blanco, todo bien cocinado y presentado con mucha pulcritud. Fuimos invitados con insistencia a pasar la noche en la casa y para el efecto dejamos atados los caballos, pero de manera que pudieran pastar libremente.
El campo abierto tiene aquí un valor de treinta a cuarenta chelines10 por acre11 inglés y es el precio corriente a esta distancia de la ciudad, vale decir cinco leguas. El precio de la tierra en los desiertos australianos asciende, según creo, a veinte chelines por acre; aquí, en una hermosa región, a menos de la mitad de la distancia -8- desde Inglaterra, y a quince millas de una ciudad de sesenta mil habitantes, puede adquirirse la tierra a un precio de cuarenta chelines por acre.
La dificultad con que se tropieza de inmediato en cualquier empresa agrícola, es la construcción de vallados para contener las haciendas porque los gastos de zanjeo resultan muy crecidos y el trabajo se paga por vara. Los peones empleados en las labores de granja y en la construcción de fosos para cercados, ganan generalmente tres libras por mes12, incluida la ración diaria. Casi todos estos trabajos son desempeñados por escoceses e irlandeses.
El sol, entrando por las hendiduras de los postigos, nos incitó a dejar el lecho muy de mañana para gozarnos en la belleza pastoral de la escena. Se extendía por todos lados una planicie de apariencia infinita, de un verde reluciente, como que estábamos en primavera, y donde pastaban miles de vacas, caballos y ovejas: una gran majada de estas últimas pertenecía a nuestro huésped. Era de llamar la atención la cantidad de hongos que cubrían el suelo: recogimos algunos en un pañuelo y los mandamos a la cocina para que hicieran parte de nuestro desayuno. Me hallaba en esa tarea cuando fui sorprendido por un ruido sordo, acompañado de una trepidación: la tierra parecía temblar bajo nuestros pies. A poco pude advertir que se trataba de una inmensa tropa de baguales que, para mis ojos inacostumbrados a ese espectáculo, no bajaban de mil y se acercaban galopando por la llanura. La presencia de dichos animales se debía a la escasez de pasto -por falta de lluvia- en otros campos distantes. Venían a las inmediaciones de Quilmes -9- porque en esos parajes encontraban buen sustento. Los caballos, extraviados después de abandonar sus propios campos, habían ido aumentando en número a punto de constituir un serio inconveniente, no tanto por el pasto que consumían como por los perjuicios que causaban en los cercados. Con el objeto de alejarlos empezaron por encerrarlos en un corral; seis hombres bien montados los arrearon después, campo afuera, a una distancia de cinco a seis leguas donde quedaron libres para vagar a su antojo y buscarse alimento.
Después de un sustancioso breakfast, nos despedimos de Mr. Clark para proseguir nuestro viaje. El camino atravesaba una pampa de excelentes pastizales. En aquella estación, la hierba, de intenso verdor, crecía

esplendorosa y toda la extensión que los ojos abarcaban parecía una alfombra de terciopelo verde oscuro donde se esparcían las flores doradas de la primavera. Muy cerca, y a nuestro alrededor, los hongos de color blanco cubrían el suelo. No se veían árboles -a excepción de uno o dos que se divisaban junto a una casa- pero las casas son pocas, debido a la escasez de población.

Junto a un arroyo cruzamos una gran majada de ovejas vigiladas con mucho cuidado. La pastora iba a caballo y se empeñaba en hacer avanzar algunos corderillos rezagados. Aunque me encontraba lejos para poder juzgar de su fisonomía, la revestí con la imaginación de todos los encantos de los pastores arcádicos. Viendo el cuidado que se tomaba por sus corderos, me quedé por un rato mirándola con acentuado interés. Revoloteaban a su alrededor las aves de rapiña; en la orilla del agua algunos caranchos se aprestaban a caer sobre un corderillo extraviado.

-10-

Continuamos la jornada hasta vernos detenidos por un arroyo angosto y profundo: para encontrar el vado buscamos las huellas de otros jinetes y, habiendo encontrado rastros recientes, pasamos sin ninguna dificultad. Hasta aquí conocíamos el camino, pero, más adelante, nos fue necesario tomar informes en un rancho. Con toda deferencia nos señalaron una plantación que se vela sobre una eminencia del terreno, distante cosa de media legua. Desde allí debíamos hacer rumbo hacia la izquierda. En el lugar indicado, y como empezara a invadirme la fatiga, desmonté para tomar un descanso y hacer una pequeña refacción. Los hongos cubrían el suelo a mi alrededor. Hice fuego y asé algunos en la ceniza. Con esto y un bizcocho me procuré una deliciosa merienda. Veíanse gran cantidad de pájaros silvestres; algunos eran rapaces de la especie de los halcones.

Una laguna, a cuyas márgenes nos habíamos sentado, se hallaba literalmente cubierta de patos salvajes y los teru-terus, atraídos por el humo, revoloteaban sobre nuestras cabezas como escrutando nuestros movimientos. Este pájaro, en la manera de caminar y en el vuelo se parece mucho al avefría verde de Inglaterra. La belleza de la escena hubiera sido completa de haberse acompañado con el rumor de las hojas en un bosque, pero aquí no hay árboles que presten a las aves el abrigo de sus frondas.

Satisfechos con nuestra sencilla merienda y habiendo dado descanso a las cabalgaduras, nos pusimos en camino y al cabo de una hora llegamos a la estancia de un caballero escocés, Mr. Bell. Este se encontraba ausente, pero su encargado nos recibió con mucha cordialidad. Nuestro primer cuidado fue asegurar los caballos y los dejamos acollarados para que pudieran pastar en libertad. En la habitación que se me destinó, tuve la grata -11- sorpresa de encontrar una Biblia, el compañero habitual de las familias escocesas. Así pude gustar también el alimento espiritual, retirándome después a dormir y a soñar en el hogar lejano.

Mi primer sueño fue perturbado por algunos ruidos extraños y en la madrugada comprobé que la ventana de mi habitación daba sobre un corral de ovejas. Los balidos de estos animales, unidos al ladrar de los perros y a los gritos de las aves domésticas y silvestres, producían una algarabía que no me dejaba conciliar el sueño. La mañana estaba muy brumosa y resultó larga la tarea de encontrar los caballos. Don José hubiera podido tomar el rumbo de la casa con la brújula, pero la olvidó y erró el camino

entre la niebla. Cuando encontró los caballos, pudimos advertir que les habían robado los bozales; ya era mucho que nos hubieran dejado las cabalgaduras. En esta estancia tuve ocasión de ver, por primera vez, la manera cómo apresan las vacas, los caballos y otros animales. El lazo es el instrumento de trabajo más importante y necesario en la vida de campo. El que se usa para las faenas del corral mide generalmente doce yardas de largo; para trabajar a campo abierto se requiere un lazo de veinte yardas13. El lazo es todo de cuero crudo y lleva, asegurada al extremo, una argolla de hierro que sirve para formar un nudo corredizo: cuando se maneja desde el caballo hay que asegurar bien uno de los extremos a la cincha del recado y el otro extremo -bien dispuesto el nudo corredizo- se arrolla manteniéndose en la mano. Antes de tirar el lazo, el jinete lo revolea por sobre la cabeza para darle mayor impulso mientras espera el momento oportuno de hacerlo caer sobre la -12- cabeza del animal. Los nativos manejan el lazo con extraordinaria destreza; verdad es que constituye uno de los primeros juegos de la niñez y es común ver a los pequeños enlazando gatos, perros y ovejas.
Otro medio de que se valen para apresar animales, es el de las boleadoras. Son éstas tres piedras redondas, cada una del tamaño de un huevo14 y forradas de cuero, amarradas dos de ellas al extremo de un trenzado, también de cuero de unos diez pies de largo: la tercera bola de piedra se asegura al extremo de una tira más corta, de unos cinco pies, que va atada a la mitad del primer trenzado; así dispuestas, puede decirse que las boleadoras consisten en tres fuertes correas que miden cinco pies de largo cada una desde el punto de unión y llevan una bola en cada extremo. Arrojadas por el hombre de campo a las patas traseras de un animal, desde cierta distancia, lo envuelven de tal suerte que, a medida que corre o hace movimientos para liberarse, lo traban cada vez más hasta detenerlo en la carrera. Pueden lanzarse las boleadoras -en un tiro certero- hasta una distancia de cincuenta o sesenta yardas y, un jinete, ayudando el impulso del brazo con la velocidad de la cabalgadura, es capaz de arrojarlas a ochenta y noventa yardas.
Después del desayuno salimos a conocer la estancia. El campo tenía tres leguas de largo por una de ancho y era apropiado para la cría de ovejas, aunque contenía también otra especie de ganado. En aquellos momentos hacían entrar al corral una manada de potros -13- y tuvimos oportunidad de ver cómo se doma uno de esos animales para dedicarlo a caballo de silla.
El primer domador fue un muchacho francés, muy bien parecido: entró al corral con su lazo, eligió el potro que le pareció mejor y lo enlazó con tanta precisión que dio con el animal en el suelo. Luego le puso el bocado, consistente en una simple tira de cuero que se ajusta bien a la boca del caballo en la quijada y se sostiene con un bozal. Una vez que pusieron el recado al potro, lo hicieron levantar y el jinete montó. Al principio el animal se tuvo quieto, temblando y vacilante, pero en cuanto sintió las espuelas echó a correr precipitadamente por el campo con asombrosa rapidez hasta perderse de vista. No tardó, sin embargo, en volver cubierto de sudor y espuma y en apariencia vencido. Esta es la primera prueba que se hace en la doma de los caballos. Enlazaron otro animal joven y muy fogoso que ensillaron de la misma manera. Esta vez

entró a domar un marinero inglés, desertor de un barco, de unos veintidós años, mozo tan fornido y valiente como yo no había visto hasta entonces. Tan pronto como se sentó en el recado, el caballo se abalanzó con violencia y luego echó a disparar, decidido a librarse del jinete. Estuvo corcoveando por un buen rato, pero el domador se mantenía en la silla con tanta destreza, que caballo y jinete parecían realizar el mito del centauro: al final el potro dio un tremendo salto y cayó al suelo sobre un costado. El domador, que salió ileso, volvió a montarlo: entonces el potro se precipitó en una carrera muy veloz, alternada con brincos espasmódicos, hasta que también terminó por someterse.

Después de este espectáculo nos divertimos viendo tirar las boleadoras. Mientras la tropa de baguales salía huyendo del corral, le arrojaron las bolas a un lindo potro -14- oscuro: cuando las sintió en las patas, apresuró la carrera, dando coces y brincos violentos, pero se le habían atado en tal forma que al final cayó sobre un costado y nos apresuramos a ponerlo en libertad.

En esta estancia vimos otro aparato destinado a cocer la carne de oveja: algunos de los cobertizos y dependencias tenían techo de zinc. Para esta industria sacrifican los capones de tres a cuatro años por considerar esa la mejor edad para el faenamiento.

En nuestras andanzas tuvimos ocasión de encontrar a varios irlandeses que ganaban muy bien su vida: algunos de ellos explotaban hornos de ladrillos, vendiendo el millar a veinte chelines. Por la tarde asistimos a las tareas que podríamos llamar pastoriles, de la estancia; al entrarse el sol seguimos la majada de ovejas que arreaban al corral: los cuidadores15 montaban en unos caballos pequeños, muy mansos, y llevaba cada uno de ellos un arreador de larga sotera con el que hacían levantar del suelo a los corderos sin apearse del caballo. Los corderos más fuertes saltaban con vivacidad, pero a los más pequeños y débiles se hacía necesario levantarlos. Los perros se desempeñaban con la misma habilidad que distingue a los ovejeros ingleses. Llegadas las ovejas al corral, las encerraron por toda la noche. Varios corderitos debieron de quedar rezagados y perecido antes de la mañana.

-15-

El día siguiente amaneció frío, nublado y húmedo, pero, asimismo, nos pusimos a caballo y averiguamos el camino. Se nos dijo que debíamos hacer rumbo hacia una pequeña plantación y luego escrutar el horizonte hasta descubrir un árbol y una casa: desde allí orientarnos hacia la derecha para alcanzar el camino principal. Este consiste apenas en las huellas que dejan los viandantes al atravesar la llanura. En aquella estación del año los caminos se hallaban en buen estado, pero en invierno se ponen muy malos. El campo era en esas inmediaciones mucho más ondulado y la hacienda que subía desde la parte más llana hasta lo alto de las lomas, ofrecía un cuadro en extremo pintoresco. Mientras marchábamos, pasamos junto a unas madrigueras de hurones: uno de estos bichos, probablemente la hembra, vino hacia nosotros, rechinando los dientes con fiereza; nos detuvimos y dos hurones más, de menor tamaño, se le unieron en el ataque. Entonces el más grande tomó a uno por la nuca y se lo arrastró hasta la cueva, luego vino por el otro y lo llevó en la misma forma, metiéndose también en la madriguera. Yo bajé del caballo y estuve esperando un momento para

hacerles un tiro con la pistola, pero apenas si asomaban y volvían a esconderse sin darme lugar a apuntarles. En esos momentos, una numerosísima bandada de pajaritos, semejantes en su plumaje a los jilgueros ingleses, pasó por encima de nosotros para posarse en un charco cercano donde, jubilosamente, tomaron un baño. Camino adelante vimos un hermoso padrillo blanco, a carrera tendida por una loma, tras unas yeguas que se habían apartado de la manada para coquetear con otros caballos padres. Las crines flotantes y la larga cola que flameaba en el viento le daban un majestuoso aspecto.

-16-

Llegamos después a una pulpería donde nos detuvimos para tomar un refrigerio. La pulpería es una combinación de taberna y almacén adonde acude la gente de campo. La parte posterior de la casa daba sobre el camino y tenía un cuadrado abierto en la pared, protegido por barras de madera, a través del cual el propietario despachaba a sus clientes. Estos quedaban protegidos por un cobertizo. El enrejado de madera cerrábase por medio de una contraventana durante la noche. Tal es el aspecto que ofrecen por lo general las pulperías en todo el término de estas pampas.

Cabalgamos algunas leguas más hasta llegar a la estancia de Mr. Taylor: comprende ésta estancia una legua y media de terreno con buenas aguadas y aparenta ser muy valiosa. Se crían en ella diversas especies de animales: caballos, vacas, ovejas, mulas y asnos. La casa -de una sola planta y techo de azotea- está construida de ladrillo y se levanta entre una huerta de frutales y hortalizas con lo que ofrece muy bonito aspecto. Es como un pequeño oasis de cultivo en medio de un desierto.

Cuando llegamos, los ganados y rebaños eran conducidos al corral. Sentados en las gradas de la puerta, contemplamos aquel espectáculo que nos transportó a los tiempos de los patriarcas como se describen en el Antiguo Testamento. El género de vida y los sentimientos de estos pobladores tienen mucho de las épocas patriarcales; falta un solo elemento para realizar aquellas escenas y asociaciones primitivas: son las tiendas. De vivir en tabernáculos, las narraciones de los tiempos bíblicos se adaptarían a la vida de estas pampas en el momento actual. Recuerdo que en mi niñez, cuando leía la historia de Jacob, costábame creer que aquel personaje hubiera podido dormir al aire libre durante la noche y, sin embargo, -17- aquí esa costumbre es general durante los meses del verano.

El precio de la tierra, en estas vecindades, es de sesenta mil pesos papel la legua cuadrada, pero se hace difícil asignar a esta suma un valor exacto en libras, debido a la continua fluctuación de la moneda corriente. Hace unos dos años el cambio estaba a cuatro peniques: ahora no debe exceder de dos peniques y tres cuartos; suponiendo, con todo, que el peso papel en la actualidad tenga un valor de cuatro peniques, la legua cuadrada de terreno -equivalente a unos seis mil acres ingleses- costaría mil libras esterlinas, o sea a razón de tres libras y cuatro peniques por acre. Debe considerarse que se trata de terrenos inmejorables para la cría de ovejas, distantes apenas quince leguas de la ciudad de Buenos Aires.

No deja de sorprender que la gente de Buenos Aires, desconozca, al parecer, en su comercio monetario, la alteración de su moneda corriente, porque, ya sea que el cambio esté a tres o a seis peniques, el precio de

la legua no pasa de sesenta mil pesos, de suerte que, los adquirentes de la tierra, mientras el cambio se mantiene bajo, pueden tener la seguridad de una excelente inversión de sus capitales porque sin duda el cambio volverá a aumentar gradualmente.

Como tenía que pasar varias semanas en estas pampas -que pueden decirse cubiertas de vacas, ovejas y caballos- hice cuanto me fue posible por tener un conocimiento exacto sobre el valor de los animales. Ningún precio se halla sujeto a tantas variaciones como el del caballo. En una yeguada chúcara, comprendidos potrillos y potrancas de toda edad, el precio de un animal con otro es de diez pesos cada uno, o sea tres chelines. -18-

Los potros elegidos, sin domar, se venden a cincuenta pesos (quince chelines). Tratándose de caballos mansos el precio varía entre ciento cincuenta y quinientos pesos, pero aquí, como en Inglaterra, se hace difícil fijar un límite al precio de un caballo que sea de linda presencia, manso y de buena silla.

En Europa se cree generalmente que estas llanuras, en especial las del sur, se hallan repletas de caballos salvajes. Es una creencia totalmente equivocada porque, estrictamente hablando, ningún caballo carece de dueño y pertenece de derecho a un propietario determinado, cuya marca lleva o debe llevar. Sin duda los caballos no tardarían en hacerse montaraces si se les abandonara, pero, a fin de tenerlos en sujeción, se acostumbra a conducirlos dos y tres veces por semana a un lugar fijo, dentro de la estancia, que llaman el rodeo. Durante la primavera, los estancieros que disponen de suficiente personal y se muestran cuidadosos de sus manadas, las reúnen todas las mañanas. Aunque los caballos son tratados con innecesaria severidad, constituyen el elemento indispensable para la vida del gaucho -tan indispensable como la ropa que viste- y de ahí que sean el tema obligado de la conversación.

Las costumbres de los caballos son muy particulares y revelan un instinto extraordinario. Andan unidos en manadas, cada una de las cuales consta de cincuenta o cien yeguas, dirigidas y cuidadas por un caballo padre, la seguridad de la tropa depende por entero del coraje del padrillo, de su afección y de su constante vigilancia. El padrillo conoce muy bien a todas las yeguas y si una de ellas se aparta de las demás, sale en su busca; no tarda en hacerla volver a la manada, mordiéndola cuando se muestra desobediente. No sólo sabe -19- mantener reunida su propia familia, sino que suele raptarse las yeguas de los rivales vecinos; descubierto el rapto por el padrillo ofendido, sobreviene un combate descomunal y el vencedor se lleva, naturalmente, consigo a la cautiva. El instinto y la simpatía de los caballos son tan extraordinarios, que en un arreo de diez mil animales, cada padrillo va siempre seguido de sus propias yeguas, potrillos y potrancas.

Cuando el propietario de una estancia se propone formar una manada, empieza -llegada la primavera- por dar aviso a todos los vecinos y manda recoger las yeguas de su marca que se le han extraviado durante el año. Reunidas las yeguas, hace cortar a cada una un buen trozo de uno de los cascos de manera que queden algo cojas y no puedan huir. Entonces llega el momento de juntarlas con el semental y son custodiadas por algunos días hasta que el esposo se haya familiarizado con el nuevo serrallo. Pero si se muestran casquivanas o inclinadas a la fuga, las manean, y de esta

suerte, antes de finalizar la primavera, toda la familia se siente unida por un compañerismo afectuoso.
En la estancia de Mr. Taylor había diez y siete manadas y uno de sus vecinos poseía, por lo menos, dos mil caballos de toda edad. La proporción en que aumentan los caballos es de un treinta y tres por ciento cada año; se explica este aumento extraordinario en razón de que el gobierno prohíbe la matanza de yeguas porque necesita de esos animales para remontar sus ejércitos, formados principalmente de caballería. La infantería requerida en los acantonamientos es muy escasa.
Se hace difícil aclimatar una manada cuando ha dejado sus campos nativos. En este caso es necesario rondarla continuamente, durante cierto tiempo, para evitar -20- que las yeguas huyan buscando su querencia. He oído hablar de caballos que, después de dos y tres años de ausencia, han vuelto a sus campos nativos haciendo un recorrido de cien leguas.
La cría de mulas está muy desarrollada también en esta región. Mr. Taylor posee gran número de ellas y las exporta a Río de Janeiro, a las Antillas y a la Isla Mauricia. Estas mulas se pagan a cien pesos papel cada una, entre buenas y malas, pero puestas a bordo, en la Ensenada o en Buenos Aires, a satisfacción del sobrecargo, valen hasta un doblón. El procedimiento de que se valen aquí para que las yeguas produzcan mulas, como paren potrillos, consiste en matar un potrillo pequeño al que sacan el cuero: inmediatamente envuelven con ese mismo cuero un burrito de la misma edad, le mojan la cabeza y las patas con la sangre caliente del potrillo, y la yegua se engaña y lo cría adoptándolo por suyo. El borrico se acostumbra, a su vez, a la compañía de las yeguas y ya no sigue a los animales de su propia especie.
La población es muy escasa y los criollos son, por lo general, poco inclinados a otras ocupaciones que no sean los trabajos propios de las estancias. Viven en sus ranchos y no dedican un palmo de terreno a jardín ni plantan una sola hortaliza. Nunca cultivan la tierra -siendo feracísima- porque su alimento consiste exclusivamente en carne de vaca y de cordero. No consumen tampoco pan, ni leche, ni verduras y raramente usan la sal. Tienen por costumbre desayunarse con mate y en realidad lo beben durante todo el día. A eso de las once de la mañana comen carne y consumen el mismo alimento por la noche, una hora después de entrado el sol. Los recursos del país no se aprovechan porque los habitantes son poco industriosos. Así, por ejemplo, en la casa donde yo me -21- hospedaba, mandaban lavar la ropa, semanalmente, a un sitio distante seis leguas. Los salarios parecen bajos, pero en realidad no lo son porque todo aquel que tiene disposición para trabajar, puede economizar dinero y bastarse a sí mismo, en poco tiempo. Pero se hace difícil encontrar quienes labren la tierra: los dispuestos a esa labor son los inútiles o los inmigrantes recién llegados y poco aptos para esas faenas.
Los peones y los cuidadores de ovejas ganan, mensualmente, de cien a ciento cincuenta pesos papel, con más seis libras de yerba, cierta cantidad de sal y carne de vaca y de oveja a discreción. El peón habita en su rancho y si tiene mujer e hijos que le ayuden a cuidar las ovejas, puede dejar su casa para ganar otro jornal por ahí, lo que le significa diariamente un suplemento de veinte pesos. En el trabajo a jornal, cuando se trata de hierras o apartes de ganado, el peón gana de veinte a

veinticinco pesos diarios, pero debe servirse de sus propios caballos y para labores semejantes se requieren diez o doce animales. El trabajo suele ser, en verdad, muy rudo y no es de sorprender que, después de una faena de esa naturaleza y en clima tan cálido, sobrevenga un período de holganza. Los caballos quedan exhaustos y el pasto natural no es suficiente para restaurarlos después de un esfuerzo tan sostenido.

Me encontré una vez con un vasco inmigrante cuya historia es una demostración de los resultados que pueden alcanzarse mediante el trabajo. Llegó este hombre al país hace dos años y una vez familiarizado con las costumbres de la población, empezó a viajar con un carro por la campaña, acopiando cueros de oveja y cerdas de bagual que vendía luego en Buenos Aires. Al poco tiempo sacaba ya una utilidad liquida de cuatro a cinco libras -22- esterlinas mensuales. Ahora es propietario de una majada de ovejas, a medias con un inglés, y se ocupa en arar un pedazo de tierra para cultivar una huerta. Como la venta de frutas y verduras proporciona buenas ganancias, no hay duda de que, en poco tiempo más, se encontrará relativamente rico.

Habíamos convenido en levantarnos muy temprano aquella mañana para ver la llegada de la hacienda al rodeo. Estuvimos a caballo al salir el sol que ascendía en el horizonte anunciando un hermoso día. Mientras marchábamos para encontrar a los peones, las bandadas de patos silvestres levantaban el vuelo en todas direcciones. Había también perdices en abundancia. Estas son tan numerosas y mansas que los muchachos las enlazan con un nudo corredizo de crines puesto al extremo de una caña: camínanles alrededor con el caballo, estrechando cada vez más el círculo, y eso las aturde al punto de que se dejan atrapar.

Una vez que la hacienda estuvo en el rodeo, se trató de elegir un novillo para el consumo de la casa. Yo me pregunté cómo se arreglarían para apresarlo. Estábamos en una llanura sin límites y ya podíamos perseguir el animal hasta la Patagonia, seguros de que no encontraría un obstáculo que lo detuviera. Mister Taylor anduvo a caballo entre el ganado, hasta que señaló a los peones un novillo excelente, pero, apenas lo hizo, el animal pareció advertir que se ocupaban de él y levantó la cabeza como decidido a ponerse en salvo. Los peones se le acercaron para rodearlo; todo el ganado empezó a dar muestras de alarma y el novillo, obligado de muy cerca, echó a correr a través del campo. Tres jinetes salieron en su persecución: un joven, que montaba un caballo tostado, tomó la delantera. Yo galopé hasta colocarme -23- en un ángulo desde donde pudiera presenciar el espectáculo; entretanto el muchacho destacaba el lazo y con mucha seguridad y gracia lo hacia girar sobre su cabeza en amplios círculos. Corrían a cual más como si les fuera la vida; el jinete arrojó el lazo, pero antes de que llegara a los cuernos del novillo, éste con un giro rápido vino hacia mí y me acometió furiosamente. Yo salí huyendo con toda rapidez, sin siquiera mirar atrás y no sujeté mi caballo hasta que perdí, casi, de vista a mis compañeros. El animal, entretanto, como en menosprecio de mi cobardía, se había vuelto al rodeo. Los peones le buscaron otra vez y lo sacaron campo afuera. Cuatro jinetes iban tras él. Don Pepe16, que montaba un caballo tordillo muy pronto y vigoroso, los aventajó a todos: como era muy diestro en el manejo del lazo, iba armándolo y revoleándolo en plena carrera. La persecución se hacía por

momentos más emocionante: arrojado por fin el lazo con infalible precisión, se anudó en los cuernos del animal. El caballo se aprestó a soportar el tirón y el novillo cayó en tierra para levantarse en seguida dando bramidos y saltos violentos. Entonces le arrojaron otro lazo a los cuernos y, así retenido, le llevaron arrastrando a una larga distancia y le dieron muerte.

Después de almorzar salimos a caballo por la estancia y de vuelta nos quedamos como dos o tres horas mirando domar un potro. En esta ocasión el intento resultó fallido porque el animal se puso a bellaquear furiosamente por un largo rato sin avanzar en lo más mínimo y al último, fuera por cansancio o por instinto, se tiró al suelo y resultó imposible hacerlo poner en -24- pie. Entonces lo arrastraron, literalmente, por el pasto, con dos lazos, y lo ataron a un palenque.

Antes de reanudar el viaje, debíamos conversar largamente con nuestro amigo Mr. Taylor a propósito de las cabalgaduras porque de este asunto dependía el éxito o el fracaso de mi empresa. Se trataba de resolver si podríamos continuar con nuestros propios caballos o si era preferible mandarlos a la ciudad y adquirir otros, en mayor número, para seguridad del viaje.

Se presentan dos maneras de viajar en estas regiones: o se sigue el camino de postas, procurándose en las mismas el caballo y el postillón, o bien se adquiere una tropilla de caballos, con la ventaja de que uno mismo se traza libremente su itinerario. En este último caso, el viajero, si ha de hacer un largo viaje, debe proveerse de cuatro caballos por lo menos. Cada una de esas tropillas tiene una yegua que lleva suspendido un cencerro al pescuezo, y no se le separan nunca los caballos cuando están acostumbrados a su compañía. Tratándose de emprender un viaje con tropilla, ensíllanse únicamente los caballos destinados a los viajeros y los restantes marchan adelante, para ser utilizados llegada la ocasión. El precio de la tropilla y la eficacia de las cabalgaduras, depende, precisamente, de la fidelidad con que siguen a la yegua, porque no siendo así, fácilmente se dispersan y huyen, lo que hace necesario un mayor número de peones. Otra precaución que deberá tener en cuenta el viajero es la de verificar si los caballos son mansos y tranquilos, como para jinetes de orden común. Los nativos son tan diestros en el caballo, que montarían cualquier bicho de cuatro patas y no trepidan en asegurar que en tal o cual tropilla todos los caballos son mansos como corderos, cuando en realidad -25- no hay uno solo que no sea para la silla de un jinete muy experimentado.

Como mi propósito era recoger informaciones sobre la población, usos, costumbres y fuentes de riqueza, decidí comprar una tropilla. Esto me permitía variar la ruta, dejándome en libertad para visitar lugares diversos, según se me presentara la oportunidad; de manera que renuncié a los caminos y a las casas de postas.

Para examinar una tropilla que tenían en venta, nos dirigimos a casa de un criollo, distante media legua de la estancia. El dueño de casa se adelantó a recibirnos. Esta muestra de atención y hospitalidad es aquí muy común. Era hombre ya anciano y de hermosa presencia; nos pidió que bajáramos del caballo invitándonos a entrar en su vivienda. Como era vecino de Mr. Taylor y vivía en buenos términos con él, me sentí muy tranquilo en su

compañía. El rancho estaba construido de cañas, estacas y barro; las paredes, sin enjalbegar, tenían apenas seis pies de altura con techo de paja de totora. Se componía de dos habitaciones sin ninguna ventana. La puerta estaba bien sostenida, con goznes de manufactura inglesa. En la pieza contigua, una mujer bastante alta, estaba peinándose. Atrajo mi atención el movimiento de sus brazos, tal vez porque ninguna actitud revela, como esa, la verdadera silueta de una mujer con sus atractivos y defectos.

Así que tomamos asiento, una de las muchachas nos ofreció mate, muy cortésmente, en una calabacilla con virola de plata. El sabor de esta infusión se parece mucho al del té. Es bebida muy generalizada y preferida de los naturales que la toman sorbiéndola a través de un tubo. Aunque la casa era pequeña, la familia era grande porque el dueño tenía varias hijas y nueras y tres -26- muchachos jóvenes. El mayor de los hijos estaba en el ejército. Toda la familia vestía con telas de manufactura inglesa.

El dueño de casa era un tipo muy característico de los de su clase: el valor de su casa-habitación y todo su ajuar no llegaría a treinta libras esterlinas, pero sus propiedades y bienes en general podían avaluarse fácilmente en tres mil libras.

Desde la sombra de unos ombúes cercanos estuve observando la escena que me rodeaba: gatos, perros y aves domésticas se calentaban al sol, frente a la puerta de la casa; un pequeñuelo, tendido en el suelo, se entretenía en cortar yuyos con una tijera de esquilar. Servía de cocina y de alojamiento para los peones, un rancho largo, construido de los mismos materiales que la casa de familia. En uno de los extremos había un horno para cocer el pan, muy semejante en su forma a una colmena, pero de mayor tamaño; junto al horno, un pozo de balde. En un terreno, detrás de la casa, andaban varios avestruces domésticos. Uno retozaba con gran vivacidad: partía velozmente y, de pronto, como si se espantara de algo, cambiaba de dirección y volvía hacia la casa como un relámpago. Sus movimientos eran originales y atrayentes.

En todo el espacio que abarcaba la vista, el campo aparecía cubierto de vacas y ovejas. El sol estaba fuerte y, hacia el occidente, el paisaje se animaba con lagos hermosos bordeados de álamos, e islas cubiertas de arbustos en flor. Me propuse recorrer esos parajes al hacer la vuelta de la estancia; pregunté el camino, pero grande fue mi decepción al enterarme de que los lagos y las islas no eran más que una ilusión óptica: se trataba del conocido espejismo del desierto. El cuadro que se me presentaba y que se extendía por una inmensa distancia, -27- resplandecía en su primer plano con la multitud de margaritas silvestres, cuyas corolas doradas, húmedas todavía por el rocío de la noche, secábanse a los rayos del sol. El conjunto de la escena tenía mucho de la vida oriental: la vasta soledad, la sencillez primitiva del paisaje me daban la impresión de encontrarme entre los beduinos de Arabia o junto a la morada de Isaac y Rebeca.

Mis compañeros vinieron a turbar mis imaginaciones para decirme que ya estaban en tratos para la compra de la tropilla. Esta se encontraba cerca y fuimos a inspeccionarla. Los caballos eran de muy buena cría y se mostraron muy apegados a la yegua madrina. Para ponerlos a prueba, tratamos de separarlos de ella valiéndonos de distintos medios, pero se

empeñaban en mantenerse siempre a su lado y no se conformaban con su proximidad sino que porfiaban por cruzar los pescuezos sobre el lomo de la yegua. En ese particular, nada teníamos que decir. Quedaba por saber si los caballos eran realmente mansos. Tanto el dueño como su hijo nos aseguraron, con insistencia, que un niño podría montarlos sin ningún peligro. A fin de comprobarlo, elegí uno, que por su apariencia me pareció el más indicado para iniciar mi viaje. Lo encontré dócil y no quise probar otro dejando esta cuestión para cuando tuviéramos que servirnos de ellos. Luego entramos a tratar el precio. Nos pidieron una suma equivalente a dos libras y diez y seis chelines por cada uno. El dueño no quiso rebajarnos nada, pero, como eran caballos superiores y bien entropillados, acepté el precio que me pedían. La tropilla estaba compuesta de ocho caballos y la yegua. Me aseguraron que al finalizar mi viaje podría venderlos -28- en la ciudad por el precio que había pagado aquí, pero, con todo, creo que los pagué bastante caros.

Así provisto de caballos, el problema que se me presentaba era conseguir una persona que me sirviera de baquiano y al mismo tiempo se ocupara de la tropilla. Esto me ofrecía algunas dificultades porque la mayoría de los hombres estaban en el ejército y los pocos libres del servicio no bastaban para desempeñar las faenas rurales más indispensables. Me recomendaron, al efecto, un individuo que tenía cinco caballos y podría acompañarme mediante ocho chelines diarios, pero no pudimos ponernos de acuerdo. Por último, mi buen amigo Mr. Taylor, considerando mi situación, tuvo la bondad de autorizar a su hijo para que viniera conmigo sirviéndome de asesor. Con esta ayuda, me encontré en condiciones de seguir adelante bajo los mejores auspicios. Don Pepe, que así se llamaba este joven, era un muchacho de apariencia nada vulgar: aunque no había cumplido los veinte años, su estatura era de seis pies, con un pecho y unos hombros en que no cualquiera le aventajaba. Unía a su belleza física mucho despejo y cordialidad. La perspectiva de un viaje arriesgado le llenó de contento y empezó los aprestos con gran animación y entusiasmo. Fue a visitar al vendedor de la tropilla para conocer -por el hijo, de quien era amigo- las verdaderas condiciones de los caballos. Yo le recomendé que verificara bien si, una vez ensillados, resultaban dóciles porque sobre ese punto me quedaban dudas. Al volver de su visita me comunicó que tres de los caballos eran realmente mansos, dos no lo eran tanto aunque tampoco eran malos y por último había uno que sólo servía para que se le asentaran los pájaros del campo. Era el informe más favorable para mí, porque Don Pepe, habiendo -29- nacido en la campaña, era un jinete superior y además muy experto en el manejo del lazo y las boleadoras; de suerte que nada tenía yo que temer llevando tres caballos mansos y tres ariscos. Le había visto hacer a don Pepe verdaderas proezas como jinete.

La mañana en que debíamos salir de Magdalena amaneció nublada y hubo gran ajetreo en la casa con los preparativos de nuestro viaje. Tanto yo, como mi camarada don José, don Pepe y toda aquella bondadosa familia, andábamos muy atareados arreglando nuestras cosas en las distintas habitaciones. Mis maletas de arpillera fueron declaradas inútiles por algunos viajeros experimentados, en razón de que la primera lluvia las pondría inservibles. Resolvimos entonces pasar mis ropas y otros objetos de uso personal a un saco de cuero crudo que se acomodó a la grupa del caballo. Este saco fue

asegurado y cubierto con otra pieza, también de cuero, bastante amplia. Hube de abandonar asimismo mis grandes espuelas porque los caballos no las necesitaban y en lo sucesivo no volví a llevarlas, de ninguna especie. El viaje asumía, para mí, vastas proporciones, aunque por aquí se considera cosa tan común que ni los niños lo miran como novedad. Cuando estuvo listo, don José me invitó a montar. Me despedí de Mr. Taylor y de su familia reuniéndome con don Pepe en la puerta de la estancia, donde esperaban los caballos. Montamos y fuimos hasta el corral. Uno de los animales había sido cargado con el equipaje, como las acémilas; los ocho restantes -menos la yegua- nos servirían para montar durante el viaje. Cuatro caballos eran de don Pepe, y ninguno estaba herrado.
Los hombres que se hallaban en el corral abrieron la puerta y la yegua salió seguida de los caballos, tomando en seguida rumbo a su querencia, con bastante rapidez. Tuvimos que ponernos al galope y no fue tarea fácil conseguir que la tropilla siguiera la dirección que deseábamos, porque se empeñaba en volver a su campo. De pronto, cuando ya habíamos logrado reunir todos los caballos, la yegua dio media vuelta y salió huyendo mientras los caballos de don Pepe tomaban otro rumbo. No logramos hacerlos marchar en orden hasta después de haber andado una distancia de tres leguas.
Nuestra salida de la estancia fue semejante a la del barco velero que se empeña en dejar el puerto con vientos contrarios.

Capítulo II

Un alto para cambiar caballos. - Hacia las nubes. - Cacería de venados improvisada. - Hospitalidad familiar en una estancia. - El asado. - Botas de potro. - En la estancia de Newton. - Las ovejas y las inundaciones. - Los pozos y la manera de sacar agua. - La laguna de Chascomús. - Chozas de mujeres criollas. Malas costumbres de la soldadesca. - La estancia de Mr. Thwaites en Chascomús. - La tropilla perdida. - Un juez de paz. - Peligros del mucho hablar. - Establecimientos para cría de ovejas.

Seguimos andando y llegamos a una estancia compuesta de cinco leguas cuadradas de pastoreo y que contenía de quince a veinte mil cabezas de ganado. Allí pedimos permiso para encerrar la tropilla en el corral. Don Pepe necesitaba cambiar caballo porque el suyo había trabajado mucho durante la mañana y parecía cansado; llevaba, además del jinete, la carga de un pesado lazo, las boleadoras y algunos maneadores necesarios para el viaje junto al corral estaba instalado un almacén adonde nos acercamos con la esperanza de conseguir un poco de pan y algunas galletas. Una vez adentro, me enteré, muy complacido, de que el propietario era un escocés, quien nos invitó a entrar en su casa y a descansar en ella brindándonos con una excelente merienda. Después volvimos a montar y nos apartamos del camino (si así podía llamarse) entrando en un campo muy pastoso. Hicimos

un rodeo, porque don Pepe quería pedir a una persona ciertos datos relativos al -32- viaje. Por espacio de una legua fuimos galopando muy agradablemente. Podía sentirme satisfecho de mi caballo porque era de muy buen andar y manso, aunque algo espantadizo; tenía la boca muy blanda; yo apenas le hacía sentir la rienda y por momentos me daba la impresión de ir montado en una gacela.
El caballo de don José, por el contrario, era mañero y de andar desagradable, por lo que nos detuvimos para que ensillara otro de mejor paso. Esta tarea, que debíamos cumplir diariamente durante nuestro viaje, nos dio ocasión de apreciar lo que vale una tropilla bien amadrinada; no tuvimos más que caminarles un momento alrededor para que los caballos formaran un grupo bien compacto. Don Pepe desmontó y yo le tuve el caballo de la rienda, porque era arisco. Después se acercó cautelosamente a la tropilla, maneó la yegua y se dio a la tarea de enfrenar el caballo que deseaba. Esto resultó divertido porque, así que don Pepe se acercaba a un costado de la yegua, todos los caballos se corrían al lado opuesto sin apartarse de ella y cuando quería seguirlos pasando al otro lado, lo evitaban con la misma maniobra como en un juego de niños. A nosotros nos complacía mucho el espectáculo por cuanto en ningún momento los caballos intentaron siquiera separarse de la yegua. Hubo un momento en que don Pepe trató de sorprenderlos pasando bajo la barriga del animal, pero ellos lo advirtieron enseguida y se pasaron al lado contrario. Claro es que, desde un principio, don Pepe hubiera podido enfrenar uno cualquiera de los caballos, pero se trataba de hacerlo con el que había elegido de antemano.

Antes de seguir nuestro camino y una vez que don Pepe montó, pregunté por la ruta que seguiríamos. Don Pepe me contestó, señalando a lo lejos con la mano:
-33-
-¿Alcanza a ver aquella hacienda?...
-...No veo más que ganado, contesté.
-Muy bien, pero, ¿ve aquella mancha oscura que parece una tropa regular de ganado?...
-Sí... Algo oscuro veo allá lejos pero no sabría distinguir si son vacas o caballos.
-¿Y que más ve en la misma dirección?.
-Más lejos... unas nubes aborregadas...
-Nubes... sí... a usted le parece que todavía está en el mar. Y bueno, vamos a seguir marchando derecho a esas nubes.
-¿Y cuando lleguemos a ellas?...
-No se preocupe... antes vamos a ver otras cosas...
Don José dijo, entonces, que las tales nubes podrían empezar a moverse y nos pusimos a gran galope en dirección a ellas.
Pasado un rato se presentaron a mi vista, por primera vez, los venados y los avestruces silvestres, y dimos comienzo a una magnífica persecución. Encontramos, primero, una tropa de venados que no prestaron mayor atención hasta que estuvimos muy cerca y pudieron oír el cencerro de la yegua. Con esto empezaron a levantar las cabezas y a mirarnos, parando las orejas con las colitas tiesas.
En estas circunstancias prorrumpimos en un grito agudo y prolongado. Esto

bastó para que echaran a correr desesperadamente, no sólo los venados sino también los caballos, viéndonos obligados, nolens volens, a correr detrás como si fuéramos persiguiendo una manada de baguales. Aquello resultaba un deporte de príncipe: el mismo Nemrod hubiera envidiado la partida... Los animales de la estancia se hacían a un lado, abriéndonos -34- camino: por un largo trecho y a toda carrera seguimos aquella tropa, compuesta de caballos, venados y avestruces.

Las cigüeñas, los caranchos e innumerables bandadas de pájaros que cruzaban el aire, remontaban el vuelo y se mantenían suspendidos como asombrados del espectáculo. Por último, los avestruces y los venados se apartaron, mientras la tropilla, para satisfacción nuestra, fue moderando la carrera. Esto me trajo a la memoria una superstición que corre entre los nativos: según ella, todas las noches y a la misma hora comienzan a aullar los perros del campo como si lloraran a un difunto y es que a esa hora sale un ánima en pena y hace una ronda nocturna, montada en su caballo y arreando una tropilla.

Después de este día tan agitado, llegamos a la estancia donde pensábamos hacer noche. Don Pepe esperaba también obtener en ella algunas noticias de importancia. Daban sombra a la casa tres o cuatro ombúes y el propietario se adelantó a recibirnos con mucha urbanidad, invitándonos a desmontar y a pasar la noche. Me sorprendió gratamente ver dos hermosos galgos que respondieron a mis cariños. Eran grandes y fuertes, capaces de voltear un venado. Como es costumbre, dejamos nuestros recados en el suelo, por algunos momentos, mientras acompañados del dueño de casa entrábamos en ella cambiando algunas frases corteses. Después, él mismo nos pidió que entráramos los recados y nos indicó los cuartos que íbamos a ocupar.

Luego pusieron un asado al fuego y no tardaron en invitarnos a comer. Tomé la silla en que me hallaba sentado bajo un árbol y me senté a la mesa; estaba cubierta por un limpio mantel y encima una fuente con -35- asado; había bizcochos morenos, un jarro de hojalata y los platos para los huéspedes; cada plato tenía un tenedor pero no cuchillo porque se supone que el huésped lo lleva consigo; también se supone que lleva provisión de sal. Como teníamos apetito y el plato era excelente, dimos buena cuenta de él. Luego nos levantamos y agradecimos al dueño de casa la cena que nos había obsequiado.

Caminando por la estancia observé que las paredes de la casa eran de piedra, lo que no dejó de sorprenderme, teniendo entendido que no existían piedras por aquellos campos. Para satisfacer a un geólogo amigo, solicité del dueño de casa una muestra que me ofreció de inmediato. La casa era de una planta, con sólo dos habitaciones y techo de totora. Frente por frente había un espacio cercado, destinado a huerto donde crecían arbustos fragantes y plantas florecidas; también algunas coles y cebollas, todo muy abandonado; una cigüeña se había posesionado del pequeño huerto durante la tarde. Del lado opuesto al jardín, había una huerta de duraznos. Al atardecer, y terminadas las faenas del día, los peones y otras personas de la casa, incluso el patrón, organizaron una partida de bochas. Ya próxima la hora de dormir y antes de irnos a la cama nos invitaron con mate. En el cuarto que me fue destinado había una cama pequeña con colchón de lana y también un catre. Este último, de uso general en la campaña, es muy cómodo y manejable: se construye según el sistema de las sillas plegables de

jardín; lleva como fondo una lona que puede doblarse hacia arriba. El patrón nos dio una sábana a cada uno y una almohada, deseándonos buena noche. Con los ponchos y los aperos de montar suplimos lo que nos faltaba como ropa de cama, La tropilla nos había -36- preocupado bastante por el temor de que pudiera volverse a la querencia si la dejábamos suelta durante la noche; por eso la encerramos en el corral y sólo quedaron afuera, pero maneados, los caballos que debíamos montar al día siguiente. Muy de mañana y estando todavía en la cama, Don Pepe me despertó con un mate: esta bebida debe de ser muy tónica a juzgar por su gusto amargo cuando se la bebe sin azúcar. Cuando, después de levantados, salimos afuera, quedé sorprendido ante la llanada tan perfecta que se dilataba ante nosotros por todos lados: no se advertía en una extensión inmensa la más leve ondulación.

Los nativos no almuerzan antes de las once y nosotros teníamos prisa en reanudar nuestro camino pero antes deseábamos tomar algún alimento; Don Pepe solicitó, entonces, un pedazo de carne. El patrón nos instó a cortar todo lo que quisiéramos. Don Pepe, que conocía aquello como el mejor, cortó una tira de asado en la parte más tierna. Tal es la costumbre, en el campo, en casos así. Se pide al viajero que corte lo que guste porque siempre hay carne en abundancia que cuelga en un lugar abierto.

Entramos con Don Pepe en la cocina: se hallaba en ella el patrón con dos o tres peones más, sentados todos alrededor del fuego. El fogón estaba en el suelo, en el centro de la cocina; consistía en una hilera circular de ladrillos, colocados de canto y cerrando un espacio de una yarda cuadrada; sobre el fuego hervía una calderita colocada encima de un trébedes. Nos sentamos haciendo rueda, sobre unos troncos de madera, altos de unas seis a ocho pulgadas. Un muchacho servía el mate a los presentes. Como no había chimenea, el humo llenaba la cocina, aunque algo evitábamos la molestia por -37- el bajo nivel a que nos hallábamos sentados. Después que sacaron la caldera, Don Pepe puso nueva leña en el fogón y con su cuchillo limpió de ceniza y grasa el asador. Este era una barra de hierro, de unos cuatro pies de largo. Don José le ayudó a ensartar la carne y a asegurar un extremo del asador clavándolo en el suelo de manera que quedara inclinado sobre las brasas. En esta forma, la carne se asa muy bien, porque el calor, subiendo de todos lados, la penetra completamente dándole un sabor muy especial y delicado. Tal vez una persona demasiado exigente pudiera sentir cierta repugnancia viendo la espesa humareda y el polvo que por momentos oculta el asado a la vista de los presentes.

Don Pepe daba vuelta el asador, una y otra vez. Llegado el momento, un muchacho comenzó a pisar sal en un mortero grande de madera y esparció un puñado sobre la carne asada. Don Pepe, entonces, colocó el asador atravesado por encima de las brasas con los extremos descansando sobre dos ladrillos para preservar la carne, de la ceniza; hizo dos o tres cambios más y la carne quedó a punto. Entonces clavaron el fierro en el suelo, nos sentamos alrededor y empezamos a cortar con nuestros propios cuchillos, muy contentos de participar en aquel banquete de gitanos. En la cocina no había una sola mesa... Comer de esta guisa requiere cierta práctica: primeramente se ha de coger la carne con la mano izquierda, luego tomar con los dientes el bocado elegido y aplicar el cuchillo, con la mano derecha, apoyando el filo hacia arriba para cortar. Esta carne era

particularmente tierna y muy jugosa. Mis manos se cubrieron de grasa y me apresuré a lavarlas en un latón de amasar, a falta de otro recipiente.
-38-
Terminado el almuerzo, tomamos un trago de agua y agradecimos nuevamente al dueño de casa su hospitalidad. Por cierto que le hubiéramos inferido una ofensa, de haberle ofrecido una paga cualquiera. Ese hombre, en realidad, podía vivir como un príncipe, de haberlo querido, aunque tal vez no hubiera sabido cómo hacerlo. Poseía legua y media cuadrada de tierra fértil (equivalente a nueve mil acres ingleses) y mucho ganado. Si la felicidad consiste en sentirse libre de toda preocupación y en la seguridad de que jamás la miseria se dejará sentir en nuestra casa, el anfitrión era, sin duda, en extremo feliz; sus ocupaciones se reducían a las peculiares de la vida ganadera; sus placeres consistían en visitar, los domingos, a sus amigos, en bailar, en jugar a los naipes y apostar a las carreras. En una carrera reciente había ganado cerca de doscientas libras esterlinas.
Don Pepe pudo procurarse aquí un par de botas del país, porque las que llevaba eran europeas y no se adaptaban bien a los pequeños estribos de nuestros recados. Para dar una idea de lo que son estas botas, se hace necesario describir su fabricación. A fin de obtener el material, matan un potro joven y le sacan el cuero de las patas traseras, desde el menudillo hasta la mitad, más o menos, del muslo; le raspan el pelo y mientras el cuero está húmedo, lo adaptan a la pierna y al pie de la persona que ha de usar las botas. Esta parte, desde el corvejón hacia abajo, forma el pie, y la parte de arriba cubre la pierna. Para dar forma al cuero y también para hacerlo más adaptable, ensanchan una parte, estrechando la otra y lo hacen de suerte que el pie quede cubierto, excepto los tres dedos mayores que, por lo general, quedan a la vista. Esta bota resulta muy liviana -39-
y muy apropiada para montar siendo de uso general entre los gauchos.
Cuando los caballos estuvieron listos, pusieron a prueba los destinados para mí porque no los conocíamos y había que verificar si eran mansos. Creo que en las cacerías de zorro no se emprenderá la marcha con tanto ánimo y contento como lo hicimos al dejar la estancia para continuar nuestro viaje. El ejercicio nos había sido saludable y respirábamos ahora un aire y unas brisas tan perfumadas que nos sentíamos como desligados de la tierra, según avanzábamos galopando por la llanura.
Como de costumbre, cabalgamos al principio entre tropas de ganado y vimos ese día muchos venados, no así avestruces. La primera parada que hicimos duró pocos minutos y fue para examinar una piedra redonda colocada como límite entre dos campos. Habiendo llegado a un sitio muy atrayente, cubierto de flores, donde crecía un pequeño arbusto de olor parecido a la verbena, desmontamos, echándonos a descansar sobre la hierba. Vino a mi memoria aquella bonita canción de Shakespeare «I know a bank», trayéndome dulces recuerdos del hogar. No quisimos privarnos de aquel goce voluptuoso, aunque más nos hubiera valido renunciar a él... porque apenas si pudimos alcanzar a la tropilla en el momento justo en que el caballo carguero se echaba en el suelo para revolcarse, totalmente olvidado de los espejos, botellas, jarros y otros objetos frágiles que llevaba encima y que tuvimos tiempo de salvar.
Seguimos camino, conversando sobre los placeres y las penurias de la vida

en el campo. Don Pepe me contó, entonces, un caso que le habla ocurrido y que trato de reproducir con sus mismas palabras.
-40-
-Estaba yo un día -nos dijo- sacándole el cuero a una vaca muerta, cerca de una laguna, cuando sentí un ruido, atrás mío. Me di vuelta y era un toro que se nos venía encima, muy ligero. Lo atropelló al caballo de mi compañero pero le dio el golpe en la carona de suela que lo salvó. Entonces se le vino a la vaca muerta y le hundió los cuernos. Yo corrí a saltar en mi caballo, pero se había asustado y no me dejó montar. Entonces me puse atrás del toro para desjarretarlo, pero, cuando eché mano al cuchillo, me di cuenta de que no lo tenía. No me quedaba más que disparar y esconderme entre unos pastos altos. Con miedo y todo, al fin me entraron ganas de reír, porque, al toro, en lugar de atropellarme, le había dado por levantar con los cuernos a la vaca muerta. Mi compañero ya se había tirado al suelo también porque tenía el caballo atado. Si yo hubiera podido montar, le hubiera cortado la soga; pero me quedé tirado entre los pastos hasta que el toro se cansó de meterle los cuernos a la vaca y se fue.
Las vacas son todavía más peligrosas que los toros cuando un hombre se encuentra a pie, porque la vaca lo busca siempre, y mantiene los ojos bien abiertos. El toro -por el contrario- no busca al objeto que acomete y cierra los ojos, de suerte que, una persona lista, puede evitarlo si sabe saltar hacia un lado.
Siguiendo camino, pasamos junto a un pozo que habían cavado para dar agua a las haciendas. Estaba protegido por una fuerte empalizada, para evitar que los animales destruyeran el brocal de ladrillos. Había llovido tan poco en el verano, que los pozos se hacían muy necesarios. Pasamos sin dificultad el río Samborombón, completamente seco por la falta de lluvias. Íbamos acercándonos a la estancia de Mister Newton, -41- un súbdito británico; la casa, desde lejos, parecía muy grande por las arboledas que la rodeaban. Esta propiedad tiene cuatro leguas cuadradas y mucha hacienda. El Sr. Newton se hallaba en Buenos Aires, y fuimos recibidos amablemente por su mayordomo, Mister Ford y su mujer. Cuando llegamos, el mayordomo se encontraba fuera, pero la señora vino hasta el lugar donde estábamos con los caballos y nos invitó a entrar en la casa para descansar y comer alguna cosa. Enseguida ordenó que trajeran un cordero de la majada, para preparar la cena.
La recepción fue por todo extremo primitiva: como viajeros extraños, habíamos quedado a una respetable distancia de la casa hasta que se supiera nuestra llegada. La señora, que no había oído hablar nunca de nosotros, nos invitaba a entrar, sin ninguna carta de recomendación, por el solo hecho de presentarnos allí necesitados. Todo lo puso a nuestra disposición y nos trató como bienvenidos. Las costumbres de los pueblos pastoriles parece que son siempre semejantes. Ahora comprendo cabalmente las costumbres nómadas y los hábitos domésticos descriptos en el Antiguo Testamento. Las posadas y hoteles no existen en las pampas y el viajero debe atenerse a la hospitalidad de las gentes.
Yo me había encontrado, como viajero, en idéntica situación que la del Levita citado en el libro de los jueces, (XIX-17-20), si sustituimos la calle por el campo:

«Y alzando el viejo los ojos, vio a aquel caminante, en la plaza de la ciudad, y díjole: ¿A dónde vas y de dónde vienes?
Y él respondió: Pasamos de Betlehem de Judá, a los lados del monte de Efreim, de donde yo soy; y fui hasta Betlehem de Judá y ahora voy a la casa de Jehová, -42- y no encuentro quien me reciba en su casa. Aunque nosotros tenemos paja y de comer para nuestros asnos y también pan y vino para mí y para tu sierva y para el criado que está con tu siervo, pero no tenemos dónde alojarnos.
-Y el hombre viejo dijo: Paz sea contigo; tu necesidad quede a mi cargo, con tal que no pases la noche en la calle.»

Esta vez yo no había tenido necesidad de nada y no era el caso de ofrecerme forraje para los caballos, porque en este país es de muy poco o de ningún valor. No puede darse nada más primitivo ni más bello.
La casa de Mr. Newton está construida de ladrillos y bien edificada. Tiene delante, una galería sostenida por pilares de madera. Algunas rejas, bastidores y postigos de las ventanas son de hierro e importados de Birmingham. Frente a la galería hay una parra de sombra muy grata. La huerta, circuida de un fuerte alambrado17, contiene hortalizas de varias clases, tropicales y europeas; esta vez la cosecha de papas se había perdido por falta de agua. Como frutas, había peras, higos, manzanas, duraznos, membrillos, frutillas, naranjas, damascos, ciruelas y nueces. Lindante con esa huerta, había una quinta de duraznos y una pequeña plantación de paraísos. El parque y el jardín, menos extensos, se hallan defendidos de las incursiones de vacas y ovejas por setos formados de arbustos espinosos y por una cerca de hierro. Dos lados de la casa tienen arboleda y los otros dos dan al patio y a los galpones. En uno de éstos funciona un aparato a vapor para derretir grasa de vaca y de oveja. Hay también en el galpón una prensa -43- de tornillo para enfardar lana. Esta lana, una vez enfardada, queda lista para la exportación.
Durante el invierno, el río Samborombón crece con extrema rapidez y al acercarse al río de la Plata se convierte en un verdadero torrente. De ahí que sea necesario ejercer mucha vigilancia sobre las ovejas; de lo contrario pueden ahogarse en gran número por ser animales muy tontos. Poco tiempo atrás, una persona de las vecindades había perdido seis mil ovejas de buena cría, como consecuencia de una crecida del río. Casi todas estas pérdidas deben atribuirse a la escasez de población: un propietario podrá ver ahogarse sus majadas, extraviarse sus ganados, alzarse sus manadas de yeguas, sin encontrar medios para evitarlo por falta de peones que vengan en su ayuda.
Al día siguiente, como de costumbre, me llevaron mate muy temprano mientras me encontraba todavía en la cama. El día estaba claro y soplaba una brisa reconfortante. Mientras hacía mi toilette pude escuchar, cantado por un carpintero escocés un himno de Wesley.
Entré a la cocina y llamaron mi atención dos grandes costillas de megaterio. Mientras las examinaba, alguien me indicó un hueso muy grande que empleaban como asiento y que, sin duda, era una de las vértebras del mismo animal. Cuando todo estuvo listo me dispuse a montar y me despedí de

los presentes. Saludé, muy en especial, a la señora Ford que me había impresionado por la bondad de su corazón y su genuino sentimiento de la hospitalidad.
Aquel día monté un caballo nuevo para mí, que, si bien no podía llamarse arisco, se mostró de un natural demasiado vivo durante las primeras leguas de camino. Don Pepe montaba aquel caballo que, según él, sólo era -44- bueno para que se le asentaran los pájaros del campo. Cuando salimos, la tropilla se encontraba a cierta distancia. Fuimos acercándonos con el caballo carguero por delante, y los otros se asustaron al verlo. El mío empezó a bufar con intenciones de huir para unirse a los demás, lo que me puso sobre aviso. Por último, y después de un recio galope durante un buen trecho, logramos poner a la tropilla en la dirección que deseábamos. En ese día, arreamos los caballos de otra manera: yo vigilaba uno de los flancos, don Pepe se había encargado del otro, mientras don José dirigía desde atrás. Este modo de llevar la tropilla en línea recta, resultó el más conveniente porque nos evitó molestias y rodeos innecesarios, bastaba con dirigir la yegua, y los caballos la seguían sin dificultad. Desde la estancia, hasta que llegamos a una extensión de pasto muy duro, nos acompañó una bandada de loros. Fue un alivio para nosotros cuando se volvieron porque ya empezaban a molestarnos con sus gritos.
Seguimos marchando algunas millas por ese campo y encontramos algunas personas que abrevaban el ganado; en este caso, como en tantos otros, la razón del más fuerte es siempre la mejor», porque los animales parecían haber convenido tácitamente que bebieran primero los caballos, luego los bueyes y por último las ovejas.
Aquí vi, por primera vez, la forma en que sacan agua de los pozos. Encima del pozo se levanta una armazón de madera de donde se suspende la roldana por donde pasa una soga de cuero, que se prende, en uno de los extremos, al cubo, y en el otro a la cincha del caballo. El balde es de cuero, muy grande y de una forma muy particular; tiene cinco o seis pies de largo y es -45- abierto en los dos extremos18. Una vez que el balde desciende al pozo, un individuo a caballo lo tira por cierto trecho hasta que sube por encima del brocal. La soga se dispone de tal manera que cuando el caballo ha tirado el balde un trecho suficiente, la boca del cubo se inclina sobre una cisterna o batea en la cual se derrama. Esta operación se hace con facilidad y con bastante rapidez. Cambiando caballo por una sola vez, puede darse de beber a dos mil cabezas de ganado en el espacio de unas ocho horas.
Hace poco tiempo han inventado otro sistema para sacar agua y dar de beber a los ganados, Supongamos un pozo de quince pies de profundidad: en tal caso deberá tener una anchura de diez y seis pies. Hacen, entonces, un balde de forma oval, en lona reforzada, de unos catorce a quince pies de largo, abierto en sus dos extremos, un extremo algo más ancho que el otro. En la abertura más ancha, se clava o se cose un arco redondo de madera dura, para lo cual suelen también servir esos arcos que forman el borde superior de un balde común. A fin de reforzar los flancos del cubo de lona, cosen a lo largo dos sogas gruesas, de una pulgada más o menos. El cubo se asegura a las estacas de la boca del -46- pozo y el extremo y borde más ancho, se ata, mediante una soga, a la cincha del caballo según el procedimiento ya descripto, bájase el cubo al pozo hasta una

profundidad suficiente, de suerte que pueda admitir el contenido de varios baldes comunes y entonces lo sacan, valiéndose siempre del caballo, hasta que se derrama en la batea o cisterna donde bebe el ganado.
Por el poco cuidado que ponen los propietarios de campo, en la conservación de los pozos, mueren en estas regiones, anualmente, miles de animales vacunos. Los nativos son por completo inútiles para cavar pozos o limpiarlos, y como no existen extranjeros suficientes para realizar esa faena, ocurre que se abandona completamente. He podido observar que todos los criollos nacidos o criados en el campo, ignorantes de la vida y hábitos de la ciudad, muy raramente sienten inclinación por ningún otro trabajo que no se relacione directamente con los caballos y las vacas. Obligarlos a vivir en una ciudad, confinarlos en una localidad determinada, o someterlos a las labores de la agricultura, equivaldría a encerrar un pájaro en una jaula. La única ambición de los paisanos es la de ser buenos jinetes y las faenas propias de la ganadería constituyen su ocupación favorita. Cualesquier otro trabajo, comercio o industria, se deja para los extranjeros, o sencillamente, se abandona.
Los hombres que daban agua al ganado nos indicaron el camino y seguimos andando; la escena cambiaba, impresionándonos gratamente por su novedad. No habíamos caminado mucho, cuando atrajo mi atención una pequeña eminencia del terreno donde apenas crecía la hierba y supuse que sería el linde de un campo. Don Pepe me explicó que una carreta de bueyes se había atracado en el barro (aunque no existía nada -47- parecido a un camino) y luego había sido menester desenterrarla con palas, formando ese montón de tierra, Estos accidentes ocurren con frecuencia y, en tales casos, uncen a la carreta diez o doce bueyes, pero también suele ocurrir que el vehículo se rompa o que le dejen en el pantano hasta que el terreno se seque. Mientras íbamos de camino sentí una sed extraordinaria y, cuando menos lo esperaba, se presentó a mi vista la laguna de Chascomús; tal vez la proximidad del agua me estimuló la sed pero lo cierto es que, de inmediato, dirigí mi caballo a la laguna. Los caballos de la tropilla no tardaron en advertirla y empezaron a galopar, metiéndose en el agua para beber; después, no querían abandonarla y tuvimos que insistir mucho para que salieran. Estábamos sentados en la orilla, cuando nos rodeó una manada de potros, todos blancos que ofrecían un singular aspecto. El conjunto de la escena era encantador y de un carácter acentuadamente agreste; el día estaba hermoso, el sol se hundía en el horizonte y por varias millas a la redonda el suelo aparecía cubierto de margaritas silvestres, formando como un tapiz verde y oro. Algunos cisnes nadaban en la laguna, cerca de nosotros. Los patos silvestres zambullían muy cerca también y bandadas de otros pájaros se veían en la orilla opuesta. El paisaje, que en esta época aparece tan hermosa, presenta un aspecto muy diferente durante el verano o en pleno invierno. En esta última estación el agua cubre casi la mitad del distrito y en verano los pastos se secan a causa del intenso calor. La abundancia de pasto, durante el verano, depende de la extensión que ha sido cubierta por el agua en invierno: así se explica la pobreza de algunas grandes estancias donde los campos son muy ondulados.
-48-
Después de abandonar aquel sitio, una vez descansados, seguimos andando y no tardamos en llegar a una vivienda. Eran dos chozas mal construidas, de

cañas, juncos y barro, expuestas al viento y al agua, en un sitio que parecía haber estado cercado alguna vez como acostumbran, por aquí, a cercar los jardines. Aparecieron varias mujeres y nos invitaron a desmontar, lo que no aceptamos, pidiéndoles, únicamente, un vaso de agua. Una muchacha joven, sentada a la sombra y a un costado de la casa, estaba peinándose, ocupación favorita de las mujeres en estas latitudes. La muchacha de mejor apariencia entre las del grupo nos ofreció agua en un jarro de hojalata; era realmente hermosa; los cabellos negros le caían en dos trenzas sobre la espalda y le llegaban a la cintura.

En las proximidades de ese lugar, el general Prudencio Rosas, hermano del actual gobernador, ha cercado una gran extensión de tierra lindante con la laguna, por medio de un muro que me pareció de barro. Quise examinar su forma y espesor pero a mi caballo le resultó una novedad tan grande que se negó terminantemente a acercarse.

Mientras hacíamos el camino de Chascomús, íbamos preocupados por encontrar la estancia de Mr. Thwaites, un caballero inglés en cuya casa pensábamos pasar la noche. Por desgracia habíamos olvidado el nombre de pila de Mr. Thwaites y el nombre de la estancia, lo que constituía un grave inconveniente. Aquí, por lo general, el primer nombre de una persona se usa mucho más que en Inglaterra y, muchas veces, se hace necesario conocerlo para encontrar una casa. Al fin de cuentas, llegamos a la estancia de Thwaites, una hora, más o menos, antes de entrarse el sol; fuimos muy bien -49- recibidos e invitados a alojarnos allí. No llevaba yo cartas de recomendación, a excepción de una que podría serme útil, cuatrocientas millas más adelante, en caso de tener que adquirir nuevos caballos o recabar fondos. Felizmente, confiaba mucho en la hospitalidad de aquellos con quienes tenía que tratar.

Como estábamos cerca de una ciudad donde existía una guarnición, y nuestros caballos eran excelentes, pensamos que podrían excitar la codicia de los soldados, que, a ese respecto, no sienten ningún escrúpulo. Por eso, nuestros principales cuidados fueron para la tropilla. Considerando bien el asunto, decidimos manear la yegua y dos o tres caballos de don Pepe; los otros quedaron sueltos y todos libres para pastar durante la noche.

La sociedad de Mr. Thwaites y de su amable familia, hizo muy placentera mi permanencia en su casa. La estancia dista unos cinco millas de la ciudad de Chascomús; la casa de familia es un verdadero cottage inglés; el edificio todo, es de ladrillos; tiene al frente una galería con pilares de madera que forman una especie de columnata muy bonita. Álamos, paraísos y acacias de flores blancas, rodeaban la casa y en parte la ocultaban. El árbol del paraíso es muy semejante al mostajo: produce una flor pequeña muy fragante y racimos de frutas amarillas. El abundante césped, bajo la arboleda y frente a la casa, se hallaba cubierto de hojas secas, anunciadoras del próximo otoño; las violetas, muy abundantes, se hacían notar por su fragancia. La casa, con su granja y corral, sus galpones, jardines, huertas y parques está rodeada por un profundo foso y un seto vivo que abarca un conjunto de media milla cuadrada. La vida de familia, en este retiro feliz, me trajo los más caros recuerdos del -50- hogar; veía allí una buena biblioteca, un piano fabricado en Londres, la chimenea encendida, los sirvientes irlandeses, el cocinero inglés: todo me

representaba los días pasados, despertando en mi corazón el sentimiento de la patria y la añoranza de los seres queridos. Viven en la estancia unas sesenta personas, comprendida la gente de trabajo. Para su manutención se sacrifican cincuenta ovejas y dos o tres bueyes por semana.
Chascomús es una pequeña ciudad, distante treinta leguas de Buenos Aires. Tuvo, en otro tiempo, hasta cuatro mil habitantes, pero al presente se halla en estado ruinoso por haber sido, en 1839, el teatro de una revolución contra el general Rosas. Desde entonces ha sufrido mucho; todos cuantos resultaron comprometidos en la revolución, viéronse obligados a huir, dejando sus bienes confiscados. Tiene una iglesia grande, bastante ruinosa, que, según dicen, será restaurada por una suscripción popular; pueden encontrarse algunos almacenes y pulperías y se han establecido unos pocos artesanos ingleses y de otras nacionalidades. Habiendo entrado al almacén de un francés para comprar algunos artículos, vino a darnos conversación un inglés; dijo haberse encontrado en la armada de Buenos Aires cuando ésta fue tomada por la flota anglo-francesa; lo habían herido en un brazo, lo que le valió una pensión de cincuenta pesos mensuales, ahora era sargento de artillería y ganaba veintiocho pesos por mes. El soldado raso gana veinte pesos mensuales, aparte la ración de carne y yerba que recibe, pero debe tenerse presente que el peso papel, en estos momentos, no vale más de dos peniques y medio. Por aquí se consume harina norteamericana, aunque la tierra, en todos los alrededores es muy fértil y apta para el cultivo, pero es de imaginarse -51- que si la población no se basta para cuidar el ganado, mal podría ocuparse en las labores agrícolas.
La ciudad se encuentra a orilla de una laguna muy larga y desde la misma población se extiende una sucesión de lagunas más pequeñas, hasta el Río Salado; no son navegables y casi todas contienen agua salobre.
Don José y Don Pepe habían ido hasta Chascomús, para comprar algunas frutas secas y otras cosas necesarias; a su vuelta salieron en busca de la tropilla, pero ya no la encontraron.
Varias personas de la casa salieron con el mismo fin, tomando diferentes rumbos. Todos volvieron, después de anochecido, sin haber encontrado nada. Alguien, sin embargo, informó que una muchacha encargada de cuidar unas ovejas, le dijo, mientras arreaba la majada, que había visto un soldado con una tropilla de caballos. Cuando se le preguntó por qué no había dado parte, contestó que se ocupaba de sus ovejas y no de caballos ajenos. En la madrugada del día siguiente, Don José y Don Pepe salieron nuevamente en busca de la tropilla. La estancia comprende una extensión de muchas millas, de suerte que podían galopar un buen rato antes de obtener noticias; volvieron a eso de medio día, sin ninguna novedad. Poco después, supimos que dos caballos ajenos, herrados y muy cansados, se hallaban en el campo; con esto empezamos a sospechar que los soldados -que andaban en malas cabalgaduras- se hubieran apoderado de toda o parte de la tropilla para emprender algún viaje. Don Pepe, así que comió algo, se fue a Chascomús para hablar con un oficial de su amistad y pedirle ayuda. Volvió a la hora de cenar con la única seguridad de que su amigo, a quien dejó las marcas de los caballos, haría todas las averiguaciones posibles.
-52-
Por donde quiera que fuéramos, oíamos contar episodios de caballos

robados; a uno le habían llevado seis hermosos caballos de tiro, que no habían sido ensillados nunca y poco podrían servir a los ladrones si querían viajar sobre ellos; otra persona contó que había empleado todos sus ratos de ocio, desde tiempo atrás, en amansar una tropilla para tener montados propios y se había quedado sin ellos, ya cuando los caballos estaban dóciles; un tercero, yendo de viaje, había atado a soga larga un valioso caballo para que comiera por un rato y se lo habían hecho desaparecer sin darse cuenta; un irlandés gesticulaba sobre la destreza de los cuatreros, exclamando: -«Señor, son capaces de sacarle el caballo a su propia vista, ahí mismo, si lo deja». Los nativos, cuando están sin caballos, usan una expresión elíptica y dicen que están sin pies, porque todos los trabajos de campo, como juntar ganado, marcarlo, arrearlo, domar, tienen que cumplirse a caballo. Una causa que debe de contribuir en mucho a esa costumbre tan extendida, es el sistema de tomar peones con caballo propio. En efecto, un hombre que dispone de cinco o seis caballos, puede ganar seis y siete chelines diarios, sin que su alimento le cueste nada en los días de trabajo.

La noche se acercaba y yo seguía sin noticias de la tropilla, lo que me llevó a reflexionar seriamente sobre mi situación. Después de haberme decidido a explorar un circuito de ochocientas millas, lleno de interés y novedad, ahora precisamente, cuando hacía mi entrada en la región de más atractivos, veíame privado de mis caballos, de mis inapreciables caballos, e impedido de proseguir adelante. Lo que más me afligía era la pérdida de tiempo porque sólo disponía de un periodo corto, para cumplir mi viaje y llevaba los días contados. Por otra -53- parte, los asuntos políticos en Buenos Aires se complicaban y me interesaba volver a la ciudad antes de un mes. También quería evitar la precipitación y el desaliento. Mi lema era: nil desperandum y evité cuidadosamente todos los extremos, escogiendo el medio que me pareció más oportuno.

Había puesto muchas esperanzas en este viaje y no estaba muy dispuesto a volverme atrás. Por eso decidí seguir, ya fuera por el camino de postas o comprando dos o tres nuevos caballos para servirme de ellos si las casas de postas no respondían a mis propósitos. Entonces aprendí, como nunca, a valorar mi tropilla perdida. Alguien me habló de otra que tenían en venta, a una legua de distancia y cuyo propietario pedía cien pesos por cada caballo. Don José fue a examinarlos para arreglar el negocio; encontró que los animales eran pequeños, flacos, demasiado nuevos, pero bien amansados; al fin entró en conversación por el precio y la mujer del dueño empezó a entrometerse y a poner inconvenientes. Por último, haciendo señas con la cabeza para que su marido saliera fuera, infundió en él toda la codicia de que se hallaba poseída y decidieron pedir una suma enorme a Don José; el precio se elevó de pronto a doscientos cincuenta pesos por animal. Como yo no me mostrara dispuesto a aceptar imposiciones semejantes, el negocio terminó ahí, y me alejé de aquellos aprovechadores que se quedaron lamentando la pérdida de un buen comprador.

Veíame ahora obligado a pensar en las postas aunque este sistema de viajar no estuviera de acuerdo con mis proyectos, por cuanto yo deseaba conservar mi libertad para desviarme a mi antojo del camino principal. Las postas presentan, además, otro inconveniente: los -54- caballos, o son ya inservibles, o muy ariscos y hacen perder un tiempo considerable para

prepararlos. En vista de todo esto, Mr. Thwaites, bondadosamente, me propuso acompañarme a Chascomús para hacer algunas indagaciones. Primero visitamos al Juez de Paz, quien se mostró muy condolido y me ofreció su ayuda pero manifestando al mismo tiempo que la pérdida que daba sujeta a muchas contingencias. Nos dijo que en esos días le habían robado a Don Prudencio Rosas, hermano del gobernador, varios caballos excelentes. Al retirarme me aconsejó que siguiera viaje con tres o cuatro animales para montarlos únicamente cuando los de la posta no me convinieran. En las postas podría yo encontrar, con seguridad, caballos de remuda y algunas otras facilidades, a un precio no mayor de dos o tres pesos por legua. Habiéndonos despedido de Su Señoría el Juez de Paz, fuimos alcanzados por un irlandés, quien venía en procura de Mister Thwaites para pedirle que intercediera por un hermano suyo que se encontraba preso. El tal hermano hallándose en una pulpería en compañía de algunos criollos, había usado expresiones que importaban algo así como un delito de alta traición. Había enviado al Señor Gobernador con todos sus ascendientes y descendientes al... infierno, por el cual delito estaba en vísperas de ser enviado a Buenos Aires en calidad de preso político. Mr. Thwaites se interesó por el acusado con mucha bondad, ante las autoridades, y el preso fue dejado en libertad, después de hacer solemne promesa de que no repetiría jamás ofensas semejantes. La población irlandesa, en éstas inmediaciones, es muy densa y se hace sentir la necesidad de un sacerdote abnegado e inteligente para atender a los servicios religiosos,

Como la noche avanzaba, resolvimos volver a la estancia. Ya estábamos cerca de la laguna cuando advertimos un hombre que venía en dirección a nosotros. Este nos dijo que, en el día anterior, mientras andaba campeando unos caballos suyos, encontró una tropilla que, según le habían dicho unos peones, podía ser la nuestra. En seguida emprendimos galope mandando a Don José y a Don Pepe adelante con nuestro mensajero. Volvieron una hora después de anochecer, con la jubilosa noticia de que la tan deseada tropilla ¡había sido encontrada! De esta manera, todas las dificultades quedaron en un momento resueltas. Ya podría yo reanudar mi viaje satisfactoriamente.

Desde que dejé Buenos Aires, mi camino había transcurrido entre establecimientos dedicados a la cría de ovejas, en realidad, toda la campiña, saliendo de la ciudad y en un radio de treinta leguas, es un vasto criadero de ovejas.

La experiencia ha probado que la cría de ovejas es un negocio muy lucrativo y tan pronto como la población aumente lo bastante, la cantidad de lana que ha de salir del Río de la Plata, producirá, sin duda, un efecto muy sensible en los mercados europeos. Mr. Thwaites se preocupa mucho por mejorar las razas en sus majadas y algunas me mostró que producían lanas excelentes. Su majada sajona, que en 1841 no pasaba de ciento cincuenta ovejas, ha aumentado, en seis años, a mil, debido principalmente al cuidado (extraordinario aquí) con que ponen bajo techo las ovejas cuando van a parir. Estas comarcas son deudoras a Mr. John Harratt y a Mr. Peter Sheridan de toda la riqueza derivada de la industria de la lana y Mr. Harratt es reconocido como la mayor autoridad en la materia.

-[56]- -57-

Capítulo III

Los inmigrantes irlandeses. - Beneficios en la cría de ovejas. - Un poblador irlandés. - El Río Salado. - El comercio de pieles de nutria. - La estancia Camerón. - Hospitalidad del Sr. Martínez. - La villa de Dolores. - Un fogón y un lecho primitivos. - El comercio de yeguas, con los indios. - Una cena rústica. - Perros ovejeros. - La señora Methvin y su tropilla. - Llegada al Tandil. - Una villa desierta y una iglesia en ruinas. - La Sierra de la Ventana. - Plan de Rosas para el aumento de población. - Valor de la tierra, del ganado vacuno y de las ovejas. - La piedra movediza. - Historia fabulosa sobre un volcán extinguido. -Fiesta conmemorativa de la Revolución Argentina. - Alegría y buenas maneras de los invitados.

Muy de mañana, ya estábamos todos en plena actividad preparándonos para reanudar el viaje. El hospitalario dueño de casa había obligado nuestra gratitud con sus bondades; siendo unos extraños para él, nos había tratado como a personas de su familia. Por espacio de varias millas hicimos el camino a través de un campo de pastizales duros y nos detuvimos en una pulpería para comprar pan a fin de tomar algún bocado. La pulpería era propiedad de una familia vasca; encontramos allí un carnicero de Buenos Aires que andaba comprando ovejas gordas; ofrecía un chelín y nueve peniques por cada una, pero el propietario no quería venderlas a menos de dos chelines por cabeza.

Poco antes de entrarse el sol, llegamos a la casa de Mr. Murray, donde pensábamos pasar la noche. -58- Era éste un irlandés que vivía en la costa del río Salado. Las orillas del río, en las proximidades de Chascomús, se hallan densamente pobladas por súbditos británicos, principalmente irlandeses, que se dedican a la cría de ovejas. En su mayoría son propietarios de las majadas; unos las tienen en sociedad, otros como únicos dueños. Es singular que casi todos estos irlandeses sean naturales del condado de Westmeath. Cuando uno de ellos llega al país, pobre e ignorando la lengua, las costumbres y el modo especial de trabajar en el campo, trata de emplearse en casa de algún compatriota. Si es sobrio y laborioso, pronto ahorra dinero y en lugar de seguir como simple cuidador de ovejas, las compra por su propia cuenta y se asocia con otros connacionales para adquirir una majada.

Hay años en que, las ovejas, cuando se les mantiene en majadas pequeñas con los debidos cuidados, se duplican en número; calcúlase generalmente que paren dos corderos cada quince meses, pero, deduciendo en algo esa proporción por las contingencias que pueden sobrevenir, siempre el promedio sería de un 145 % en un año y tres meses. Tal aumento es, sin duda, extraordinario, pero se da únicamente cuando se pone mucha atención y cuidado.

Como es natural, un hombre pobre, acostumbrado desde su niñez a cuidar a los corderillos lo mismo que a las madres, sabe mantener bien sus ovejas y obtiene rendimientos mayores que el rico propietario de majadas inmensas que se vale de peones para vigilarlas porque es muy difícil o imposible encontrar cuidadores diligentes y experimentados. En efecto: los que llenan estas condiciones pronto se hacen propietarios y al fin de cuentas quedan como cuidadores los inútiles y ociosos. En cuanto -59- a los peones que se dedican a los trabajos de zanjeo, ganan de cinco a siete chelines por día, con más una buena provisión de carne de vaca y de cordero. Los más desvalidos entre los recién llegados están en condiciones de ahorrar, trabajando en cualquier faena y con un poco de diligencia, veinte chelines por mes. El ocio y la embriaguez son la perdición de muchos de ellos, que, bien conducidos, podrían formarse un pequeño capital.

El dueño de casa, Mr. Murray, contaba setenta años de edad, aunque no hacía mucho tiempo que se hallaba en el país; tenía varios hijos e hijas y todos llevaban una vida feliz y próspera. La casa no estaba todavía provista de comodidades, pero se nos hizo una cordial acogida. Así que llegamos, mataron un cordero y mandaron a buscar vino. Después nos regalamos con asado y puchero, zapallos, pan y té. Nuestra llegada pareció hacer revivir el fuego de la juventud en el ánimo del buen viejo que nos retuvo hasta la media noche con las reminiscencias de los días lejanos.

Era Mr. Murray un verdadero sportsman: su diversión favorita consistía en cazar cisnes y gansos silvestres que daban buena provisión de plumas y carne para la casa.

A la mañana siguiente, después de habernos desayunado con un asado de cordero y una taza de té, ensillamos nuestros caballos y partimos. Pasamos el río Salado a la altura del Paso del Venado, donde encontramos cinco jinetes que arreaban una tropilla de veinte caballos, formando todos un gallardo conjunto. El río podía, entonces, vadearse con facilidad, pero en poco tiempo más iba a convertirse en una corriente rápida y profunda que los animales sólo podrían pasar a nado. -60- En algunos lugares conocidos hay balsas para cruzar a los viajeros. Seguimos costeando el río, por un buen rato, divertidos en mirar los numerosos cisnes, gansos, patos y gallaretas que le frecuentaban; también vimos muchos flamencos, pájaros de singular belleza, especialmente durante el vuelo.

El río abunda en buen pescado y había en él tantas nutrias, que nos dejaban acercar hasta muy escasa distancia. Los cueros de nutria se utilizan en la fabricación de sombreros y se exportan a Europa en cantidad, pero en el momento de que hablo estaba prohibido matar esos animales bajo penas muy severas. Esto se debía a que los naturales del país estaban todos sirviendo en la milicia y hacían la guerra; en tales circunstancias, los beneficios en la matanza de nutrias recaían exclusivamente en manos de los extranjeros; por eso el gobierno había prohibido, en absoluto, el comercio de pieles hasta que los milicianos fueran licenciados.

Después de atravesar un pequeño arroyo, pasamos por la estancia llamada Camerón, propiedad de la conocida familia de Anchorena. Comprende esta estancia veinte leguas cuadradas y tiene por lo menos cuarenta mil cabezas de ganado; pero, como los pobladores de este inmenso establecimiento no

dan abasto para atender al ganado de todos los rodeos, la hacienda se ha vuelto enteramente cimarrona; huía de nosotros asustada y con la rapidez de los venados; sólo algunos terneros se quedaban mirándonos pasar, como inconscientes del peligro. De ahí a poco, llegamos a una gran laguna, casi cubierta de aves silvestres: era de verse el gracioso movimiento de los cisnes negros y el efecto de su oscuro plumaje en contraste con las alas rojas y doradas de los flamencos; estos últimos, posados en grupos -61- y cuando el fuerte sol les tomaba de frente, reflejaban sus rayos figurando una lámina de fuego.

Pasamos después a orillas de otra laguna. Las tierras de las inmediaciones eran las más altas que yo había visto, aunque no merecían el nombre de colinas. El tiempo avanzaba y se nos hacía necesario buscar albergue para la noche.

A cierta distancia vimos una casa y algunas plantaciones en las cercanías. Calculando que podríamos llegar antes de entrarse el sol, tomamos rumbo en esa dirección. Llegados a la casa, nos anunciamos como viajeros y pedimos hospedaje. El mismo propietario, un caballero argentino de apellido Martínez, vino hacia nosotros y nos invitó a pasar. La casa se levantaba junto a una laguna y la estancia se extendía en un área de cuarenta millas comprendiendo varios lagos, algunos salados y otros de agua dulce. Me fue muy agradable encontrar ciertos detalles de comfort muy ingleses a lo que se agregó la buena acogida que nos dispensó el dueño de la estancia. Esa noche tuvimos como cena un roast beef y no faltaron los accesorios: pan, sal, confituras, punch de coñac y un buen té. Luego el señor Martínez me instó para que ocupara su lecho y él arregló su cama encima de una mesa.

Al día siguiente, por la mañana, antes de ponernos en camino, el estanciero nos hizo ver una tropilla de caballos bayos, los animales más lindos y mansos que yo había visto hasta entonces. No tenían una sola maña y en esto se parecían a los caballos árabes; además, eran una demostración de lo que puede alcanzarse tratando con paciencia a los caballos, porque es de saber que en estas pampas se observa una excesiva crueldad para con los animales. El Sr. Martínez se mostró como un hombre inteligente y hospitalario. La -62- mañana en que partimos, el tiempo estaba hermoso y soplaba una brisa fresca. Cerca de la estancia vimos muchas osamentas de animales vacunos que eran devoradas por perros y pájaros. Como teníamos un largo día de camino, nos desayunamos sobre el caballo con unos bizcochos y frutas secas, mientras marchábamos.

A eso de mediodía estuvimos cerca de la villa de Dolores que tiene ahora no más de dos mil habitantes y ha sido, al parecer, en otro tiempo, centro muy próspero como lo demuestra la cantidad de casas y jardines abandonados. La iglesia, muy pequeña y construida de adobes, no podría contener la décima parte de la población. Una división de ejército estaba acampada cerca de la plaza; las chozas de los soldados, trescientas cincuenta más o menos, eran construcciones de estacas, con techos de junco. Residen en Dolores algunos súbditos británicos y en los últimos cuatro años se han establecido tres médicos irlandeses.

Averiguamos el camino a seguir y nos indicaron unas huellas de carros, pero a poco se hicieron tan confusas que tuvimos que abandonarlas y por último recurrimos a la brújula, resultando que íbamos hacia el poniente, cuando la dirección a seguir era la de sur-suroeste. Hicimos nuevo rumbo

hasta pasar cerca de un rancho, donde nos confirmaron que seguíamos en buena dirección. Dolores se halla situada en terrenos muy bajos y, por espacio de varias millas, después de alejarnos del pueblo, fuimos ascendiendo en forma muy gradual pero perceptible. Todos los campos estaban cubiertos de una planta pequeña, parecida a la boja, que despide un perfume muy agradable. A la distancia, las llanuras aparecían como cubiertas de brezos achaparrados.

En las primeras horas de la tarde divisamos, a lo lejos y en lo alto de una loma, una casa de buena apariencia y decidimos llegarnos allí para pasar la noche.

Habitaban la casa un hombre soltero y su hermana, que eran los propietarios de la estancia. Como de costumbre, nos invitaron a pasar, ofreciéndonos todo cuanto necesitábamos. La estancia comprendía una legua cuadrada y tenía ganado en abundancia. Como ya nos hallábamos lejos del lugar donde habíamos comprado los caballos, pensamos que podríamos, sin peligro, dejarlos sueltos, y así lo hicimos, pero atamos uno de ellos a soga larga, cerca de la casa. El dueño nos pidió que lleváramos los recados y otros pertrechos a la cocina; era un rancho abierto en sus dos extremos de manera que el viento corría libremente por su interior. En mitad del piso había un espacio cuadrado, como de cuatro pies, formado con huesos de patas de oveja hundidos en el suelo y que sobresalían como tres o cuatro pulgadas. Allí ardía un fuego que se alimentaba con leña, yuyos secos, huesos y grasa. A lo largo de la pared había unos postes bajos, como de dos pies de altura, sobre los que descansaban estacas sujetas con guascas y cubiertas con un gran cuero de buey. Este aparato nos sirvió de cama.

Arreglados nuestros bagajes y antes de entrarse el sol, salí a dar una vuelta por los alrededores. Encontré hasta doce perros muy grandes, todos pertenecientes a la casa y no fue poca mi sorpresa al encontrarme también con un indio que, según supe después, formaba parte de un grupo llegado de las inmediaciones de Tapalquén para comprar yeguas destinadas al consumo. La carne de ese animal es el alimento preferido de los salvajes y pueden comprarla muy barata, sobre todo tratándose de yeguas viejas, porque los nativos no se sirven de ellas para montar y el gobierno exige una licencia especial para matarlas. Los indios traen sal, que recogen en las salinas, y también ponchos, riendas y otras manufacturas con que trafican. Cambian de ordinario un saco de sal de treinta libras, por una yegua, por un poncho suelen obtener hasta quince o veinte de esos animales. Estos indios habían hecho ya su negocio y se aprestaban a volver a sus toldos con unas doscientas cincuenta yeguas de toda clase.

Después de hacer un paseo a pie, que es el mejor descanso cuando se ha viajado mucho a caballo, volví a la cocina, la dueña de casa se ocupaba en preparar la cena. En el fogón había dos asadores inclinados sobre el fuego con sendos costillares de oveja. Uno a uno iban entrando los huéspedes y las personas de la casa; nosotros nos sentamos cerca del fuego sobre unos trozos de madera para observar cómo preparaban la comida. La mujer cortó en dos partes un zapallo muy grande colocando las mitades boca abajo sobre la ceniza; después llenó cada mitad con ceniza caliente, asándolas con mucha precaución. Por último limpió de cenizas el zapallo con una cuchara

de metal y clavó los dos asadores en el piso, en ángulos opuestos del fogón, de manera que cuatro personas de las que allí estábamos podíamos comer cómodamente de un asador. Pusieron un poco de agua con sal en un asta de buey, y rociaron la carne. Una vela, colocada en una botella, alumbraba el festín. Cuando todo estuvo listo, sacamos los cuchillos y atacamos el asado y el zapallo con mucho apetito. Los indios que estaban en sus toldos, muy cerca de ahí, despacharían sin duda a esa misma hora uno de sus potros. Después de comer tomamos mate, bebida tan necesaria a esta gente como el té a los ingleses. En seguida, los dueños -65- de casa, dándonos las buenas noches, se retiraron a dormir. Los peones se fueron bajo una ramada, al extremo de la casa principal. Nosotros, viéndonos dueños del refectorio, sala de banquetes o cocina, como quiera llamársele, pensamos también en descansar. Don José y yo ocupamos la cama de cuero a que me he referido. Don Pepe eligió un sitio en el suelo, con los pies cerca del fogón. Los perros, los gatos y hasta los ratones batallaron hasta el amanecer por asegurar posiciones en el dormitorio. El frío, afortunadamente, nos libró de las pulgas pero los ladridos, gruñidos y chillidos de los animales perturbaron nuestro sueño toda la noche. Al despertar me sentí aliviado recordando los melancólicos versos de Moore: «Oft in the stilly night...» que por un rato vinieron a mi memoria.

Otra vez en camino, al cruzar una majada de ovejas por un sitio solitario, nos atacaron dos grandes perros; creímos hallarnos cerca de alguna población y miramos en derredor, pero no vimos vivienda alguna en distancia de varias millas. Supimos después que, en ciertos lugares, existe la costumbre de criar perros con las ovejas. Estas se aficionan a sus protectores al punto de que viven en comunidad con ellos, y los perros, a su vez, no dejan nunca las majadas. Según dicen, estos perros se acostumbran fácilmente a vivir entre los corderos cuando los amamanta, de cachorros, una oveja madre hasta que pueden comer carne. Oí alabar las cualidades de estos ovejeros, pero no creo mucho en ellas porque, de ser ciertas, la costumbre se hubiera generalizado más.

En esta ocasión pasé dos días muy agradables en compañía de una familia escocesa, de nombre Methvin. Los trabajos de la estancia se hacían con mucho orden y en todo presidía la limpieza y el comfort. Las ovejas -66- eran de lana muy fina, el ganado muy manso; casi todos los peones y sirvientes ingleses. Mr. Methvin no sólo era ganadero sino que se ocupaba en acopiar frutos del país que mandaba vender a Buenos Aires y tenía también una regular provisión de mercancías. La señora Methvin acababa de llegar de Buenos Aires, en coche, tras un recorrido de setenta leguas. Había hecho el viaje en seis días, en un coche tirado por cuatro caballos, acompañada por cinco hombres y con una tropilla de veinticinco animales. En tales viajes el vehículo marcha siempre tirado por cuatro caballos y un peón conduce el resto de la tropilla.

Esta vez nos tocó soportar las molestias de la lluvia. Por espacio de cinco horas marchamos a través de una región cubierta de agua y durante todo el camino anduvimos con el agua a las ranillas del caballo. Por la noche, llegamos a un grupo de ranchos conocido por «La Vizcachera»; pedimos albergue y nos hicieron entrar a una cocina donde ardía un fuego alimentado con huesos y una cabeza de buey. Sobre el fuego, unos troperos asaban carne, Dos de esos hombres parecían de buena familia, llevaban

camisas limpias de algodón y se expresaban correctamente. Aparentaban no tener más de diecisiete años de edad y se interesaron en adquirir conocimientos sobre ciertas cosas, mostrándose muy curiosos por saber todo lo relativo a la división del tiempo en días, horas y minutos. Les dejamos para guarecernos en otro rancho que nos pareció el más apropiado para pasar la noche: no era más gran que un box de los que sirven para un solo caballo y la puerta carecía de batientes; por fortuna el viento daba sobre la parte trasera de la choza. Allí arreglamos los recados y nos acostamos a dormir; las caronas estaban secas -67- pero no así los ponchos, única prenda que teníamos para cubrirnos y que habían pasado un largo día bajo la lluvia. Poco antes de amanecer, don José mostrose muy intranquilo hasta que se levantó exclamando:
-He dormido encima de un hormiguero.
En efecto, cuando la luz del día nos permitió ver la manta con que se tapaba, advertimos que estaba negra de hormigas. La sacudimos lo mejor posible, después ensillamos los caballos y emprendimos la marcha. El sol, resplandeciente, fue secando nuestros ponchos y alegrándonos el ánimo hasta hacernos olvidar las molestias de la noche. Así seguimos camino adelante y las colinas del Tandil no tardaron en aparecer a la distancia.
Al atravesar una vasta extensión cubierta de pastos altos, perdimos de vista las huellas que nos guiaban. Por dos veces volvimos atrás creyendo haber encontrado el rumbo pero la brújula nos sacó del error; por último nos acercamos a una pulpería donde nos dieron las señas del camino. Todo ese día marchamos en ascenso por los terrenos que llevan hasta el Tandil.
A las doce nos detuvimos en la falda de una colina repartiéndonos un poco de pan; el agua -que sacamos de una lagunita próxima- estaba llena de insectos pero descubrí que el aguardiente los mataba y de esta suerte pudimos beberla sin peligro. Sintiéndome fatigado me acosté entre los pastos al calor del sol y caí en un profundo sueño. Después de un corto descanso reanudamos la marcha. El panorama de las colinas que se presentaban más elevadas, nos pareció el más hermoso después de haber cabalgado trescientas millas por llanuras monótonas.
Tandil era el punto más distante a que pensaba llegar en mi viaje; tal vez por ello me hice la ilusión -68- de que allí terminarían mis andanzas.
También en ese día sentí por primera vez las angustias del hambre. El tiempo estaba hermoso y nos entretuvimos cazando armadillos, que constituyen un buen manjar. Las perdices son tan abundantes y mansas que las matábamos con los rebenques: de esta suerte nos procuramos un excelente almuerzo. Después de una marcha de cuatro leguas, llegamos a Tandil antes de entrarse el sol.
Mister Swysey, un caballero norteamericano, me ofreció alojamiento en su casa mientras permaneciera en Tandil. Acepté complacido la invitación porque no existen en estos pueblos hospederías de ninguna especie para los viajeros.
Tandil se encuentra a unas setenta leguas de Buenos Aires; su situación es bastante pintoresca porque se levanta al pie de una cadena de colinas rocosas que se extienden desde las inmediaciones del Cabo Corrientes, en una distancia de doscientas millas hacia el noroeste, donde descienden hasta perderse en la llanura. Las doce o catorce personas que se dedican al comercio tienen sus casas en el pueblo pero también intereses en el

campo. No hay en el pueblo un solo artesano especializado en ningún oficio. Citaré el caso de un hombre bastante hábil en el corte de trajes pero que no sabe coser las piezas cortadas y se ve obligado a recurrir a las mujeres para esa tarea. Hace cosa de diez años fue construida una iglesia por suscripción popular, pero ya no tenía techo. El retablo principal, lo mismo que una pintura antigua, se hallaban hacinados en un cuarto, muy deterioradas por el moho, porque el clima es húmedo. Se han hecho gestiones ante el gobierno para que contribuya a restaurar el templo, dado el carácter quod sacra del edificio, pero el gobierno alega, para no -69- hacer lugar a lo pedido, que quienes tomaron posesión de la iglesia cuando se construyó, son quienes deben ocuparse de mantenerla y repararla.

El cementerio está en la falda de una colina cercana; nunca ha sido cerrado ni lo rodea un simple muro, lo que revela los hábitos primitivos de los pobladores. Como no hay un solo clérigo en la villa, los muertos son inhumados sin ningún servicio religioso. Una o dos veces por año, un sacerdote visita el lugar para celebrar misas, bautizos y matrimonios. La iglesia más cercana se encuentra a veinte leguas de distancia.

La Sierra de la Ventana, una extensión montañosa que se desarrolla en dirección al sur, ha sido así descripta por el naturalista Carlos Darwin que la visitó en 1832: «Esta montaña, la Sierra de la Ventana, puede verse desde que se echa el ancla en Bahía Blanca. El capitán Fitzroy calcula su altura en 3.500 pies, elevación ésta digna de notarse, tratándose de la parte oriental del continente. No sé de ningún extranjero que haya subido a ella, antes que yo. En realidad, muy pocos eran los soldados de Bahía Blanca que la conocían medianamente. Sin embargo, lejos del lugar yo había oído hablar de yacimientos de carbón, de minas de oro y plata, de cavernas y selvas: todo esto me había despertado mucha curiosidad que se convirtió muy luego en desengaño. Al llegar al pie de la sierra principal se nos hizo dificultoso encontrar agua, aunque después encontramos un poco, buscándola mejor entre la montaña. No creo que la naturaleza haya dispuesto nunca un hacinamiento de rocas tan solitario y desolado. La sierra es escarpada, fragosa y áspera. Se halla tan desprovista de árboles y arbustos que no pudimos procurarnos un asador para poner la carne sobre el fuego -70- que habíamos hecho con tallos de cardo. El raro aspecto de esta montaña contrasta con la llanura que la circunda, semejante a un mar que batiera contra los acantilados de roca, separando las colinas paralelas. La uniformidad del colorido comunica al paisaje una extrema quietud: el gris blanquecino de la roca de cuarzo y el amarillo claro del pasto en la llanura, no son mitigados por ningún otro color más brillante. El rocío, que por la noche había mojado mucho los recados de montar que utilizamos para dormir, se había convertido en escarcha por la mañana, porque el frío era muy crudo. Creí que estábamos a una considerable altura, aunque para la vista la llanura aparecía al mismo nivel. En la mañana del 9 de septiembre, el guía me dijo que ya podíamos subir a la sierra más próxima, desde donde, según creía, estaríamos en condiciones de llegar a los cuatro picos que remataban la cima. Se hacía fatigoso trepar por esas rocas tan ásperas: las pendientes, dentadas al extremo, hacían difícil el avance y lo que se ganaba en cinco minutos de ascenso, se perdía fácilmente en los cinco siguientes. Cuando llegamos a la cumbre,

fue grande mi desilusión, al comprobar que la montaña se precipitaba formando un valle, cuyo fondo llegaba al nivel de la llanura, y que este valle me separaba de los cuatro puntos que me proponía alcanzar. El valle es muy angosto, pero de fondo plano. Después de llegar a la cumbre del segundo pico, venciendo muchas dificultades, cuando ya eran las dos de la tarde me vi obligado a renunciar al proyecto de escalar los picos mayores, a causa de la extrema fatiga en que me encontraba. En rigor, esta ascensión me había decepcionado: hasta el panorama que se me presentaba era insignificante; una llanura que parecía un mar, pero sin -71- sus bellos colores y sus contornos definidos. La escena, con todo, era novedosa y, un pequeño peligro, como la sal en la comida, hace más sabroso cualquier espectáculo. En el camino vimos numerosos venados y cerca de la montaña un guanaco. La llanura que se extiende al pie de la sierra, está atravesada por zanjas muy curiosas, una de las cuales tenía como veinte pies de ancho y por lo menos treinta de profundidad. Esta zanja nos obligó a efectuar un largo rodeo antes de encontrar un paso conveniente19».
Tandil ha sido en otro tiempo destacamento de frontera para la defensa contra los indios: conserva todavía un fuerte guarnecido con cuatro cañones pequeños. Pero la línea de frontera se ha extendido con tanta rapidez hacia el sur y el oeste, que el pueblo carece de importancia como punto de avanzada y se ha convertido más bien en centro comercial para las poblaciones circunvecinas. Ya se han establecido algunas estancias en los cazaderos de los indios -unas cuarenta leguas hacia el oeste y establecimientos similares habrán de instalarse hasta la costa del Atlántico. La población cristiana, sin embargo, es muy escasa. Hace algunos años, el general Rosas ordenó que fueran recogidas en Buenos Aires todas las mujeres de dudosa moralidad y después se las envió a esta frontera con instrucción de mantenerlas en la comarca para contribuir al aumento de la población.
El precio de la tierra, en estas inmediaciones, es de unos dieciocho mil pesos la legua cuadrada, o sean cuatrocientas cincuenta libras esterlinas, al cambio, muy alto, de tres peniques por cada peso. Esto no hace más -72- de dieciocho peniques por acre inglés y se trata de tierras fertilísimas donde podría entrarse de inmediato con el arado. En cuanto al ganado vacuno, vendido al corte, bueno y malo, resulta a quince pesos cada animal y las ovejas, desde un chelín y seis peniques hasta tres chelines, la docena. Me refiero a ovejas de clase ordinaria, aunque esas mismas, mestizadas, pueden, en dos o tres años, aumentar en precio por la mejor calidad de la lana.
Estuvo por aquí, no hace mucho, un irlandés muy industrioso, de nombre Mr. Hanley20, quien compró ocho mil ovejas al precio de un chelín y seis peniques la docena, lo que hace, al precio actual del cambio, no más de tres medios peniques cada oveja, algo menos que el valor de un huevo, porque, para entonces, no podía comprarse un huevo por menos de tres peniques.
Las ovejas se desarrollan y multiplican sin el menor trabajo de sus propietarios, ya sea en invierno o en verano; por eso mismo tienen tan escaso valor. Las aves de corral exigen mayores cuidados y atenciones, aunque sus dueños no se muestran, tampoco, muy dispuestos a prestárselos.
Cierto día, por la mañana, salimos a visitar una piedra muy renombrada que

existe en las inmediaciones de Tandil: se halla sobre la falda de una colina, en la parte más alta y en verdad parece que estuviera colgada sobre el precipicio. Su posición es tan insegura que una persona algo medrosa evitaría ponerse a su sombra por temor de que la brisa más leve precipitara su derrumbe. Tiene veinticuatro pies de alto y la circunferencia, en la parte más ancha, es de cien pies. -73- Toda la colina está formada por rocas de granito, de forma muy diversa: en la base pueden verse grandes rocas desprendidas, de un tamaño nunca visto para mí. El panorama general, contemplado desde la parte más alta, era sorprendente: llanuras feraces y fértiles valles se extendían en todas direcciones, cubiertos de incontables tropas de ganado; las águilas, espantadas, dejaban sus nidos bajo nuestros pies y la ausencia de toda habitación humana daba a la escena un carácter desolado y selvático. Me entretuve aquel día examinando una infinita variedad de plantas rupestres y atrajo mi atención, en especial, una planta verdaderamente mágica, que no vive sino del aire; le basta un fragmento de roca, un árbol cualquiera, para suspender sus delicados zarcillos y sus flores.

Mientras yo distribuía mi tiempo de esta manera, don José y don Pepe, al pie de la colina, preparaban un abundante almuerzo; en un rato habían cazado unas veinte perdices, sin otro instrumento que una larga caña provista de un nudo corredizo de crin que suele emplearse para ese objeto. También habían cazado un armadillo. Después de la comida se organizó una partida de tiro al blanco, con rifle: formaban en ella norteamericanos, ingleses y naturales del país; los norteamericanos demostraron ser, en esa ocasión, los más hábiles tiradores. El blanco consistió en un peso plata, y la distancia era de cien yardas.

El señor Arana, hijo del Ministro de Relaciones Exteriores, a quien había sido presentado por Mr. Swysey, conociendo mi interés por explorar la región, me hizo saber que no lejos de aquel lugar existía un volcán extinguido. Esto me sugirió la idea de formar una partida para visitarlo en el día siguiente. Yo nunca -74- había oído nada sobre esta particularidad geológica de la pampa, con serme familiares casi todas las obras publicadas sobre el país, y celebré la oportunidad que se me ofrecía para conocerla. Postergué, así, mi viaje, dispuesto a formar parte de la partida exploradora. Un hombre con quien hable me hizo una larga relación sobre el cráter del volcán, su disposición y su anchura. En un principio tuve alguna duda sobre su existencia, pero como eran varias las personas que decían haberlo visto y se complacían en describirlo, terminé por dar crédito a lo que se afirmaba.

En la mañana siguiente, a la hora prefijada, estábamos todos a caballo provistos de sogas para sondear la profundidad del cráter del volcán; esperamos por un buen rato a nuestro guía, y, al cabo de cierto tiempo, llegó un mensajero para comunicarnos que aquél se hallaba muy ocupado haciendo pasteles para festejar la fiesta patriótica del 25 de Mayo. Esta circunstancia aumentó mis dudas y me sentí más inclinado a volverme a Buenos Aires que a seguir hasta la montaña. Decidimos llegar hasta el pie de la colina, donde vivía un campesino familiarizado con el sitio en cuestión, pero, llegados a su rancho, supimos que su dueño se hallaba lejos de la casa, ocupado con una manada de caballos. La familia, sin embargo, nos dio las señas de otro hombre, tan experto como él en cuanto

al objeto de nuestra búsqueda. Fuimos, pues, a un segundo rancho donde encontramos cuatro o cinco mujeres que nos animaron repitiendo lo que ya se nos había dicho sobre la existencia del volcán. Desgraciadamente, el dueño de casa se encontraba fuera también; su mujer nos dijo que conocía muy bien el lugar, que cuando salían a juntar leña, su marido le había mostrado la boca tenebrosa de -75- la caverna, pero ella nunca había tenido valor para llegar hasta el borde. No faltó otra mujer sabedora de que un hombre -conocido por ella- había entrado a la caverna con una vela encendida; otro había tratado de sondear la profundidad con cuatro lazos anudados pero sin lograr tocar el fondo. La mujer que decía conocer el sitio, nos aseguró que, aun siguiendo solos, si teníamos en cuenta sus indicaciones, podríamos alcanzar nuestro propósito. Señaló entonces dos colinas que se mostraban a lo lejos y aseguró que en una estaba la caverna, pero, por desgracia, había olvidado en cuál de ellas se encontraba. Tomando en serio lo aseverado por la mujer, caminamos hasta la colina más próxima; después llegamos hasta la más distante pero sin éxito alguno. Por último, después de algunas horas infructuosas de exploración, volvimos al pueblo sin haber visto nada semejante a un volcán. Yo continué preocupado por verificar la verdad y ofrecí un premio de treinta pesos al que me condujera hasta el famoso cráter; creí que, como todos en la villa habían oído hablar de él y conocían su situación, encontraría una hueste de candidatos. Hice llamar al hombre con quien hablara en un principio y le ofrecí una paga porque me sirviera de baquiano: él me había descripto el lugar con gráfica minuciosidad, pero, cuando se vio en aprietos, dijo no estar muy seguro de encontrar el lugar exacto porque siempre lo había visto a la distancia. Por intermedio de un muchacho, hice entonces llamar a un hombre que conocía muy bien aquel sitio, pero contestó que no podía complacerme porque se ocupaba en techar un rancho. Resuelto a agotar todos los medios, busqué a otro de los campesinos que antes había visto: éste no abrigaba ninguna duda sobre la existencia -76- de la caverna, pero tampoco había llegado nunca hasta ella: su mujer sí, lo había hecho, y nos prometió que ella nos acompañaría en la mañana siguiente. Estábamos comiendo cuando llegó un soldado de la milicia: el soldado se mostró muy elocuente en la descripción del lugar, pero, al ofrecerle yo algún dinero si quería servirme de guía, se excusó diciendo que al día siguiente se hallaría de guardia. Era claro que el volcán extinguido sólo existía en la imaginación de las gentes, a pesar de que lo describían con ese lujo de detalles con que suelen describirse las cosas imaginarias.

Fuimos invitados a participar de las fiestas conmemorativas de la independencia argentina y concurrimos a la casa del Comandante, donde pasamos una noche muy placentera y alegre. Se hallaban presentes, uno o dos jueces de paz, el señor Arana y los vecinos más espectables de la localidad. Sirvieron mate, dulces, confituras y bebidas; se bailaron minuetes, valses, polkas y algunas danzas peculiares del país, con música de violines y guitarras. Continuó la fiesta hasta el amanecer, hora en que tomamos té y nos retiramos. Aunque nos encontrábamos en uno de los pueblos más apartados de la provincia, el porte y las maneras de los convidados a la fiesta, llevaban el sello de la cortesía, la gracia y la etiqueta impuestas por Almack21; a todo ello se mezclaba una general alegría, poco común en las reuniones selectas de Europa y más próxima a la libertad y al

buen humor que reinan en los saraos de familia.

-77-

Capítulo IV

Una chimenea como índice de confort. - La residencia y la familia de don Ramón Gómez. - Falta de trabajadores. - Efecto del rocío sobre los caballos. - Ganancias de los peones irlandeses. - Cena en una cocina. - Standard de vida doméstica. - La vida arcádica y la realidad. - El tenedor como índice de progreso. - Azul, frontera del territorio indio. - La expedición de Rosas contra los salvajes. - Los tratados que se estipularon. - Incendios en la Pampa. -Los toldos. - El Comandante de Frontera.

Había llegado al punto terminal de mi viaje por la parte sur y sólo me quedaba volver a Buenos Aires, pero sentí deseos de proseguir hasta la frontera, con el objeto de adquirir datos sobre los aborígenes de la región.

Con un tiempo hermoso partimos de Tandil: los caballos, ya repuestos con el descanso, se mostraban ágiles y prontos. Hicimos el camino por entre pastizales altos donde, por momentos, perdíamos las huellas que nos guiaban, pero, ayudándonos de la brújula y de nuestras propias observaciones, seguíamos adelante con ánimo alegre, aunque nada seguros de la ruta que llevábamos.

Por doquiera se veían tropas de ganado; unos animales eran muy matreros, otros relativamente mansos; aparecían cantidad de venados, avestruces y otras aves silvestres. No encontramos ovejas y, a excepción de uno o dos ranchos, tampoco advertimos ningún vestigio -78- de población. En las primeras horas de la tarde llegamos a un riacho llamado el Chapaleofú. Sobre la orilla opuesta se avistaba una casa de ladrillo, de muy bonito aspecto, con un tubo de chimenea. Este último detalle era signo inequívoco de comfort. Entre las gentes viejas del país no se acostumbra a mantener fuego en los interiores, pero las nuevas generaciones y en general todos aquellos que en su vida de hogar adoptan hábitos europeos, hacen construir chimeneas de salón. Rodeaba la casa una pequeña plantación, donde algunas personas de la familia se ocupaban en podar los árboles. El aspecto general de la finca era muy atrayente y resolví llegar a ella para pasar la noche si podíamos cruzar el río antes de anochecer. Don Pepe siguió la costa en dirección al norte; yo me corrí hacia el sur, en una corta distancia, para buscar un vado. Pronto renuncié a hacerlo y me tendí en el suelo, a orillas del río, entretenido en observar los movimientos de una zorra que andaba cerca de su madriguera. Esperamos a don Pepe por un largo rato. A don José y a mí, empezaba a inquietarnos su tardanza y pensábamos que hubiera podido ocurrirle algún accidente. Don José salió en su busca temiendo que se le hubiera empantanado el caballo al intentar el paso del río. El sol se hundía rápidamente en el horizonte; monté mi mejor caballo

y salí en busca de mis compañeros; no había marchado una milla cuando vi que volvían, y me tranquilicé. Don Pepe dijo que, con la última lluvia, el río habla crecido y era imposible encontrar un paso seguro. Yo propuse echar adelante la tropilla y obligarla a cruzar el río en seguida, creyendo que no ofrecía peligro porque era estrecho; finalmente decidimos atravesarlo por la parte sur, en cuya dirección vimos una casa media -79- oculta por una gran arboleda. Allí podríamos pasar la noche en caso de que no fuera posible cruzar el río. En efecto, esto último resultó impracticable; nos acercamos entonces a la casa y, como de costumbre, pedimos alojamiento.

Fuimos cortésmente recibidos por el propietario, don Ramón Gómez, un caballero argentino de gran inteligencia. Su esposa, rodeada por sus hijos, que eran varios, se hallaba sentada en la galería de la casa. La señora Gómez daba la impresión de haber sido muy bonita en su juventud; cubríase la cabeza con una cofia, algo que yo no había visto hasta entonces en mi viaje porque, en general, las mujeres, en el interior de sus casas, no lucen sino sus abundantes cabelleras.

Cerca del edificio había una cochera y otros galpones; algunos senderos, sombreados por sauces, conducían a la orilla del río donde crecían árboles y flores fragantes, una gran majada se acercaba al corral; algunos de los pequeños salían a encontrar las ovejas como si fueran compañeros de juego. A la distancia, divisábanse las colinas rocosas del Tandil que reflejaban los rayos del sol poniente. En este clima deleitoso, y en sitio tan agradable, una familia pasa la mayor parte del día al aire libre.

El cuarto en que sirvieron la cena era bajo y carecía de cielo raso, pero los tirantes y el techo se hallaban libres de polvo y telarañas. La parrilla de la chimenea brillaba de tal modo que no hubiera ensuciado un pañuelo de seda. El aspecto de la mesa, con sus cubiertos y vasos relucientes, todo a la europea, contrastaba con el de los festines familiares a que yo había terminado por acostumbrarme. La comida fue abundante y consistió -80- en sopa, asado, puchero, zapallos, papas, vinos y frutas.

La estancia tenía doce leguas cuadradas de extensión con mucho ganado en general, aunque pocas ovejas; el propietario se lamentó amargamente de que toda industria se hiciese muy dificultosa por la escasez de trabajadores. Mostrome varios ensayos de construcciones, plantaciones y huertas que se había visto obligado a interrumpir por falta de brazos; también me hizo notar que los cuidadores de ovejas obtenían tan buenas ganancias con sólo vigilar sus majadas, que nadie pensaba en ganar más, mediante el trabajo individual. La conversación cayó sobre el tema de los reptiles y de los animales de presa. El señor Gómez me mostró un lagarto embalsamado, largo de unos tres cuartos de yarda, como muestra de los que se encuentran en las inmediaciones y que no son, por otra parte, muy numerosos. También me mostró algunas pieles de gato montés, una de las cuales me regaló. Este animal no ofrece peligro alguno ni es tampoco, muy abundante.

Durante mi viaje yo no había visto leones ni tigres, tampoco había oído hablar de ellos, pero en esta estancia oí contar casos de vacas muertas por tigres y leones. Según dicen, viven estos últimos escondidos entre los pastizales altos y se guarecen en las colinas, pero no deben ser tan abundantes porque la gente no les teme, ni la mortandad de ganado es muy

frecuente.
Cuando llegó el momento de marcharnos, el hijo mayor del señor Gómez nos acompañó para indicarnos el vado. Cruzamos el río cerca de una pequeña cascada y quedamos en el camino de huella, pero, así y todo, seguimos confiando principalmente en nuestra brújula. En este día de viaje encontramos mayor número de venados -81- que todos los que habíamos visto hasta entonces: conté hasta cincuenta en una sola tropa. Como una observación general, debo añadir que, en los lugares donde el ganado es manso, los avestruces y los venados se muestran mansos también, y viceversa.
A eso de mediodía, vimos una lagunita muy tranquila, hacia la mano derecha, y nos encaminamos a ella. Sentados en sus márgenes, tomamos nuestro acostumbrado breakfast de pan, uvas y agua. Después de haber cabalgado una millas durante la mañana, nada tan placentero como descansar y almorzar a orillas del agua, dormir al aire libre y soñar con los seres queridos: se siente entonces como nunca la vida pastoril tal como la describen Milton y Shakespeare.
Ya descansados, cambiamos caballos y nos pusimos en camino. Una seria dificultad se presenta al que atraviesa regiones de tan escasa población: la de saber el momento y lugar en que ha de detenerse para hacer noche; si está cerca de una casa a las dos o las tres de la tarde, sabe que es muy temprano para interrumpir la marcha, pero, de seguir el viaje, la noche puede tomarlo antes de llegar a otro paraje habitado. En general es preferible detenerse temprano, de manera que los caballos se refresquen antes de que caiga el rocío de la noche, porque olvidada esa precaución, se les lastima el lomo con mucha facilidad. Ya los caballos empezaban a sufrir a causa del largo viaje; yo temía por su estado general y porque llevaban el lomo delicado. Corríamos el peligro de quedar «sin pies» como dicen los gauchos. Casi al finalizar esta jornada, uno de los caballos se mostró tan cansado, que no pudo continuar camino y nos vimos obligados a abandonarlo. Antes hicimos -82- piadosos esfuerzos para llevarlo hasta una casa que vimos a la distancia.
Al llegar a ella me encontré con unos irlandeses que se ocupaban en cavar una zanja y con los que mantuve una larga conversación. Me enteré de que no hay trabajo tan lucrativo como ese y que aquellos hombres ganaban, según sus propios cálculos, diez a doce chelines por día. Todavía se mostraban quejosos, a pesar de que tenían comida en abundancia y podían economizar de diez a doce chelines por semana. Ganan jornales tan altos porque muy pocos trabajadores de su condición llegan tan lejos, hacia el sur, y porque los criollos no toman jamás una pala en sus manos. Se explica así que esos hombres, fuertes y laboriosos, puedan ganar lo que pidan.
Si diez o quince mil indigentes, de los que habitan en Irlanda, se desparraman en este país, serían bien recibidos en todas partes, encontrarían trabajo en abundancia y ganarían los mejores jornales. Los artículos de primera necesidad encuéntranse fácilmente: la carne de vaca y de cordero que se malgasta como alimento de perros, chanchos y buitres, bastaría para mantener al doble de la población.
En este rancho nos quedamos a pasar la noche. La cocina -donde comimos y dormimos- consistía en una armazón de madera adicionada con cañas, pastos

y juncos, pero sin barro ni revoque de ninguna especie. Ya entrado el sol, empezaron a llegar los huéspedes: formaban en la reunión, la dueña de casa -una mujer anciana- con su hija que estaba preparando el mate, dos irlandeses, un soldado que iba de camino, tres muchachos de la familia que jugaban a las cartas y una india vieja de aspecto muy abatido que se sentó a mi -83- lado, en el suelo. Los criollos descansaban sobre trozos de madera, muy bajos; yo me encontraba más cómodo sentado en el suelo, con el brazo sobre el asiento, o cruzado de piernas a la usanza turca. Sentarme sobre un cráneo de caballo o sobre un trozo de leña, alto de seis pulgadas, me producía dolores en la cintura y calambres en las piernas. A cada momento veíame obligado a pararme o a ponerme en cuclillas en el suelo. El combustible usado, era -como de costumbre- huesos, ramas y sebo: sobre el fuego se inclinaban dos asadores con carne; también colgaba una olla donde se cocía carne de cordero y zapallo. Una bayoneta de soldado, clavada en el suelo, servía de candelero: por primera vez en mi vida, veía una bayoneta destinada a un fin útil.

A cada uno de los presentes nos dieron dos espigas de maíz para que las asáramos entre la ceniza; el hambre me urgía de tal modo, no habiendo tomado otra cosa que un almuerzo frugal, que comí el maíz medio crudo. Entre tanto, la india que estaba junto a mí, dábase maña, sin apresurarse, para tostar sus choclos lo mejor posible. Acurrucada muy cerca del fuego, teniéndolo bien a su alcance, daba vueltas las espigas sobre la ceniza. Cuando terminamos de comer, pasó de mano en mano un trapo destinado a la limpieza de los dedos. La dueña de casa se retiró y empezamos los preparativos para pasar la noche. Al preparar el piso, con objeto de acostarnos, advertimos que no había espacio suficiente para todos; entonces, dos hijos de la dueña de casa y un irlandés -aunque la noche estaba fría- salieron a dormir afuera y se acomodaron bajo una gran carreta de bueyes.

-84-

Yo había observado, en un rincón del rancho, una camada de cachorritos y me arreglé de manera que me calentaran los pies; pero daba sobre mi una corriente de aire y tuve que cambiar de posición, acostándome junto a uno de los peones. Muy poco después, todos dormíamos profundamente. Ya para entonces, poco me importaba el lugar donde debía dormir -siempre que el suelo estuviera bien barrido- aunque bien me daba cuenta de que el estado de limpieza en dormitorios y cocinas, era el índice más exacto para juzgar de las gentes, y sobre todo de las dueñas de casa. Es muy grato recordar las costumbres arcádicas y la vida pastoral, así como imaginar a nuestros primeros padres bajo los árboles umbrosos, reclinados sobre macizos de violetas. Pero todo ha de ser a condición de que se nos deje sentados sobre muelles cojines y rodeados de obras de arte, en un espacioso salón. Cuando se vive la realidad pastoral, resulta por cierto muy diferente. El dormir en el suelo, no armoniza mucho con la sensibilidad poética y en nada se parece al descanso que gozamos sobre un buen lecho y entre sábanas limpias.

Hay aquí otro índice de civilización, acaso más evidente, y es el tenedor. El tenedor no se usa jamás entre las clases pobres, y, en realidad, creo que no se usa porque exigiría la adopción de otros hábitos domésticos que resultarían fastidiosos: un cuchillo y un tenedor requieren un plato, el

plato requiere una mesa. Sentarse en el suelo con un plato resultaría inconveniente y ridículo. Una mesa, pide, a la vez, una silla y así las consecuencias del uso del tenedor, importarían una completa revolución en las costumbres domésticas.

-85-

En la mañana siguiente, continué mi viaje en dirección al Azul. Este es el punto fronterizo de intercambio con los indios. Si hubiera dado crédito a todo lo que me dijeron sobre los peligros del viaje a lo largo de la frontera, habría adoptado muchas medidas de seguridad. Pero, en esta región -como en todas aquellas escasamente pobladas- los peligros son, en mucho, creados por el miedo y por los rumores circulantes, de modo que se desvanecen cuando nos aproximamos a ellos.

Tras una marcha de pocas horas, entramos en Azul, ciudad de origen reciente que no pasa de ser una simple agrupación de ranchos. En el centro existe un fuerte con algunos cañones; hay también una pequeña iglesia y una tahona movida por mulas. Se estaban construyendo varias casas de ladrillo: entre los trabajadores figuraban hijos del país y algunos ingleses. La población es de unas mil quinientas personas y los indios fronterizos la habían mantenido siempre en estado de continua alarma. Le estaba reservado al general Rosas, imponerles un verdadero escarmiento con su expedición de 1833. Esta expedición alcanzó tanto éxito, que su jefe, al volver, fue llamado por todos el Héroe del Desierto. La guerra los hubiera exterminado, pero los mismos indios pidieron la paz. El vencedor no se proponía otro objeto; una vez que los hubo aterrorizado -al punto de que temblaban a su solo nombre- muy de buena gana hizo la paz, pero imponiéndoles la ley.

Las condiciones del tratado fueron sencillas: los indios se comprometían a mantenerse dentro de sus propios territorios sin cruzar nunca la frontera ni entrar sin permiso en la provincia de Buenos Aires. Obligábanse también a prestar contingentes militares cuando -86- se les pidieran y a mostrarse pacíficos y fieles. En compensación, cada cacique recibe hasta ahora del gobierno cierta cantidad de yeguas y potros para alimento de su tribu y de acuerdo a su número; además, una pequeña ración de yerba, tabaco y sal. En rigor, cada indio viene a costar al gobierno, en tiempo de paz, unos seis pesos papel, por mes, y en tiempo de guerra, unos quince pesos. El número de yeguas que se les suministra mensualmente, no alcanza a dos mil. De tal manera, con verdadera economía, se ha comprado la paz con estas tribus nómadas y rapaces. El cumplimiento de las cláusulas del tratado estaba encomendado a don Pedro Rosas y Belgrano, persona muy querida por todos: indios, criollos y extranjeros.

La provincia entera se encuentra ahora libre de indios, como que ninguno puede avanzar un paso en la frontera, bajo penas rigurosas. Suelen cometerse, naturalmente, robos y asesinatos, pero debe decirse que son casi siempre desertores del ejército quienes incitan a esos hechos. Por lo demás, no son muy frecuentes, si se considera la enorme extensión de la frontera y que a lo largo de toda ella, los indios, que son muy pedigüeños, andan vagando de continuo.

Se calcula en tres mil, el número de indios de lanza que pueden considerarse adictos a las autoridades de Azul y Tapalquén, pero, en caso necesario, esa cantidad podría duplicarse apelando a los caciques de

Tierra Adentro, que tienen una altísima idea del poder y la grandeza del general Rosas.
Nada revela mejor la superioridad de una raza sobre otra, que lo siguiente: los indios poseen todavía un territorio mucho más extenso que el poseído por los habitantes de raza española; eso no obstante, reciben como -87- limosna el auxilio que se les presta, cuando, con solo imitar lo que hacen sus dominadores, podrían ser igualmente ricos en vacas y caballos.
Después de dar una vuelta por la población, fuimos a visitar al Comandante, don Pedro Rosas y Belgrano, a quien presenté mi pasaporte. Me recibió muy cortésmente suministrándome varios datos que necesitaba.
En las primeras horas de la tarde reanudamos la marcha. Llegamos hasta una casa en ruinas, que, según supimos después, había sufrido un incendio por haberse quemado el campo, lo que ocurre a menudo cuando el calor es muy fuerte. Desde cierta distancia, hicimos el saludo acostumbrado: ¡Ave María!, pero no recibíamos la consabida respuesta: Sin pecado concebida. Entonces don Pepe fue, sin bajarse del caballo, hasta una mujer que se hallaba cerca y le pidió que nos preparara albergue para la noche. La mujer vino a la casa con la mejor voluntad, hizo fuego, y, algunos momentos después, estábamos todos sentados en torno a un medio cordero bien asado.
En la mañana siguiente partimos para Tapalquén, por campos de pastos altos y duros; anduvimos ya entre las chozas o toldos de los indios; en cada toldo se veía, clavada en el suelo, una lanza. Cuando llegamos al destacamento, a eso de mediodía, dejé a don Pepe con la tropilla en el campo, y, con don José, entramos en el poblado.
Tuve la suerte de encontrar en seguida al Comandante, coronel Echevarría22, a quien presenté mi pasaporte, simplemente como una formalidad, exponiéndole mis propósitos. El coronel me instó para que me -88- alojara en su casa todo el tiempo necesario, lo que me halagó mucho por el gran deseo que tenía de visitar las tribus aborígenes. El coronel, que había residido entre ellas largo tiempo, era el más indicado para darme una información detallada y veraz sobre sus creencias religiosas y sus costumbres. Por eso acepté complacido la invitación y fui huésped del coronel por algunos días.

-89-

Capítulo V

Tapalquén. - Intercambio con los indios pampas. - La suciedad de los toldos. - Ascendiente del coronel Echevarría sobre los indios. - Cómo tejen las mujeres indígenas. - Culto y sacrificios al sol. - El gobierno de las tribus. - Fisonomía de los indios y modo de pintarse el rostro. - La robustez y el aspecto juvenil de los hombres. - Indumentaria masculina y femenina. - Los toldos o chozas de cuero. -El espíritu del bien y del mal. - Ritos funerarios y ceremonias. - El duelo de los parientes. - Ideas sobre el pasado y el futuro. - El año y los meses. - Portentos

celestiales. - Los caciques. - Crímenes y castigos. - Gobierno militar y modo de hacer la guerra. - Los «manchis» o curanderos y sus remedios. - Galanteos y bodas. - La poligamia. - La condición servil de las esposas. - Cómo educan a los niños. - Alimentos y bebidas. - Fiestas, danzas y diversiones.

Por primera vez en mi vida se me daba la oportunidad de alternar libremente con los infieles y observar sus usos y costumbres.
Tapalquén forma un conjunto de casas y ranchos, ocupado en parte por los indios y también por individuos de raza blanca española. Estos últimos sirven como soldados o se dedican al comercio. El pueblo está destinado a depósito mercantil para todas las tribus que vagan por las inmediaciones. Los indios vienen a él con sus productos que consisten en pieles de animales y en prendas de vestir, tejidas de lana, que cambian por bujerías, herramientas y quincalla. La venta de alcohol está prohibida, pero los indios se lo procuran, no muy -90- lejos de aquí, bebiéndolo con exceso, tanto varones como mujeres. Los hombres pueden entrar al interior de la provincia -previa licencia- y trocar por yeguas sus productos. Cada yegua tiene más o menos el valor de una media corona. Todos los terrenos de las inmediaciones se hallaban casi cubiertos con los toldos de los indios. En los recorridos que hice, me impresionó, sobre todo, la extrema inmundicia que reinaba entre ellos. A cada paso tropezaba con cráneos de caballo en diversos estados de putrefacción. De estos animales, los indios sólo comen las partes más gordas, dejando las patas y también algunas porciones carnosas, que arrojan como desperdicios. No sacrifican nunca los animales flacos.
En mis excursiones a caballo, anduve siempre acompañado por el coronel Echevarría; cada vez que nos apeábamos, para hablar con mujeres y niños, todos se mostraban muy afectos a él, que parecía ejercer la más bondadosa y paternal autoridad. En varios toldos vi mujeres que tejían; el trabajo es engorroso y largo porque hacen pasar el hilo a través de la urdimbre, con los dedos, y así se explica que pierdan un mes para confeccionar una prenda que, en Yorkshire, podría tejerse en una hora. Los indios varones suelen trabajar en las estancias, pero nunca las mujeres. Los toldos se limpian muy raramente y cuando la inmundicia se hace insoportable, trasladan la vivienda a un sitio más limpio. En un toldo a donde entramos, una india joven y bien parecida se dio el trabajo de mostrarnos cómo tejía en su telar; otra india, recostada en el suelo, daba el pecho a una criatura; era bastante blanca y tenía los miembros pequeños y bien proporcionados. Las camas estaban formadas con cueros de ovejas. Estas indias amamantan a los niños hasta los dos o tres años. Las muchachas -91- se esmeran mucho en el arreglo de los cabellos que, por lo general, son muy negros y largos; los untan con grasa de potro, llevándolos divididos en dos trenzas, o sueltos sobre los hombros. Los indios entre los cuales me encontraba, eran pampas, pero no difieren mucho, en sus costumbres, de las tribus circunvecinas. Las supersticiones religiosas varían muy poco; los pampas mantienen cierta veneración religiosa por el sol, al que consideran como fuente de todas las cosas, creencia que puede venirles de los indios del Perú. Cuando se acuestan a dormir, lo hacen

siempre con la cara vuelta hacia el oriente: si en alguna borrachera se quedan dormidos en otra posición, tienen miedo de que eso pueda traerles algún daño. También colocan a los muertos en la misma forma. No tienen estos indios ninguna idea del descanso hebdomadario ni guardan tradición de festividad religiosa alguna o culto formal, pero experimentan un miedo supersticioso por cierto espíritu maligno, al que tratan de mantener propicio. Cuando andan en guerra, o sufren pestes, sequías u otras calamidades, las mujeres hacen una danza religiosa en honor del sol y también observan una costumbre por la que se ve que, originariamente, han ofrecido sacrificios a alguna deidad: toman el corazón de un animal -una vaca, un potro o un ternero- y lo rellenan con frutas, hierbas, acaso tabaco, arrojándolo después en alguna laguna o río, como acto propiciatorio.

Ninguna de las tribus, en esta región del país, ha recibido educación cristiana ni conoce el lenguaje escrito. Son todas muy dóciles y más dispuestas a la paz que a la guerra: toda la tribu está gobernada por dos grandes caciques de mucho ascendiente y el territorio que ocupan se extiende, por el oeste, hasta los Andes, -92- abarcando una enorme extensión en rumbo norte y sur. La tribu más importante es la de los Pehuenches y a ella me refiero en especial, aunque todas tienen costumbres muy semejantes. Muchas de mis informaciones las debo al coronel Echevarría, que ha residido entre esos indios por espacio de varios años, y «también» he consultado la conocida obra de Cruz, que contiene valiosos datos al respecto23.

Los indios de esta comarca forman cuatro parcialidades distintas, con diferentes lenguas, pero en su fisonomía y apariencia corporal presentan mucha similitud de familia, unas tribus con otras. No conservan ninguna tradición sobre sus orígenes y sólo saben que sus antepasados nacieron en estos territorios.

Es lamentable la coincidencia con que los relatos, en general, atribuyen a los Patagones una estatura gigantesca, porque, sin duda alguna, se trata de una fábula. He conversado con varias personas inteligentes que han vivido entre esos indios y todas los describen como de mayor estatura que otras tribus, pero no más altos ni fornidos que los individuos de raza inglesa o germánica.

Los indios que ambulan por esta región son de fisonomía regular, si bien llevan las orejas horadadas y de ellas cuelgan pesados aros de metal, pintándose el -93- rostro con colores diversos. Algunos se cubren enteramente la faz con una capa de pintura negra, dejando libres las orejas y la garganta; otros se pintan una franja de dos dedos de ancho que va de oreja a oreja por sobre la nariz y los ojos; algunos se dan color en las mejillas solamente, o en la nariz; muchos se pintan las cejas en forma de bigotes; muy pocos el cuello y los párpados; en suma: cada uno se arregla como le place y de acuerdo a su fantasía, tanto los hombres como las mujeres. La costumbre de llevar aros en las orejas y de pintarse el rostro, es más común entre los indios Pampas, que adquieren los colores de los Pehuelches y Güiliches. Los colores predilectos son: el negro, el rojo, el azul y blanco; éste último lo emplean únicamente para dar contorno a los otros colores. El negro lo obtienen de una piedra peculiar que nombran «yama», la que frotan con otra piedra hasta que produce un

polvo muy fino: le agregan luego un poco de sebo de oveja y resulta así un pigmento muy brillante, suave y untuoso.
El color rojo lo extraen de una piedra llamada «colo»; el azul de otra que denominan «codiu»; el blanco, de la piedra «palán» y el amarillo en forma semejante.
El tinte natural de estos indios tiende generalmente al rojo, pero, a menudo, el sol y el aire les dan un color más oscuro. Tienen los cabellos negros, y negros también los ojos, de mirada penetrante; la nariz generalmente chata, la boca ancha y mal formada, pero los dientes blancos, parejos y fuertes. Son de miembros musculosos y bien formados, distinguiéndose por sus manos pequeñas.
La fisonomía de las mujeres se asemeja mucho a la de los hombres, con rasgos más finos, de acuerdo a su sexo. No vi ninguna mujer que se distinguiera por -94- su belleza, aunque algunas pocas muchachas eran bien parecidas. Vive esta gente libre de cuidados y fatigas y, como su constitución es muy fuerte, los hombres raramente tienen canas antes de los sesenta años. Las arrugas del rostro y la calvicie sólo se manifiestan en la extrema vejez. Hay entre ellos muchos octogenarios que conservan apariencia de juventud porque tienen los dientes en perfecto estado y lo mismo el cabello. El vestido consiste, generalmente, en dos mantas dispuestas así: una, llamada «chamal» que doblan a lo largo en dos o tres partes y con la que se rodean la cintura, sujetando el «chamal» con una faja bastante ancha que lleva en sus extremos un lazo corredizo, la «mancorna», compuesta de dos piedras redondas como de dos libras de peso y forradas de cuero de potro. El «chamal» les llega hasta la pantorrilla. La otra manta o poncho tiene una abertura en el centro como de media yarda y por ella pasan la cabeza, de manera que la manta cae plegada sobre el cuerpo, cubriéndolo por entero. Algunos indios andan descalzos y con las piernas al aire, pero la mayoría usa unas botas fuertes, fabricadas con el cuero de las patas de un novillo o de un potro, tal como las hemos descripto anteriormente: la corva se adapta al talón y la parte más inferior sirve para cubrir el pie. Para coser, emplean los tendones del animal y los preparan de esta manera: una vez extraídos, los ponen al sol y cuando se hallan casi secos, las mujeres los mastican hasta que los filamentos quedan separados como fibras de lino; reducidos a una pasta, los hilan, obteniendo así un hilo muy fuerte, apropiado para coser grandes sacos. Los hombres, de ordinario, usan solamente el «chamal» y se cubren el resto con pieles; a veces usan poncho, pero se lo ponen raramente si no es a -95- caballo. Son muy afectos a estos animales y se sientan con bastante gallardía, demostrándose verdaderos jinetes; corren, hacen giros y realizan otras evoluciones con mucha habilidad y destreza. Las riendas y el apero se parecen a los usados por los criollos, pero los indios ponen unos «sudadores» tejidos, a veces muy bonitos, bajo la silla, cubriendo el caballo desde las paletas hasta los ijares.
Las mujeres son también excelentes jinetes y llevan sobre el caballo sus mercancías a las ferias. También ellas se cubren con dos mantas de color rojo o azul oscuro: una, llamada el «quedeto», se ajusta sobre los hombros con alfileres cubriendo todo el cuerpo hasta los talones, menos los brazos. Alrededor de la cintura llevan una cinta, como de un palmo de ancha, el «quepique», asegurado con una hebilla de cuentas de vidrios

multicolores, que llaman «comos»; ésta es una de las prendas con que más gustan presumir. Llevan además otra manta cuadrada que llaman «iquilla», sobre los hombros; la prenden con largos alfileres, cuya cabeza está formada por un disco de plata llamado «tupo». Los collares que usan alrededor del cuello consisten a veces en más de veinte ristras de «comos», en forma de rosarios, y de diferentes cuentecillas de colores; a esos collares les dan el nombre de «lancatus». En los brazos usan pulseras de lo mismo y en las piernas ajorcas que denominan «quinchiques». Para la cabeza trabajan unos tejidos de cuentas -parecidos a los que llevan en las muñecas- y que forman como una toca, figurando un caparazón de tortugas; les llaman «tapagne» y la parte delantera está recamada con una cruz de diferentes colores; a este último adorno lo tienen en mucha estima.

Para el arreglo de los cabellos usan unos cepillos de raíces que podrían servir como escobas: pártense los cabellos con los dedos; luego, se colocan el «tapagne», entrelazan el pelo con las ristras de cuentas y forman así una especie de cola que les llega hasta la cintura y les resulta incómoda cuando se ven obligadas a inclinarse. Cuélgales sobre los hombros otra ristra de cuentas, entremezcladas con campanillas que retiñen al menor movimiento, y como esto les agrada mucho, hacen cantidad de movimientos innecesarios. En los dedos llevan anillos y suspenden de las orejas piezas de plata, en cuadros, de un tamaño de dos a tres pulgadas.

Las habitaciones de estos indios son chozas o tiendas llamadas toldos: los toldos se forman con cueros de potro cosidos unos a otros con hilos de tendones; el toldo se compone de dos partes o piezas y cada una está formada por seis u ocho cueros. Para levantar el toldo, las mujeres se encargan de clavar los horcones en el suelo con travesaños de maderas o cañas y, por encima, extienden los cueros; a veces dejan una abertura en el techo para que salga el humo y por ella se cuelan el frío y la lluvia cuando hace mal tiempo. Suelen dividir el toldo, interiormente, en dos compartimientos, según el número de mujeres que lo habitan: la división consiste en un cuero de yegua suspendido del techo. Las camas se componen de dos o tres cueros de ovejas y los cobertores o «llycas» son pieles de otros animales: estas pieles untadas siempre con grasa de potro, tienen un olor insoportable. El aspecto exterior de los toldos es feísimo y el interior sucio y repugnante, porque sus moradores arrojan los desperdicios de la comida por doquiera, quedando éstos a veces sobre las camas y ropas en estado de putrefacción. En suma: viven un género de vida abominable, difícil de describir.

Las cabañas se levantan en grupos de tres, seis u ocho, donde viven los caciques y sus guardias. De ordinario, las tolderías están en las márgenes de los ríos y arroyos; en las cercanías se hallan las haciendas y campos de pastoreo.

Los indios Pehuenches, -a que me refiero especialmente en las páginas que siguen- mantienen la creencia en una deidad creadora que lo gobierna todo, y así, cuando padecen cualquier enfermedad, se consideran abandonados por ella. Existe también un espíritu del mal que llaman «Guecumbu», al que atribuyen todos los daños y desventuras; las hierbas venenosas -por ejemplo- han sido creadas por él. Este «Guecumbu», tiene como agentes en la tierra a las hechiceras y brujas. Sin embargo, no ofrecen ninguna clase

de sacrificios ni practican culto alguno exterior, de lo que se justifican diciendo que la deidad proveerá como un buen padre a todas las necesidades, y, por lo tanto, se hace inútil dirigirle ninguna clase de suplicación. Consideran al mismo tiempo que las acciones del hombre son libres y, aun siendo malas, no pueden ofender a Dios. Son estos indios muy dados a los agüeros y creen mucho en sueños y supercherías. El aullido de los perros, por ejemplo, lo tienen por mal presagio. Creen también que han sido formados de cuerpo y alma, y que sólo el cuerpo es corruptible, yendo el alma, después de la muerte, al otro lado del mar, donde goza una vida eterna, junto con todos los animales y cosas allí existentes.

Cuando un indio muere, ponen el cadáver sobre el lecho, vestido con sus mejores ropas, y reunidos los parientes y amigos, prorrumpen en toda clase de lamentaciones, -98- exaltando las buenas acciones del difunto y alabando su bravura. Al caer el día celebran un banquete y velan durante la noche. En la mañana siguiente sacan el cadáver del toldo y lo ponen atravesado sobre el mejor caballo del finado. Luego -seguido por un gran concurso- lo conducen a la tumba de los ascendientes, llevando, sobre otro caballo, un lecho y los objetos que han de colocarse en la sepultura. Abierta ésta, ponen en el fondo una plataforma de madera sobre la que depositan el cadáver y el lecho: cerca de las manos disponen las riendas, el recado, las espuelas, las boleadoras, el cuchillo y también alimentos y cántaros con agua. Para evitar que la tierra presione directamente sobre el cuerpo, le arreglan encima una plancha de madera cubierta con un cuero de potro; luego tapan la sepultura. Como última ceremonia, matan los caballos que han transportado el cadáver y el lecho, retirándose los deudos después. Si se trata de un indio rico, sacan el cadáver del toldo después de haberlo velado la primera noche y celebran una fiesta llamada «voyquecaquiri», finalizada la cual, hacen el entierro con gran solemnidad. La procesión se pone en marcha encabezada por mujeres viejas y muchachas, cuyo único papel consiste en dar gritos y alaridos mientras exaltan la bravura y las virtudes del difunto, lamentando la pérdida sufrida por la tribu; siguen detrás los hombres llevando licores y comestibles como también tropas de vacas, caballos y ovejas.

Una vez llegado el cortejo a la sepultura, encienden un gran fuego y matan los animales necesarios para dar de comer a la concurrencia, mientras los deudos continúan en sus lamentaciones. Cuando la carne está pronta, sirven la primero a los individuos más respetados -99- y cada uno de éstos, antes de comer, se dirige al cadáver y le dice: «¡Yaca pai!» arrojándole al mismo tiempo un trozo de carne. Así pasan uno y dos días con sus noches en lamentaciones, comiendo, bebiendo y cantando, después de lo cual entierran el cadáver en la forma ya descripta. El dolor de los deudos suele perdurar por mucho tiempo; hasta pasados unos dos años, si se acerca al toldo de la viuda alguien que ella no ha visto después de muerto el esposo, reanuda sus lamentos y empieza el relato de la enfermedad y del entierro. Creen que las personas casadas habrán de reunirse en una vida futura para continuar su felicidad conyugal. Créese asimismo que los parientes y amigos se aparecen durante el sueño para anunciar lo que ha de ocurrir, pero tales visitas son recibidas únicamente por ciertos viejos y viejas con experiencia suficiente para dar consejos y lecciones. Como en algunos sitios del territorio suelen encontrarse conchas marinas y otras

sustancias de la misma naturaleza, dicen los indios que -según sus antepasados- el mar, en otras épocas, inundó todas estas tierras, pero las lomas, al mismo tiempo, fueron subiendo y así los antecesores pudieron salvarse sin que el agua los alcanzara. No abrigan sobre esto ninguna duda y dicen que sus antepasados no hubieran tenido por qué engañarlos.
El año está dividido en doce «cuyenes» o meses, contados por lunas, y cada mes se caracteriza en la forma siguiente:

EneroGualenquiyenMes caliente
FebreroYnamquiyenSegundo mes caliente
MarzoAtenquiyenTiempo de la semilla del pino -100-
AbrilUneimnimiTiempo de la hierba de la perdiz
MayoYnamquiyen Tiempo en que continúa la hierba
JunioYnee-curiguenuPrimer tiempo del cielo oscuro
JulioLlaque-cuyeSegundo tiempo del cielo oscuro
AgostoPenquenMal tiempo para las viejas.
SeptiembreYnam-curiquenuTiempo de vegetación
OctubreGuta-paquinAumento de la vegetación.
NoviembreGuequilqueyen Tiempo de podar o cortar los árboles
DiciembreVilla-quiyen Tiempo de necesidad

Este último mes se llama «tiempo de necesidad» porque el acopio de granos y otras provisiones, ha sido ya consumido.
Designan a los cometas con el nombre de «cherubé» y los consideran como anunciadores de grandes guerras cuando se inclinan hacia sus comarcas; si se inclinan a otro lado no les prestan mayor atención. En cuanto a los eclipses de sol, los llaman «layante» (el sol se ha muerto) y suponen que anuncian la muerte próxima de algún gran personaje de la región. Los eclipses de luna, llamados «layquiyan» presagian la muerte de algún hombre blanco o persona de mucha autoridad.
Los caciques o «guilmenes» -título éste que se gana por actos de bravura personal- son designados entre -101- los hombres más ancianos, prudentes, ricos y valientes. Los actos de coraje son mejor valorados si los antecesores de quien los ejecuta se han distinguido por hechos similares. Si el hijo de un cacique no muestra valentía personal, lo miran con desprecio y en tal caso el título se otorga a otro indio que se haya distinguido por su bravura y robustez.
En punto a delitos, considéranse los más graves el homicidio, el adulterio, el robo y la brujería. Quien comete una muerte, puede eximirse pagando una compensación a los parientes del difunto, de lo contrario se expone a ser matado por ellos. El adulterio puede costarle la vida a una mujer, pero, antes, ha de obtenerse el consentimiento de sus parientes, porque de lo contrario, el marido que la matara sin cumplir ese requisito, quedaría expuesto a la venganza de dichos parientes, que se encargarían de darle muerte. Tratándose de robos, el ladrón está obligado a restituir el valor de la cosa robada. En caso de no disponer de medios suficientes, el damnificado se reembolsa con bienes pertenecientes a la familia del ladrón. Cuando se trata de la muerte de un embrujado, los parientes de la víctima suelen quemar a las brujas y hechiceras; esto sucede con alguna frecuencia porque de ordinario se cree que la muerte es consecuencia de algún maleficio. Si el muerto es algún personaje de la tribu, después de

enterrarlo, van a consultar una adivina y le ofrecen sumas considerables para que denuncie a la bruja causante del deceso. Una vez obtenido el nombre, los parientes del muerto se encargan de sorprenderla, por la madrugada, y la obligan a denunciar a sus cómplices. Si se niega, la colocan sobre una pira de leña encendida. Para escapar a tales tormentos, las desgraciadas suelen dar -102- los nombres de cualesquiera otros sujetos contra quienes se procede de idéntica manera, a menos que tengan bienes bastantes como para satisfacer la codicia de la familia ofendida. Estos actos de crueldad son practicados ahora únicamente por los indios Pehuenches.

El gobierno militar de los indios es algo más racional que el gobierno civil. Las armas se toman solamente para vengar injurias o daños. En casos semejantes la parte ofendida visita a todos los caciques para exponerle sus agravios. Entonces se convoca un consejo de guerra donde el más anciano de los «ulmenes» o «guilmenes» informa sobre la ofensa sufrida por el individuo de su tribu, usando expresiones hiperbólicas e indicando la satisfacción que debe dársele hasta que termina por exhortar a la guerra a todos sus compañeros de tribu. Luego hablan los demás, cada uno a su turno, libremente, y si la mayoría opta por la guerra, ésta queda decidida de inmediato. La tribu es convocada otra vez para el día siguiente, día en que se espera reunir a todos los hombres de guerra: éstos deben equiparse a sus propias expensas con vituallas, caballos y armas. El ofendido se pone al frente de las fuerzas, salvo que se trate de una guerra «nacional» porque en tales casos el mando queda a cargo de los caciques.

Los indios atacan por lo general las poblaciones de sus enemigos al romper el día, apoderándose de sus lanzas que se mantienen siempre clavadas a la puerta de cada toldo. De esa manera los toman indefensos, victimándolos sin que puedan ofrecer resistencia alguna. Las mujeres, los niños y el ganado marchan después como botín de la victoria. Los despojos así alcanzados, no se convierten en propiedad común de la tribu sino que cada guerrero reclama el derecho de retener -103- cuanto ha adquirido por su propio esfuerzo. Las mujeres constituyen el objeto principal de su codicia. Si una mujer es muy del agrado de su raptor, éste la hace su mujer propia y así se exime del rescate que en otro caso hubiera debido pagar; de lo contrario puede venderla como esclava.

Las armas usadas por los Pehuenches consisten en lanzas y en largos cuchillos. Los guerreros usan unos yelmos o capacetes fabricados con cuero de buey y cubiertos de hojalata: llevan también una capa de cuero larga hasta la rodilla, pintada con figuras de horrible apariencia, destinadas a espantar a los enemigos. Cada soldado elige para la guerra sus mejores caballos y sus mejores lazos, en la creencia de que, si encuentra la muerte, quedará bien provisto de lo necesario para su existencia futura.

Los médicos son los «manchis» o curanderos, prácticos en la preparación de hierbas medicinales, pero todavía se emplean como remedios algunos procedimientos bárbaros. Me han asegurado con certeza que, si algún enfermo sufre de alguna dolencia interna incurable, le abren el costado cortándole un fragmento del hígado y se lo hacen comer. También se da el caso de que tales pacientes sobrevivan a esa brutal operación.

Si los sucesivos tratamientos no surten el efecto deseado, recurren los indios a unas misteriosas ceremonias llamadas Molviuntum y Marcupiguelem.

El Molviuntum se lleva a cabo matando una oveja y un potro, cuyos cuerpos se depositan, con unos vasos de chicha, (licor fermentado) bajo los árboles, cerca de un toldo. Sacan entonces al enfermo y lo acuestan entre la arboleda, mientras los curanderos y las mujeres danzan en círculos alrededor del doliente y de las bestias sacrificadas. -104- Después de una larga danza, el brujo hace unas fumigaciones sobre el enfermo sobre los animales, luego se pone a chupar la parte dolorida, con tal fuerza y tenacidad, que extrae sangre en abundancia. Este ejercicio provoca en el brujo una gran fatiga y debilidad y termina por fingirse loco. Entonces los concurrentes le traen el corazón del potro; él lo recibe, preso de gran agitación: lo chupa hasta llenarse la boca de sangre y luego lo arroja en dirección al sol. En este momento procédese a restregar el cuerpo del enfermo con la sangre del potro, y con la sangre del corazón le hacen una cruz en la frente. Con la oveja cumplen la misma ceremonia. Luego recomienza la danza, en la que, esta vez, hacen participar al enfermo, sosteniéndolo para que pueda mantenerse en pie y realizar un pequeño esfuerzo. La ceremonia termina con un festín en que se comen a los animales, pero cuidan de colocar el cuero, los huesos y otros restos encima de los árboles para evitar que sean comidos por los perros, considerándolos sagrados.

El Marcupileguem se practica de la manera siguiente: clavan dos estacas en el suelo y en torno forman una especie de glorieta con ramas de árboles, dejando una abertura hacia el lado del poniente; traen al enfermo y lo acuestan en el centro de la glorieta: algunas mujeres ancianas se ponen a cada lado y dos viejos a la cabecera y a los pies. Seis muchachas jóvenes, con sus mejores atavíos, quedan sujetas por las manos a las espaldas de las viejas; luego con la sangre de un caballo que han matado para la oportunidad, restregan los cuerpos de las muchachas. A las viejas les envuelven cuidadosamente el cuello con las tripas del animal. Uno de los hombres toma entonces la cola del caballo, otro -105- la cabeza, y, así dispuestos, empiezan todos a cantar, a danzar y a reír, animando al enfermo para que los acompañe en la algazara. Después de un momento, arrancan al caballo el corazón y con su sangre hacen fricciones al enfermo. Terminada la ceremonia, suspenden de los árboles los restos del animal porque los consideran sagrados.

Por lo que hace a la celebración del matrimonio entre los indios, se asemeja a la de otros pueblos bárbaros. Cuando un joven tiene voluntad de casarse, empieza por comunicar el proyecto a sus parientes a fin de que lo ayuden a juntar lo necesario para congraciarse con los padres y amigos de la pretendida. El día señalado para el casamiento, muy de madrugada, los amigos del pretendiente se reúnen y envían algunos de entre ellos hasta el toldo de la novia. Los comisionados, antes de entrar al toldo anuncian su comisión y con mucha elocuencia hacen el elogio del pretendiente y de las hazañas cumplidas por sus padres y abuelos. A esto responde el padre de la novia enumerando las buenas cualidades de su hija y termina por decirles, que para una decisión definitiva deben dirigirse a la madre. Obtenido el consentimiento de la madre, entran en arreglos sobre los regalos que habrán de ofrecerse en cambio de la moza. Este punto resulta, a veces, muy difícil de resolver porque los amigos de la familia deben, también, participar de los regalos. Resuelto este aspecto del negocio, uno de los

comisionados va en busca del novio y le pide que se acerque con sus acompañantes y con los obsequios requeridos. Estos regalos consisten, por lo general, en ganados, vestidos, espuelas y aperos de montar. Entonces arreglan un asiento compuesto de ocho o diez mantas; el padre del novio entra al toldo, -106- preguntando por la muchacha y le presenta, en un plato, una piedra verde llamada llanca. Luego viene la presentación a los amigos del futuro esposo y ella toma asiento sobre las mantas referidas. A continuación matan a un animal -yegua o novillo- del que cocinan únicamente el pecho y el corazón, ofreciendo de comer a los presentes. Después de la comida, conducen a la desposada al toldo del prometido donde continúan las fiestas y danzas por un día entero.

Esta es la ceremonia común observada para el casamiento, pero, si los amantes esperan oposición de parte de los padres, los amigos del novio suelen raptar a la muchacha, teniéndola escondida por algunos días. Más tarde, los mismos parientes del novio la solicitan a sus padres; hacen sus regalos como en el caso anterior, piden perdón por la violencia ejercida y defienden la causa como si fuera suya, declarando finalmente que los novios se han desposado por mutuo consentimiento. En tales casos la reconciliación se lleva a cabo sin dificultad, resolviéndose todo en una fiesta en celebración del matrimonio, previos los regalos de costumbre a los padres y amigos de la novia.

La poligamia está permitida, pero, como son muchos los gastos que importa el matrimonio -según se ha visto- solamente los ricos pueden gozar de ese privilegio. Cuando un indio tiene dos o tres mujeres, la primera con quien se casó ejerce la autoridad superior y el gobierno de la casa. Muy a menudo estallan los celos entre las mujeres, pero no tardan en apaciguarse, debido a la absoluta indiferencia con que los maridos contemplan las rivalidades de las esposas. El marido se considera obligado a pasar dos noches sucesivas con cada una de las mujeres, costumbre ésta muy antigua -107- y que no admite desviación. La mujer que está de turno para recibir al esposo, debe suministrarle alimentos y bebidas mientras está con ella, tratándolo con el mayor respeto y cariño.

Las mujeres hilan y tejen prendas de vestir, tanto para ellas como para sus maridos e hijos; cargan a la espalda la leña y el agua, atienden a todos los trabajos domésticos, cuidan de los recados y riendas; son, en rigor, las esclavas abyectas de los hombres y vense obligadas a sobrellevar los trabajos más fatigosos. Esta vida de ruda labor, no obsta, sin embargo, a que procreen con la mayor felicidad. Así, cuando han tenido un parto, van al río y se bañan, haciendo lo mismo con el recién nacido; luego vuelven a continuar sus ocupaciones habituales y a preparar la chicha para celebrar con sus amigos el acontecimiento.

A la criatura la colocan en una caja pequeña, forrada con un cuero de oveja y la envuelven con franelas, ligándole los pies y las manos, para que, de esa manera, crezca fuerte y musculosa; la madre lleva la caja a la espalda, continuamente, en todas sus faenas diarias, sea de pie o a caballo, hasta que el pequeño está en condiciones de caminar. Si es varón, no se le enseña otra cosa que a cazar y combatir, relatándole las hazañas de sus antepasados a fin de que las imite en palabras y obras. Cuando el muchacho se muestra arrogante y cruel, el padre fomenta su espíritu feroz diciendo que tales sentimientos anuncian un ánimo esforzado y poderoso. De

ahí que nunca recurran a los castigos porque suponen que debilitan y apocan el espíritu.
El alimento más común de estos indios es la carne de potro, animal que abunda mucho, pero también comen -108- carne de otras bestias que son numerosas en la región. Comen la carne generalmente asada o calentada apenas sobre el fuego; a veces, también, cocida. Al sacrificar los animales, acostumbran a comerse crudo el sebo de la riñonada y también los nonatos, cuando aparecen; sacan el sebo de las entrañas, con las uñas, y lo comen en esas condiciones, untándose, por lo general, con sangre, la cara y las manos. Cuando se trata de un animal joven, suelen hacerle un corte en el pecho y luego lo apretan para que sangre interiormente; entonces le sacan el corazón y los pulmones, llenos con la sangre coagulada, para comerlos crudos: esto lo consideran un manjar muy delicado. Consumen también maíz, que se procuran en la frontera y lo aderezan de diversos modos. De ordinario no beben más que agua, pero en sus fiestas toman un licor, hecho de un maíz masticado, que dejan fermentar en vasijas. Comúnmente hacen tres comidas regulares: de mañana, a mediodía y al atardecer. No usan velas y la única luz artificial que conocen, es la de los fuegos que acostumbran a encender.
En sus grandes banquetes comen varios platos acompañados de chicha, pero la festividad tiene mayor significación si pueden procurarse vino. Aunque habitualmente beben agua, son tan inclinados a las borracheras, que, disponiendo de bebidas fermentadas, pasan a veces varios días en la más brutal embriaguez.
Los instrumentos musicales de que disponen consisten en un pito de caña y en un tambor o pandereta, semejante al que usan los brujos; de ellos se sirven para sus danzas. En los festivales indios, los danzantes del sexo masculino se presentan desnudos, llevando apenas -109- un taparrabo de cuero; llevan el rostro, las piernas y el torso pintados de diversos colores, y plumas de avestruz paradas en la cabeza; además unas ristras de campanillas que les cuelgan del cuello y de los hombros. Los danzantes forman un círculo alrededor del fuego y mueven los pies aceleradamente, efectuando toda clase de contorsiones. Estas danzas suelen durar hasta tres días consecutivos. Es de notar que las mujeres nunca intervienen en las danzas de los hombres, sino que bailan aparte, vestidas con sus mejores atavíos. Las carreras de caballos constituyen otra diversión favorita de los indios. También son muy aficionados a los juegos de cartas, pero su deporte preferido es el «Hockey» tal como se juega en Irlanda24.

-[110]- -111-

Capítulo VI

Ayuda que me presta el coronel Echevarría. - Almacenes donde se proveen los indios. - La trilla. - Campos bajos y tristes. -Moral sexual en la frontera. - Enlazamos una vaca ajena para cenar. - El olfato de las aves de presa. - Vivac en la Pampa. - Modo especial de asar la carne. - Una

noche al raso. - Manera ambigua de dar señas en el campo. -La estancia del doctor Dick. - Valor de la tierra. - Noticias sobre un tigre. - Abundancia de caballos matreros y escasez de caballos de silla. - Las exacciones militares y su arbitrariedad tiránica. - Hospitalidad de un negro. - Durmiendo entre ratas. - La estancia y la familia de la viuda Burns. - Se nos cansan los caballos: un alto en la marcha. - Generosidad de un paisano. - Las ovejas en los campos. - El irlandés Mr. Handy. - Buena compra. - Ovejas a penique y medio. - Cerdos alimentados con carne de oveja. - El paso de un río crecido. - Revista de la jornada.

Al dejar la casa del coronel Echevarría, sentime vivamente obligado por los favores recibidos. Habíalo visitado como un extraño, sin ninguna clase de presentación y en momentos de trastornos políticos; sin embargo, él me había franqueado su casa facilitándome los datos más fidedignos sobre las tribus indias. Me acompañó, además, en todas mis excursiones por los toldos y como había alternado con los infieles por espacio de varios años, me fue mucho más útil de lo que hubiera podido esperar.

En la tarde del día en que partí, llegamos a una chacra donde nos detuvimos para pasar la noche. El propietario era también dueño de un almacén bien provisto -112- de los artículos más consumidos en las poblaciones cercanas. Desde el atardecer y hasta muy entrada la noche, estuvieron llegando indios, unos a pedir, otros a hacer sus compras y a trocar sus productos; lo que más se compraba eran bebidas alcohólicas. Llegaban todos los indios a caballo; las mujeres montaban, a veces, dos y tres sobre un solo animal. Pude ver plantaciones de maíz y de trigo, pero sin cercados, lo que hacía menester una vigilancia continua de día y de noche. Creo que, de haber empleado ese tiempo en la construcción de zanjas, se hubieran podido cercar los terrenos con facilidad. Por lo que respecta a la trilla, en todo el interior de la provincia se procede como en Oriente, es decir que se hacen pisar las espigas por los animales, pero aquí emplean caballos en lugar de bueyes. Las gavillas se colocan sobre un cuero que es arrastrado por un caballo hasta la era. Esta consta de un espacio circular de piso muy duro, y forma una depresión en el terreno como de doce a quince pulgadas; está rodeada por un cerco provisorio y las gavillas se arrojan al interior. Una vez todo listo, hacen entrar los caballos, que son animales jóvenes y vivos a los que se mantiene al galope, dando vueltas como en un circo, hasta que han pisoteado bien el trigo separando el grano de la paja; recogen después la paja y se llevan el grano para echar nuevas espigas.

Aquella noche comimos un armadillo y, así que terminaron las visitas de los indios, empezamos a barrer el piso del almacén y tendimos las camas en el suelo. La mañana siguiente amaneció muy nublada. Uno de los caballos estaba rengo y el carguero muy agotado. Esto nos preocupó bastante, pero, asimismo, decidimos partir dispuestos a marchar despacio. El comandante Echevarría -113- nos había proporcionado un baquiano que nos evitó un rodeo de varias leguas. El camino que debíamos seguir corría por un gran albardón que en invierno se cubre de agua.

Ahora se hallaba cubierta de pastos muy altos y en tales casos se convierte en guarida de tigres y leones, especialmente cuando hay mucho

ganado cimarrón. Antes de entrar en esos pajonales, nos acercamos a un rancho con el objeto de conseguir un caballo de remuda para el guía. El rancho estaba habitado por una india, de muy buen parecer, y un hombre blanco. Allí nos apeamos para tomar unos mates: estando en ello se nos acercó una muchacha india, muy joven, de modales dulces e insinuantes y de fisonomía muy atrayente: creo que aún en Inglaterra se la hubiera considerado bonita. Es de saber que en toda la extensión de la frontera, el nivel de moralidad sexual es muy bajo; la poligamia está muy extendida entre los indios y la práctica de comprar mujeres contribuye a la disolución de las costumbres; desgraciadamente, el ejemplo de los indios tiene buenos imitadores entre los vecinos cristianos.

Mientras estábamos en aquel rancho, pasó por allí una tropa de treinta carretas de bueyes, pertenecientes al gobierno, que conducían provisiones para una reducción india.

A medida que avanzábamos por esa extensión tan salvaje, sentíame impresionado por su soledad y melancolía: ni rocas, ni ríos, ni una loma, ni un árbol, alteraban la monótona y mustia llanada, donde no se veía habitación humana en varias millas a la redonda. Por momentos, la marcha resultaba dificultosa entre aquellos malezales, sobre todo en algunos sitios donde el pasto estaba húmedo a causa de las lluvias. Los caballos -114- se fatigaban en exceso y por la tarde el carguero no pudo continuar; fue menester cambiar la carga poniéndola sobre otra de las bestias. Como en toda la extensión que abarcaba la vista, no sé advertía una sola casa, barruntamos que nos esperaba una noche al raso y al descubierto. En verdad, no estábamos preparados para tal aventura y en lo primero que pensamos, fue en cómo nos procuraríamos algo de comer; el hambre se hacía sentir porque, el mate, aunque buen estimulante, no es muy alimenticio. Yo era el único que se había desayunado ese día y solamente con un pedazo de pan. No había perdices porque éstos animales no frecuentan los terrenos anegadizos; además, como estábamos entre un pajonal, ya podíamos buscar un armadillo durante todo el resto del día, seguros de que no lo encontraríamos. El único recurso, en casos semejantes, es enlazar una vaca y no tardamos en aprestarnos para ponerlo en práctica. Dos de los compañeros empezaron a preparar sus lazos: uno de ellos montó, el primero, a caballo y se dirigió a galope tendido hacia una punta de ganado que se divisaba a distancia de una media legua. El ganado se inquietó y empezó a moverse, mientras el jinete se acercaba con dificultad, porque el pasto era alto; por último, alcanzó algunos de los animales que empezaban a desbandarse y se les puso delante con ánimo de hacerlos volver. Con esta maniobra, la persecución resultó de gran interés, porque una mitad de la tropa siguió la dirección que llevaba, hasta perderse de vista, mientras la otra mitad corría hacia el sitio donde estábamos nosotros. Entre tanto, don Pepe, que se había puesto a caballo, salió para encontrar el ganado que venía corriendo furiosamente, tuvo tiempo de elegir un animal y logró apartarlo. Era una vaquilla negra como de dos años y muy -115- ligera, que disparó en línea recta, dejando lejos al primer jinete. Como don Pepe había llegado al lugar un poco más tarde y con caballo fresco, sacó ventaja y, dada la posición en que se hallaba, pudo correr de través al animal. Le vimos entonces desenrollar el lazo, espolear el caballo -que aceleró su carrera- y luego

revolear la armada hasta que estuvo al alcance de su presa. Le arrojó el lazo con certera puntería; el caballo disminuyó la carrera para soportar el estirón y la vaca rodó entre los pastos que la ocultaron a nuestra vista. Llegó luego el otro jinete, se tiró del caballo sacó su cuchillo y cesó la contienda.

Yo me interesé por saber a quién pertenecía el animal. -¿Está marcado?, pregunté. Me contestaron que sí. -Entonces tiene dueño, repliqué, y, en buenas palabras, hemos robado una vaca; si nos denuncian, estaremos sujetos a una penalidad.

A pesar de todo, actos de esta naturaleza son tan comunes en la frontera, especialmente cuando la noche sorprende a los viandantes sin que puedan procurarse alimento, que su moralidad no se mide como pudiera hacerse en Inglaterra, aparte el valor del animal, en uno y otro país. Supe después que el haber elegido una vaca negra, se debía a que es el color preferido de los nativos cuando se trata de utilizar el cuero para prendas de montar.

Hallándome cerca del animal muerto y antes de que hubieran terminado de sacarle el cuero, me sorprendió en extremo ver la gran cantidad de caranchos y otras aves de rapiña que volaban hacia nosotros, desde todos los puntos del horizonte. Venían desde tan largas distancias, que era inexplicable cómo el olor podía extenderse tan lejos. En efecto: en todo el ámbito que -116- puede abarcar la mirada de un hombre, veíanse pájaros en vuelo, acercándose al festín. Difícil era apreciar la distancia exacta, pero pensé que los olores debían llegar hasta el olfato de esas aves con la rapidez del sonido al difundirse en el aire.

Cortáronse las partes más tiernas de la res y dejamos el resto a los volátiles; montamos luego y salimos en busca de agua. Pronto llegamos a una laguna muy hermosa, bordeada de juncos y cubierta de patos silvestres: allí decidimos acampar durante la noche. Sacamos las maletas al carguero y nos dimos a recoger huesos, cardos y ramas para encender fuego; arrojamos al fuego el sebo de la vaca y no tardó en formarse una hoguera como para asar todo un buey. Después hervimos agua y empezamos a tomar mate, mientras se asaba la carne, que esta vez era de la llamada «carne con cuero». Asándola en esa forma, con el cuero del animal, resulta más jugosa y de exquisito sabor. Terminamos de comer mucho después de entrado el sol, pero las llamas del fogón nos prestaban suficiente luz. Luego de haber charlado un rato, alegrándonos con coplas y cantos, tendimos los recados sobre las pajas y dormimos bajo la majestad del cielo. Me desperté durante la noche: la luna irradiaba con suave fulgor en un silencio tan absoluto como si hubiera dejado de latir el pulso de la naturaleza. Al amanecer estábamos empapados con el rocío de la noche. Sacudimos los abrigos y nos lavamos en la laguna. Encendieron nuevamente fuego y, calentándonos al amor de la lumbre, nos desayunamos con mate y carne fría. Pronto estuvimos a caballo: una niebla espesa impedía encontrar el camino pero el baquiano se encargó de sacarnos por una ruta más directa. Ya cerca de mediodía llegamos a una -117- estancia llamada Nueve de julio, fecha que rememora la independencia del país.

El propietario y su esposa nos brindaron un almuerzo inmejorable en que no faltó el café y otras cosas, todo servido a la manera europea. Quedamos algunas horas en la casa y antes de reanudar la marcha me informé bien del

camino para llegar a la estancia Los tres Bonetes. Esta era propiedad de un caballero escocés a quien deseaba visitar. Monté mi caballo favorito y emprendí el galope adelantándome a los compañeros que debían marchar despacio con la tropilla. Los nativos, en general, no se toman muchas molestias para suministrar al viajero las señas necesarias cuando se trata de un camino. Poco les da indicarle la ruta verdadera, como cualquiera otra, y apenas si hacen una señal con el dedo de la mano o describen un árbol como punto de referencia. El infortunado viajero que siga la dirección indicada, creyendo encontrar el camino, perderá su tiempo como en seguir a un fuego fatuo. Tal fue la suerte que me tocó aquel día. Seguí un rumbo que me habían dado como seguro y anduve apartado del camino varias leguas, haciendo preguntas y dando vueltas antes de llegar a Los tres Bonetes. Más de una vez, durante el camino, dirigí con inquietud los ojos hacia el sol que descendía en el horizonte, pensando que caería la noche y me vería obligado a tender el recado entre los pastos.

La bóveda celestial es, sin duda, sublime, pero forma un dosel demasiado grande para un viajero solitario. Después de mucho andar y soportar molestias porque mi caballo caminaba mal entre pastos que alcanzaban hasta las caronas del recado, llegué a la casa del doctor Dick. Esperaba encontrar a mis compañeros, -118- pero no estaban y no llegaron hasta la mañana siguiente. Habían sufrido en su viaje algunos percances: los caballos, cansados, avanzaban apenas entre los pastizales; habían podido percibir las casas de la estancia antes de que entrase el sol, pero les tomó la noche impidiéndoles continuar camino, A pesar de sus esfuerzos, viéronse obligados a dormir al raso una vez más. Tampoco habían calculado bien el tiempo oportuno para acampar, cuando quisieron encender fuego, el combustible ya estaba húmedo con el rocío y no pudieron hacerlo arder; con esto, el vivac resultó más triste y comieron carne fría de la noche anterior. Afortunadamente, con la extrema fatiga, no tardaron en dormirse y despertáronse bien repuestos, aunque con demasiado apetito.

La estancia Los tres Bonetes, del doctor Dick, comprende una extensión de dieciocho leguas cuadradas de tierra excelente y con buenas aguadas; calculaban que tenía veinticinco mil cabezas de ganado vacuno, un buen número de ovejas y de dos a tres mil yeguas y potros. Pero por la escasez de peones, la hacienda se ha vuelto tan matrera, que, cuando se trata de vender animales, los gastos de recogida y arreo ascienden al doce y quince por ciento del valor obtenido en la venta.

El precio de la tierra, por estas inmediaciones, es de veinte mil pesos la legua cuadrada. Sobre la frontera, el gobierno ha hecho grandes ventas de tierra, a un precio general de cuatro mil pesos la legua, equivalente a cincuenta libras esterlinas, con el cambio a tres peniques, lo que hace dos peniques por cada acre inglés. Por este precio puede tenerse el dominio absoluto de la tierra a cincuenta leguas de Buenos Aires, pero debe -119- considerarse que, los gastos directos e indirectos que ha de satisfacer el comprador para tomar posesión de lo adquirido, asciende a mucho más que la suma indicada.

Estábamos almorzando cuando uno de los peones de Mr. Dick vino a darle cuenta de que un tigre había matado una vaca durante la noche anterior, precisamente muy cerca del sitio donde don José y don Pepe habían pasado la noche.

En seguida se hicieron preparativos para la caza del tigre; yo sentí vivos deseos de intervenir en la partida, pero mi caballo no era para esa faena y me reduje a ofrecer veinte chelines a quien me trajera la piel del animal. Al fin de cuentas, los cazadores no pudieron encontrar su guarida.

Ya para entonces, nuestros caballos, después de haber andado cerca de quinientas millas, se encontraban casi inútiles. Para continuar doscientas millas más, hacia el norte, siguiendo la línea de frontera, se me hacía enteramente indispensable otra tropilla. A pesar de la abundancia de yeguas y potros, resulta en estos campos imposible encontrar una tropilla de caballos mansos. Estos estancieros podrían vanagloriarse de los muchos miles de caballos que pueblan sus campos, pero sería lo mismo que si se jactaran de los millares de palomas silvestres que hay en ellos y de los buenos pasteles que podrían aderezarse... cuando llegara el caso de atrapar las palomas. Porque entre tantos miles de caballos, no se encontrará uno que sirva para nada. Después de muchas averiguaciones, practicadas en todos los rumbos, me convencí de que me sería imposible encontrar una tropilla como la que yo buscaba. Por eso tuve que renunciar a mis proyectos y volverme directamente a Buenos Aires. Rodeado de caballos matreros, veíame -120- compelido a volver atrás, por falta de uno o dos que me permitieran seguir adelante. Es un caso que demuestra, cómo en este país, por negligencia, se disipan casi siempre los dones de la naturaleza. También los caballos amansados son muy raros porque se le considera munición de guerra. En efecto: cada vez que el gobierno ha menester de caballos para formar un ejército, lo comunica a las autoridades de campaña y el comandante del distrito destaca en seguida unos cuantos soldados a las estancias con instrucciones, para tomar todo lo que se necesite. Estas exacciones se han repetido con mucha frecuencia en estos últimos años y pocos son los propietarios que ahora gastan dinero en hacer domar sus caballadas, por temor de que sus gastos redunden en puro beneficio del gobierno.
A los daños que importa ese proceder, hay que añadir las levas de soldados que se hacen para el servicio militar. Cuantas veces el gobierno necesita de auxilios de esa naturaleza, sus oficiales visitan los establecimientos de campo y hacen marchar a quien se les antoja, para incorporarlo al ejército. Es así como se deseca la verdadera fuente de la industria nacional, y el dueño del más próspero establecimiento, puede ver, de un momento a otro, paralizados sus trabajos por la llegada de algún comandante que se presenta exigiendo hombres y caballos. Lo mismo ocurre por lo que respecta al ganado para la manutención de las tropas, y ésta es una de las menores exacciones que deben soportarse. Dicho bárbaro tributo no podrá ser abolido muy pronto: provoca, como es natural, las quejas de todos los habitantes, así naturales como extranjeros, y no sólo es tiránico y destructor de la industria nacional, sino que las levas se llevan a cabo con diferencias -121- injustas; el poder del comandante es de tal manera arbitrario, que está en su mano eximir a quien le place y así quedan salvos sus amigos sin prestar servicio alguno, mientras otros soportan pesadas cargas militares. El general Rosas no estaba enterado de esas injusticias; cuando se le han interpuesto quejas bien fundadas, invariablemente ha reprimido los abusos, pero, lo común y más prudente, es

guardar silencio, antes de atraerse la malquerencia de las autoridades de campaña y de la hueste de subalternos. El sistema es funesto sin duda, porque la tranquilidad y el bienestar de los ciudadanos, quedan así librados a la irresponsabilidad de cualquier empleado inferior.
Cuando salimos de la estancia del doctor Dick, nos pareció difícil que los caballos llegaran hasta Buenos Aires -distante cincuenta leguas-, aun en pequeñas jornadas, porque se encontraban en muy mal estado. Pero había que intentarlo y confiábamos en que, acercándonos a la ciudad, podríamos hacernos de nuevas cabalgaduras.
Por eso marchamos despacio, con intención de hacer noche en la estancia Los Toldos, propiedad de la señora Miller; sin embargo, cuando advertimos que la estancia estaba a una legua del camino, resolvimos pernoctar en uno de los puestos. Habitaban el rancho un negro y una mulata, quienes, de inmediato y en forma muy obsequiosa, nos prepararon la cena que consistió en un asado de cordero y puchero de vaca. Tomamos el caldo con unas cucharas de cuerno muy sencillas y prácticas, A despecho del hambre que yo sentía, no pude comer a gusto porque esta buena gente no quería probar bocado hasta que hubiéramos terminado la cena. Luego, y como considerándose indignos de comer en -122- nuestra presencia, lleváronse los platos a un cuarto contiguo. Aquel negro fue el primero que vi por las estancias donde anduve. Los indios de las fronteras suelen dedicarse a cuidar ovejas pero, según dicen, no sirven para los trabajos domésticos. En cuanto a las mujeres, aunque se las trate bien, prefieren siempre la libertad sin límites en que han nacido.
Concluida la cena, barrimos el suelo con una escoba de plumas de avestruz y acomodamos nuestros lechos. Los dueños de casa -deseando franqueamos la mayor comodidad- me ofrecieron un par de sábanas limpias. Como no había cama ni colchón, me excusé diciendo que no valía la pena tenderlas sobre un piso de tierra mal barrido: en realidad no quise darles la verdadera razón por no chocar sus buenos sentimientos, que me habían inspirado gratitud.
Al arreglar mi cama en el suelo, quiso la mala fortuna que la tendiera sobre una cueva de ratas, y no había concluido de taparme cuando oí sus chillidos y correteos bajo el cuerpo; luego me anduvieron encima, como sorprendidas del extraño huésped. Por un momento estuve apartándolas con el pie, deseoso -lo confieso- de que se fueran sobre don José, que roncaba en un rincón opuesto. Ya cansado de ese pasatiempo, me cubrí hasta la cabeza, dejando apenas una abertura para respirar y, al cabo, me olvidé de los roedores, cayendo en un profundo sueño. El despertarme, comprobé que no había sido pasto de su voracidad.
Al día siguiente, muy de mañana, ya estábamos en camino. A eso de las doce llegamos a una estancia, donde almorzamos con esplendidez. Era propiedad de la señora Burns, inglesa y viuda, una de esas mujeres que hacen honor a su sexo y al país en que nacieron. -123- La señora Burns ha adquirido una extensa propiedad a fuerza de trabajos y economías. Con singular aplicación y pericia, administra ella misma su establecimiento, aumentando sus posesiones. En torno a la casa podían verse los galpones muy sólidos y muchos otros detalles que revelaban espíritu de orden y de trabajo.
Después que descansaron los caballos, seguimos la marcha. La dueña de casa mandó con nosotros uno de sus peones para que nos indicara el vado de un

arroyo. Este hombre nos anunció en seguida que el caballo carguero quedaría rendido antes de terminar el día. Confiábamos nosotros en que no fuera así, pero, pasada una hora, la predicción se cumplió. El pobre animal se detuvo y no podía dar un paso más. Así nos vimos obligados a abandonarlo, pero antes pedimos a un hombre -que llevaba unas vacas al agua- lo tomara bajo su protección. No habíamos andado media legua, cuando otro de los caballos que montábamos y que sufría del lomo desde días atrás, se cansó también, a punto de no poder caminar. En semejante situación, nos sentamos sobre el pasto para mantener un concejo a la manera india. Antes de llegar a ninguna conclusión, oímos pisadas de caballo y vimos un hombre que venía hacia nosotros. Era el baquiano que nos había facilitado por la mañana la señora Burns. Acercándose, nos dijo:

-Cuando me volví al rancho pensé que los caballos se les iban a cansar... y cuando lo supo mi mujer, se apenó por ustedes. Entonces dije: Los voy a seguir con mi caballo... Aquí lo tienen.

Con estas pocas y sencillas palabras, nos presentó un caballo en excelentes condiciones. Este acto de generosidad tan espontáneo, resultó un socorro inesperado y nos permitió continuar el viaje. El peón que así procedía -124- no hubiera aceptado ninguna recompensa material, bastándole con las consabidas «gracias». Todavía se encargó de los caballos cansados que dejábamos.

Pasamos la noche de ese día en casa de un caballero argentino, donde se nos recibió también con la mayor hospitalidad: las señoras nos cebaron mate, ofreciéndonos otros refrigerios. Luego participamos de una abundante y delicada cena, amén de una buena cama.

En la mañana siguiente nos proporcionaron un guía para indicarnos el vado de un pequeño arroyo que debíamos pasar, precaución ésta muy necesaria a causa de las últimas lluvias. La niebla se hizo tan espesa, por varias horas, que anduvimos indecisos sobre el camino a seguir, hasta que la brújula nos dio la dirección segura. Advertimos que no estábamos lejos de la ciudad por las majadas que se hacían de más en más numerosas. Al fin llegamos a la zona dedicada, especialmente, a la cría de ovejas. En un radio de veinte leguas alrededor de Buenos Aires, las estancias podrían llamarse con más propiedad criaderos de ovejas; la mayoría de sus propietarios son ingleses.

Antes de entrarse el sol estuvimos en casa de mi amigo Mr. Flint -un norteamericano- donde se nos recibió con verdadero regocijo. Mientras recorríamos el campo a fin de apreciar las mejoras introducidas, nos mostraron una majada de ovejas compradas últimamente en el sur, al precio de tres chelines la docena. Cenamos esa noche un asado gordo y sabroso. Lo que podría llamarse propiamente nuestro viaje, había terminado aquí. Don Pepe, que tanto contribuyera a su éxito, allanándome dificultades y obligándome con su bondad, se despidió de nosotros y, cortando campo con su tropilla, tomó rumbo a sus pagos. Yo y don José (mi amigo -125- Mr. Joseph Mears), seguimos camino adelante en dirección a la ciudad. Pasamos esa noche en casa de Mr. Handy, un irlandés meridional que se ha hecho célebre entre sus connacionales por la multiplicidad de sus actividades.

Es conocido -y goza de cierta notoriedad- bajo diversos nombres: a veces se llama simplemente Mr. Handy, otras el irlandés Miky, y bastante a

menudo «El Duque de Leinster». Es un hombre chistoso y decidor, pero también muy inteligente y progresista: posee un espléndido establecimiento destinado a la cría de ovejas, con buena casa y grandes arboledas. Tiene una mujer muy hermosa y sus chiquillos, muy bien educados, están a cargo de un preceptor. Así rodeado, ¿podrá no sentirse feliz? Últimamente, Mr. Handy había recorrido el sur de la provincia comprando ovejas. A fuerza de constancia y pericia logró adquirir hasta ocho mil, al precio de ¡dieciocho peniques la docena!, o sea cuatro reales de vellón cada una. El viaje de vuelta con su compra, viaje de unas doscientas millas, lo había cumplido en treinta días, perdiendo solamente unos cien animales en aquella enorme majada. Así que engordaron las ovejas en los campos de Mr. Handy, éste hizo sacrificar alrededor de mil, vendió los cueros al precio de cinco chelines y tres peniques la docena, y destinó la carne al engorde de una gran piara de cerdos que posee. Cierta vez, encontrándome yo en una reunión de europeos congregados en una cena que dio Lord Howden en Buenos Aires, conté lo que acabo de referir. Mi relato suscitó un murmullo de incredulidad y yo me ofrecí para acompañar a quien quisiera hasta los campos donde pastaban las ovejas restantes de Mr. Handy.

En casa de Mr. Handy conocí al reverendo Mr. Fahy, sacerdote católico irlandés que andaba en gira -126- pastoral. Con él pasamos una noche muy agradable. Mr. Fahy es persona indispensable a sus compatriotas en estas comarcas, no solamente porque sabe cumplir los deberes de su ministerio espiritual, sino porque su experiencia le permite dar consejos muy provechosos en cuestiones puramente temporales.

La mañana en que nos preparábamos a partir, estaba muy húmeda. Los dueños de casa nos invitaron a permanecer un día más, porque el paso del río de la Boca ofrecía peligros a causa de que los terrenos bajos se hallaban todos cubiertos por el agua. Pero, como la crecida se debía únicamente a las lluvias, optamos por seguir viaje. Llegados al río, lo hallamos muy crecido y en verdad que aparecía imponente. Sin embargo, don José lo cruzó, el primero; cuando lo vi sano y salvo en la orilla opuesta, aseguré mis papeles alrededor del torso para no mojarlos y entré con mi caballo que, andando a volapié, pudo sacarme a la costa.

Este viaje de seiscientas a setecientas millas, con todos sus lances y peripecias, había dejado en mi un sentimiento de gratitud, tanto por haberme visto libre de todo daño, como por la bondad y la hospitalidad que tan espontáneamente se me habían brindado en todas partes. Debo decir que el alojamiento y la comida no nos costaron un centavo; más aún, el solo intento de pagar habríase mirado casi como un insulto, hasta entre los paisanos más desvalidos. Yo no era -en rigor- más que un desconocido y no había llevado, de intento, sino una carta de presentación; era, además, extranjero y no conocía personalmente más que a uno o dos pobladores. Y, sin embargo, durante varias semanas, viajando por esas vastas llanuras escasamente pobladas, había encontrado la más bondadosa acogida en todas partes, sin -127- distinción de razas ni clases, tratárase del indio menesteroso, del paisano pobre o del estanciero acaudalado.

Sintiendo que era deber mío expresar públicamente mi gratitud por la hospitalidad recibida -aunque no se trataba de un caso excepcional- dirigí una carta al British Packet25, expresando mi reconocimiento y dejando constancia de la paz y prosperidad en que vivían los pobladores ingleses;

también llamaba la atención sobre las perspectivas favorables a la inmigración, el poco valor de la tierra y el escaso progreso, que eran una consecuencia de la falta de trabajadores.

Capítulo VII

Resultados de mis observaciones. - El gaucho, peón o paisano: su carácter y costumbres. - Dos categorías de estancieros. - Estado de transición en las costumbres nacionales. - Ausencia de clase media. - Perjuicios que resultan de la falta de trabajadores. - Un país fértil de población escasa. - Superabundancia de animales inútiles. - Molestias en los viajes. - Limpieza imposible. - Falta de aseo en la población. - Necesidad de una buena dentadura. - El inconveniente de los matambres. - El combustible, artículo de lujo. - Sistema de gobierno. - Las vizcachas y sus costumbres. -Búhos y avestruces. - Hábitos del avestruz. - Araña y sapos venenosos. - El bicho colorado.

Es llegado el caso de recapitular sobre mis observaciones en lo relativo al pueblo y a sus costumbres, al campo y sus producciones naturales, a la sociedad y sus leyes. Habré de referirme, ante todo, a los habitantes de la provincia de Buenos Aires.

La palabra «gaucho» es ofensiva para la masa del pueblo, por cuanto designa un individuo sin domicilio fijo y que lleva una vida nómada; por eso, al referirme a las clases pobres, evitaré el empleo de dicho término. Los hábitos y sentimientos del peón o trabajador criollo, se deben al estado mismo de la campaña. Yo me limito a considerarlo desde el solo punto de vista de su aptitud para el trabajo y el bienestar doméstico, que estimo como bases fundamentales a la riqueza y la moral del país. Me abstengo de indagar las causas de su -130- situación actual, pues basta a mi propósito el establecer los hechos tal cual son.

El paisano vive en una choza o rancho, construido -según lo tengo dicho- con barro, estacas y paja. El rancho se compone, por lo general, de dos departamentos, uno de ellos destinado a cocina cuyos utensilios he descripto; el otro se usa como dormitorio, y contiene dos o tres sillas y un catre o lecho; los paisanos más pobres se sirven de una especie de plataforma dispuesta con estacas, tablas y trenzas de cuero, o bien de una piel de vaca, estirada sobre cuatro postes clavados en el suelo. Colocan encima cueros de oveja y lo cubren todo con una manta; suelen verse, a veces, algunas sobrecamas limpias. Los trabajos de estos hombres se limitan a todo lo que hace relación con los caballos y el ganado en general: todas las faenas las desempeñan sobre el caballo y nunca trabajan

a pie. Por eso no se les ocurrirá tomar un arado, ni sembrar, ni cavar zanjas, ni cultivar una huerta, ni reparar la casa. Jamás se ocupan en las tareas propias de la granja: sienten asimismo aversión por las ocupaciones marítimas y las labores mecánicas; la caza y la pesca tampoco les interesan. El paisano rehuye todo trabajo cuyo éxito dependa del transcurso del tiempo; no sabe valorar éste y no lo cuenta por horas ni por minutos sino por días; es hombre moroso y su vida transcurre en un eterno mañana; tiene hábitos migratorios y, por donde quiera se encamine, sabe que encontrará de qué alimentarse, debido a la hospitalidad de las gentes. Si viaja -no siendo en invierno- duerme al aire libre con el mismo agrado que en su propia casa. Vive su vida activa siempre a caballo; si accidentalmente trabaja de pie, lo hace para matar animales, poner cueros a secar, o reparar -131- los arreos de su caballo. Cuando está ocioso, se le hallará siempre fumando o tomando mate. Las mujeres se ocupan de la cocina y del lavado, pero trabajan apenas lo indispensable para la subsistencia de la casa. Los hábitos son uniformes y los días se suceden, todos iguales. El marido se levanta al salir el sol, toma mate, empieza a fumar, luego monta a caballo y sale al campo para cuidar el ganado hasta las diez o las once; cuando vuelve a casa, la mujer ya tiene preparado el asado, de vaca o de cordero; después duerme su siesta y vuelve a montar a caballo para repetir la misma faena. A tiempo de entrarse el sol, deja su trabajo y vuelve a cenar: consiste la cena en un plato de puchero al que se añade, a veces, un trozo de zapallo. En general no gusta de las legumbres y el pan constituye para él un lujo que raramente puede satisfacer.

Su diversión principal consiste en jugar a las cartas y es un experto jugador.

Los propietarios de campos pueden dividirse en dos categorías: los que quieren adoptar hábitos europeos, cuyas modalidades imitan, y los que prefieren conservar las costumbres del país. Estos últimos viven de idéntica manera que los peones: el patrón, aunque sea propietario de una o dos leguas de tierra, en nada se diferencia del peón, en cuanto a sus hábitos y sentimientos; la única diferencia notable está en que el patrón dispone de más dinero para jugar y anda mejor montado que el peón. Generalmente, los propietarios que desean adaptar sus costumbres a la vida europea, son aquellos que, por accidente o de propósito, se han vinculado a los extranjeros de Buenos Aires. Vuelven al campo con el deseo de mejorar sus propiedades y en lo posible conforman su vida a los hábitos y comodidades -132- de la civilización. Como dato muy ilustrativo de lo que acabo de decir, mencionaré el caso de un rico propietario a quien visité. Este hombre vivía, -según una frase que oí de sus propios labios- en estado natural. Su indumento era el del gaucho; el cuarto en que dormía no había sido barrido desde seis meses atrás. Bajo el lecho que ocupé, se hallaba un gallo de riña, favorito del patrón, atado a una pata de la cama, para que su dueño pudiera tenerlo a mano y divertirse con él, colgaban de las paredes, estribos, espuelas y otras prendas de montar, todas de plata. La comida consistió en carne y nada más que carne; no se nos dio sal, ni pan, ni galleta ni verduras de ninguna especie; bebimos solamente agua y comimos en el suelo, a falta de mesa. Cerca de la casa de este hombre, tuve ocasión de visitar a otro que no era más rico, pero

aspiraba a llevar una vida más civilizada; allí vi, complacido, una mayor limpieza, una casa bien amueblada, y la comida se sirvió debidamente, con buenos vinos, frutas y otros lujos. Este hombre, que parecía europeo en sus procedimientos de trabajo, no hacía cuestión de gastos y, sin embargo, prosperó, mientras el otro, con hábitos ociosos y limitado a las necesidades más elementales, vivió siempre en un estado próximo a la barbarie.

De todo esto puede colegirse que el país pasa por un estado de transición y que las costumbres atávicas darán paso, con el tiempo, a otros usos de índole superior. Ya el vestido a la europea se generaliza mucho y, cuando se le ve en el campo, llevado por un criollo, es señal de que en esa comarca se va operando algún cambio en la manera de ser general. A ningún extranjero que se respete se le habrá ocurrido adoptar el indumento nacional, y, por cierto, que ello no halagaría a -133- las clases cultas: todo lo contrario. Puede decirse que no se ha formado todavía en el país una clase media: los propietarios de campos, dueños de grandes cantidades de vacas y ovejas, forman una clase; los peones y pastores forman la otra, pero los inmigrantes empiezan a formar una clase inmediata de pequeños propietarios de ganado, semejantes a nuestros «yeomen»26.

En el proceso general de la sociedad, se notan cuatro estados definidos por los que el hombre atraviesa sucesivamente: el de la caza, la vida pastoril, la agricultura, y por último, el comercio. Los hispanoamericanos de esta región, se encuentran en el segundo estadio, porque si bien el comercio del Río de la Plata es muy considerable, se halla dirigido exclusivamente por extranjeros. Al presente, no hay muy buenas perspectivas para la industria en el país, por falta de trabajadores que permitan al capitalista llevar adelante un plan sostenido de operaciones en gran escala. Tomemos como ejemplo el caso de un hombre que compra tierras para la cría de ovejas: sólo dos caminos se le abren para alcanzar beneficios: uno, el comercio de la lana, el otro, el aumento natural de las majadas. La oveja es el animal que más cuidados requiere, particularmente si el criador pone empeño en multiplicar sus majadas, pero esto se hace casi imposible por falta de peones. Como consecuencia, en épocas de mal tiempo, las ovejas se desparraman y mueren los corderos pequeños. Otro renglón que puede explotarse con ventaja es el de la lana. Muchas veces el criador, viendo la imposibilidad de obtener beneficios por la sola procreación de las ovejas, dedícase al comercio de la lana, cosa que tampoco le demanda -134- mucho trabajo. Hay propietarios que no han aumentado el número de sus ovejas, desde hace tres años, pero han mejorado de tal manera la calidad de las lanas, que, la libra de ese producto, vendida en esquilas anteriores al precio de dos peniques, puede venderse, al presente, a diez peniques. La escasez de peones origina, asimismo, muchos inconvenientes y causa perdidas considerables en la administración de las estancias. El clima benigno y el suelo fértil permiten que, tanto las ovejas, como el ganado mayor, se reproduzcan con asombrosa facilidad. Pero el número de trabajadores no está en proporción con la demanda de los propietarios y éstos no pueden sentirse satisfechos por la sola multiplicación de sus majadas, si saben que los corderos han de perderse o morir. Lo mismo ocurre en cuanto al ganado mayor, que se desparrama o se vuelve cimarrón.

En este viaje cumplí un recorrido de seiscientas a setecientas millas. Hubiera podido llegar hasta el Atlántico, en las cercanías de Quequén, donde están las últimas estancias del sur y de allí pasar a la frontera del oeste, siguiendo luego al norte, hasta el límite de Santa Fe, pero tal recorrido me habría significado un circuito de dos mil millas. En la zona que recorrí, el ganado en general -ovejas, vacas y caballos- no era muy abundante. En cuanto a la población, podía calcularse en un habitante por legua cuadrada. Si exceptuamos Tandil, no puede decirse que existan lomas ni colinas. Las corrientes de agua que encontré, no merecían el nombre de ríos. Tampoco se ven árboles ni piedras.

La primera tarea que debe emprender el poblador es edificar su casa y hacer plantaciones de árboles; ya crecidos éstos, podrá seguir con otras mejoras. Yo he visitado familias que, poseyendo miles de vacas, no tenían -135- en sus casas un poco de leche ni de manteca; disponían también de caballos en grandes cantidades, pero no se hallaba entre ellos un solo animal manso. El suelo es excelente para la agricultura: sin embargo, la harina se importa de los Estados Unidos o de las provincias del norte del país. En este último caso se encarece mucho por el coste del transporte terrestre, a través de cientos de millas. En general, las incomodidades de un viaje como el mío no son muy grandes, si el viajero dispone de vigor físico suficiente para soportar las fatigas diarias; lo que constituye un grave inconveniente son las dificultades para mantener la higiene personal. Yo me he sentido, a veces, más que sorprendido al comprobar que algunas personas de familias respetables, rara vez se lavaban la cara ni las manos. En cuanto al baño, es algo casi desconocido y no existe en las casas un cuarto destinado a ese efecto, ni siquiera en las viviendas de familias ricas. Por la mañana, veíame obligado, con cierta vergüenza, a pedir un poco de agua para lavarme. Encontrándome entre gentes pobres, la miseria ha llegado a tal extremo, que me he visto obligado a sacarme la grasa de las manos con el propio cuchillo y a usar pasto, semillas y hasta paja del rancho para completar mi higiene personal. Pero ésta no es una dificultad insuperable; los ingleses podrían salvarla proveyéndose de jabón, que no es caro, seguros de que conseguirán el agua con facilidad.

No aconsejaría yo a una persona de mala dentadura que hiciera un viaje por estas provincias porque, debido a la costumbre de asar la carne apenas muerto el animal, y a que los nativos dejan de lado las partes blandas y gordas de la res, prefiriendo las porciones más duras, los asados resultan a veces incomibles. Y como -136- la carne asada constituye el único alimento en la campaña, quien no dispone de buenos dientes queda expuesto a sufrir hambre más de una vez, a menos que lleve buena provisión de pan y bizcochos. Yo, que tengo buena dentadura, al cabo de un mes sentía las encías tan irritadas de mascar aquella carne, que no me atrevía a tocar los llamados matambres. Afortunadamente solía conseguir perdices, armadillos o algún cordero tierno; de lo contrario me privaba de comer.

Si no fuera porque el clima es muy benigno, se haría casi imposible pasar una temporada en el interior de esta provincia, debido a las dificultades con que se tropieza para hacer fuego; no hay leña para quemar y el acarreo de cualquier especie de combustible resulta excesivamente caro. Por fortuna, los fríos no duran mucho y son tolerables, aunque la grasa, los huesos y otros sustitutos de la leña y del carbón, resultan, en el mejor

de los casos, muy molestos.
Los dueños de pulperías, residentes en lugares apartados de todo centro de población, viven al parecer sin ninguna protección ni garantía en cuanto a sus personas y bienes, siendo de admirar la confianza con que dichos mercaderes sobrellevan una vida de peligros, expuestos a los ataques de merodeadores y ladrones. Se me ha asegurado que no ocurría lo mismo en tiempos anteriores al gobierno de Rosas. Sea como fuere, el sistema implantado por este último -que somete a la pena capital a todos cuantos violan las leyes del país, sin distinción de clases- ha terminado casi por completo con los robos y tropelías27.
-137-
Un animal que abunda mucho en la pampa, especialmente en un radio de veinte leguas alrededor de la ciudad, es la vizcacha: tiene la cola larga y peluda y en algo se parece a la ardilla, siendo en tamaño dos veces más grande que el conejo. Sus cuevas, innumerables, obligan al jinete a mantenerse siempre vigilante, porque de lo contrario el caballo podría meter una de las patas en aquellos agujeros. Las vizcachas tienen hábitos gregarios y cavan la tierra en la misma forma que los conejos. Raramente se les ve durante el día, pero al ponerse el sol, salen a comer. Las he podido ver con frecuencia porque son muy mansas y no tienen conciencia del peligro: sentadas sobre las patas traseras, me observaban siempre sin inquietud y acaso con mayor curiosidad que la que yo sentía por ellas. Diríase que se alimentan de hierbas únicamente, porque no tienen a su alcance otra cosa y nunca se alejan mucho de sus cuevas. No he oído decir que sean comestibles, pero se sustentan de cosas limpias y su carne, una vez cocida, es tierna y blanca. Tienen las vizcachas una costumbre muy singular: cuando encuentran cualquier objeto duro en el terreno donde comen, se lo llevan invariablemente a la puerta de sus cuevas, ya se trate de una piedra, de un tallo de cardo o de un hueso. Me sería difícil explicar por qué lo hacen, dado que los referidos residuos quedan a la entrada de las cuevas y no podrían servirles de defensa, en manera alguna. Sin embargo, no dudo de que tal instinto les ha sido dado con alguna finalidad útil.
Hay unos búhos pequeños, de bonito aspecto, que son compañeros inseparables de las vizcachas, durante el día, y especialmente por la tarde, se les ve posados junto a las cuevas; si alguien se les acerca vuelan a -138- corta distancia en dirección a una madriguera vecina. Tienen estos pájaros la facultad de volver la cabeza completamente, de manera que, si miran hacia atrás, el pico y la cola quedan en una misma línea: el cuello gira como sobre un eje y al parecer miran con la misma facilidad en cualquier dirección28.
Los avestruces abundan mucho, pero son muy asustadizos y veloces; aliméntanse generalmente de hierbas, raíces y otros vegetales: se les atribuye una facultad maravillosa para digerir, que yo no he podido comprobar. La caza del avestruz es deporte muy difundido. Cuando se organiza una cacería, los participantes se disponen en un semicírculo que va cerrándose de más en más, en torno a los animales, hasta una distancia conveniente: entonces les arrojan las boleadoras a las patas haciéndolos caer por el suelo. Los movimientos del avestruz, al iniciar su carrera, son desmañados y torpes; parece que se sirviera de las alas como el hombre

de los brazos en las carreras a pie. Dícese que prefiere correr contra el viento, pero no podría yo asegurarlo porque lo he visto siempre huir en distintas direcciones. Estas aves hacen un ruido silbante, de tono profundo que puede oírse desde cierta distancia y, cuando pichones, emiten un silbido largo y muy melancólico. El macho se distingue de la hembra por el tamaño de la cabeza y el color más oscuro. Durante los meses de primavera, el macho tiene bajo su cuidado cierto número de hembras -de cuatro a ocho- que debe defender -139- a fuerza de coraje para que no se las roben sus rivales. Todas las hembras de una tropa depositan sus huevos en el mismo nido; el número de estos huevos suele oscilar entre veinte y cincuenta. Yo he encontrado hasta cuarenta y cinco, en una sola nidada. El macho se encarga principalmente de la incubación. En cuanto a esos huevos sueltos y abandonados que se encuentran con frecuencia en la pampa, me inclino a creer que son depositados por las hembras que no tienen todavía un nido fijo. Mientras se realiza la incubación, los avestruces dejan algunos huevos fuera del nido y los rompen al nacer los pichones, con objeto de atraer moscas, de las cuales se alimentan aquéllos durante los primeros días.

Por lo que hace a reptiles venenosos, me he informado suficientemente y creo que la provincia de Buenos Aires se halla, comparativamente, libre de ellos, por lo menos en la parte sur. Hay culebras, es verdad, pero de ordinario su mordedura produce solamente una inflamación muy aguda. La araña negra, por el contrario, es en extremo venenosa y su picadura puede ser fatal si no se pone el cuidado necesario. Es peligroso también el escuerzo, especie de sapo venenoso que, mordiendo, puede ocasionar la muerte si no se aplica un antídoto de inmediato. El bicho colorado es un diminuto insecto rojo, apenas visible, pero terriblemente molesto: se reproduce entre el pasto, durante el verano, y penetra en la piel de las personas irritándola y produciendo una inflamación muy desagradable. Las mujeres suelen ser víctimas de sus picaduras cuando caminan por el campo. Hay, además, otros insectos que producen diversas inflamaciones, pero sin mayores consecuencias.

-140-

En rigor, puede decirse que no existe motivo de alarma para el extranjero en cuanto a los animales venenosos que se encuentran aquí. Conozco un médico de larga práctica, por quien he sabido que, en los últimos siete años, no ha tenido un solo caso de peligro, por picaduras de insectos o reptiles, en esta provincia.

-141-

Capítulo VIII

Buenos Aires a la distancia. - El desembarco. - La muralla. -Aspecto de la ciudad. - La plaza de la Victoria. - Las iglesias. - Las residencias particulares. - El arreglo y el moblaje de las casas. - El mercado: precio de los comestibles. - El nivel de vida. - La Alameda o paseo de la ciudad. - Las carretas de bueyes y los carreteros. - El parque de recreos del Sr.

Hickman. - La residencia del general Rosas. - El Retiro. - El cementerio protestante. - Vistas panorámicas. - La iglesia de la Recoleta, el convento y el cementerio. - Las ceremonias fúnebres y el entierro de los pobres. - El baño con faroles.

La ciudad de Buenos Aires, vista desde la rada exterior y a una distancia de siete millas de la costa, ofrece un panorama hermoso y atrayente, pero...

«'Tis distance lends enchantment to the view»29.

El asiento es algo elevado y la ciudad destaca sobre las costas bajas y monótonas del río, cuyas aguas barrosas descienden hasta perderse en el mar. El viajero que ha navegado, aguas arriba, unas ciento veinte millas en el Río de la Plata, se siente cautivado por los graciosos perfiles de las torres y cúpulas de las iglesias; la mirada se posa sobre el blanco domo de la catedral que resalta entre la niebla de la mañana y resplandece a los primeros rayos del sol.

-142-

Al acercarnos al puerto, que ha sido centro comercial por espacio de más de tres siglos y es ahora la entrada de un país tan extenso como los Estados Unidos, esperamos encontrarnos con diques, muelles y arsenales en plena actividad, pero no es así; las arenas y las rocas de la costa, el suelo y el agua se presentan tales como los formó la naturaleza, porque el hombre no ha hecho nada, hasta ahora, para mejorar el puerto. Los pasajeros se ven obligados a desembarcar en botes que no pueden llegar hasta la orilla, y, de los botes, pasan a unos carros de grandes ruedas que les conducen a tierra. Sin embargo, el general Rosas, a principios de 1847, ha iniciado la construcción de una muralla que deberá extenderse desde el Fuerte hacia el lado norte, en todo el largo de la ciudad. Esta obra, una vez terminada, formará una explanada magnífica sobre uno de los más bellos ríos del mundo. También forma parte del proyecto la construcción de un desembarcadero para pasajeros. Trátase de una empresa gigantesca y cuando pasen las guerras civiles y se olviden las querellas de partido, quedará ese monumento como testimonio de los afanes de su fundador por el progreso de la ciudad.

El aspecto de Buenos Aires, para quien desembarca en la ciudad, no tiene nada de simpático: las casas, de una sola planta, aparecen sucias, ruinosas, y se pregunta uno si pueden estar habitadas en tales condiciones. El comercio y los negocios dan pocas señales de existencia: no se siente el bullicio de las grandes ciudades y predomina más esa quietud propia de los pueblos rurales en Inglaterra. Las calles se cruzan en ángulo recto, a distancias iguales, y el plano de la ciudad puede compararse a un tablero de ajedrez. El ancho de las calles permite fácilmente el paso de dos carros, pero -143- las veredas son estrechas e incómodas. Algunas calles principales tienen pavimento y se mantienen muy limpias, pero otras, menos frecuentadas, se hallan en tal estado de abandono que se hace imposible cruzarlas: hay en ellas numerosos pantanos

que ofrecen peligro por su profundidad, a punto de que es indispensable tener un conocimiento previo de las condiciones en que se encuentran. Existen algunas plazas muy espaciosas que no tienen nada de particular, aparte su amplitud. La más hermosa es la plaza Victoria, que ofrece algunos detalles de interés: Hacia los lados Este y Sur, se levantan bonitas recovas embaldosadas en su mayor parte con piezas de mármol blanco y negro, en forma de losanges: bajo los soportales se abren tiendas arregladas con buen gusto. El lado Oeste de la plaza está ocupado por el Cabildo o Municipalidad y algunas oficinas del Departamento de Policía. En la parte Norte se levanta la catedral, con su fachada de estilo griego no terminada aún.

Los únicos edificios públicos dignos de atención, son las iglesias, construidas sobre planos de grandes proporciones, pero su aspecto exterior denota un completo abandono que contrasta con la suntuosidad, la magnificencia y la solidez de los interiores. Muchos signos de decadencia pueden advertirse ya, pero el extranjero se hace todavía una idea muy alta de la pasada grandeza de esta capital sudamericana que -como decía Lord Byron de Venecia- «muere diariamente».

Algunas residencias de familias pertenecientes a las clases superiores son realmente hermosas como edificios, aunque el efecto que producen pierde mucho debido a la estrechez de las calles. Por lo general, dichas casas pueden considerarse dobles por su disposición: -144- tienen sobre la calle una ancha y maciza puerta que conduce a un patio abierto, encuadrado por los departamentos principales; un zaguán espacioso une este patio con un segundo, destinado a los cuartos de dormir; más adentro se abre otro donde están las cocinas y cuartos de servicio. Estos patios se hallan adornados generalmente con plantas y flores escogidas; a veces un árbol de naranjo ocupa el centro y suele hallarse cubierto todo el patio por una frondosa parra, de la que cuelgan racimos purpúreos. Los techos planos llamados azoteas constituyen un delicioso retiro en las tardes de verano cuando los cuartos interiores se ponen sofocantes a causa del excesivo calor. En las construcciones de estos edificios no se ha tenido, sin embargo, la precaución de disponer un pasaje cubierto que pueda llevar directamente desde la parte delantera a cualquiera de los departamentos interiores, y así, para pasar desde la sala a la cocina, o a una cualquiera de las piezas, es necesario atravesar todos los cuartos intermedios o bien cruzar los patios abiertos. Este defecto constituye una verdadera incomodidad para la vivienda.

Las familias de elevado rango social, gustan mantener sus casas con lujo y esplendor, lo que se pone de manifiesto en los costosos y elegantes mobiliarios. Se preocupan también por adoptar todos los adelantos de la época. El gusto de las señoras y señoritas se echa de ver en el arreglo de sus dormitorios, que sirven también de tocadores: el lecho se adorna con las más ricas colgaduras; las sobrecamas son de seda de damasco carmesí, con largos flecos; las almohadas y cojines ostentan los mejores rasos, guarnecidos con bordados de blonda.

El cuadro más animado y bullicioso que pueda verse en la ciudad, es el del mercado, que ocupa un gran -145- espacio cuadrangular con pequeños cobertizos colocados a igual distancia uno de otro. Allí se instalan los carniceros y vendedores de frutas y verduras. Este mercado produce en el

extranjero que lo ve por primera vez, una gran impresión de sorpresa: la variedad de tipos y trajes, entre los que figuran specimen de casi todas las razas y países, así como la Babel de lenguas de todas las naciones, confunde al espectador, a un punto difícil de explicar. Ninguna ciudad del mundo -con seguridad- puede ostentar tan abigarrado concurso de gentes: es tan grande la variedad de los rostros, que acaba uno por dudar de que la especie humana proceda de un tronco común. La tez olivácea del español, el cutis cetrino del francés y el rojizo del inglés, alternan con fisonomías indias, tártaras, judías y negras; mujeres blancas como el lirio y de radiante belleza forman contraste con otras, negras como la noche, mientras el porte y la indumentaria de las diferentes clases sociales contribuye no menos al desconcierto. Unas grandes y pesadas carretas de bueyes llegan trayendo el pescado, del que hay una gran variedad: algunos son exquisitos y en general muy baratos. Un pescado de primera calidad, suficiente para alimentar una familia, puede adquirirse a seis peniques porque todos los que no han sido vendidos a una hora determinada deben removerse, y, con alguna frecuencia, se arrojan pescados en gran cantidad como desperdicios. Tropas de pavos, patos, pollos y gansos aumentan la algarabía, las aves muertas, entre ellas las perdices, se alinean en montones. También pueden hallarse en abundancia todas las legumbres de una huerta inglesa, con la adición de batatas y calabazas. Los melones y otras frutas se exhiben en el suelo, mientras las más delicadas, como los
-146- duraznos, las uvas y los higos, se colocan sobre mesas o banquetas. El aspecto de la carne no es agradable, porque la traen directamente del campo del matadero y aparece muy negra y sucia. Véndese por trozos y no por libras. Algunos carniceros proveen diariamente a las familias de la ciudad mediante una cantidad fija, que se paga por mes. En cuanto al cálculo de los precios en libras esterlinas, se hace difícil establecerlo porque el cambio varía mucho, pero los carniceros están obligados por ley, a vender la carne al precio de tres pesos (más o menos tres peniques) la arroba -equivalente a veinticinco libras- si bien es cierto que para evitar disputas relativas a la calidad, se pagan comúnmente algunos pesos más. Las legumbres, debido a la escasez de población suburbana, son más caras que en Londres. Una libra, de manteca cuesta, por lo general, en la ciudad, lo que una oveja en el campo; en algunas ocasiones la manteca ha alcanzado el precio de cinco chelines la libra.

La vida es muy cara en Buenos Aires: los alquileres altísimos, y los sirvientes -aunque ingobernables- ganan muy buenos sueldos. Hay muchos hoteles y casas de huéspedes, varios pertenecientes a ingleses y norteamericanos.

Los alrededores de una gran ciudad constituyen un índice bastante exacto de lo que es la ciudad misma, algo así como una introducción o prólogo de lo que puede encontrarse en ella. Si los caminos o localidades suburbanos son antros de ignorancia, crímenes y vicios, generalmente es porque la ciudad los ha hecho así, y, por el contrario, si son limpios, laboriosos, alegres y bien administrados, se debe a la inteligencia y energía de sus convecinos.

-147-

Un paseo por los arrabales de Buenos Aires podrá darnos una idea de lo que

es la ciudad misma.
Si bajamos por una de las calles en pendiente, caemos en la Alameda, el paseo público de la ciudad, cuyas obras de prolongación están ejecutándose. A la sombra de una fila de árboles, puede verse a centenares de argentinos y extranjeros que frecuentan este grato retiro y cambian saludos comentando las últimas noticias y los chismes del día. Cantidad de jinetes de ambos sexos llenan el extremo norte de la Alameda, allí donde ésta se ensancha hasta la costa del río. Los coches que se ven son, comparativamente, pocos.
Las lavanderas extienden las ropas blancas sobre el pasto verde de la orilla y el color de las ropas contrasta con el de las mujeres, que son, casi todas, negras. Pasando la casa del Resguardo -donde hace de centinela un negro descalzo y mal vestido- llégase a una batería de diez cañones de bronce bien montados y acondicionados, pero sin ningún muro o foso de protección, de suerte que, siendo el terreno muy inconsistente, están expuestos a desaparecer en algún día de fuerte viento y alta marea.
En aquel punto se ofrece un vasto y sorprendente panorama: hacia un lado el río, hacia el otro una graciosa barranca arbolada que, por alguna distancia, forma una alta plataforma natural sobre la que se levantan elegantes residencias, ocupadas, casi todas, por extranjeros. La iglesia y el cementerio de la Recoleta destacan desde su eminente posición y sólo se requieren algunos árboles más para dar mayor atractivo al paisaje.
En este lugar, la costa forma un extenso campo cubierto de pasto verde y corto, que sirve de punto de reunión a las carretas de bueyes que vienen del interior: -148- tuve ocasión de ver una tropa de veinte carretas, recién llegadas del norte del país después de un viaje de mil millas; los bueyes, desuncidos, erraban por los alrededores; algunos pacían, otros descansaban echados en el suelo; uno o dos parecían morir de hambre y de fatiga. Cuando mueren, les sacan el cuero y dejan los restos abandonados para servir de alimento a los perros; luego esas osamentas molestan mucho, por el olor que despiden y porque resultan peligrosas para las personas que andan a caballo durante la noche.
El aspecto fiero y salvaje de los carreteros despierta cierta aprensión; sus maneras tampoco inspiran ninguna confianza; reciben siempre al extranjero con calculada frialdad, según costumbre general en ellos. Para sus estrechas inteligencias, las preguntas del europeo resultan incomprensibles y se muestran suspicaces y desconfiados cuando se trata de hacerles entrar en conversación. En la preparación de la cocina usan los métodos simples de los gitanos y otras tribus nómadas: valiéndose de un yesquero encienden fuego con algunos palos y asan la carne a la manera común.
Forma contraste con estos grupos de árabes sudamericanos, el campo de recreo que ha sido inaugurado hace poco por Mr. Hickman. Entre este campo de espectáculos y la ciudad, se ha establecido un servicio de carruajes con horario fijo.
Cerca de su entrada veíanse grupos familiares a la sombra de los árboles; algunas personas paseaban, otras merendaban con frutas y refrescos; había también reuniones en que se danzaba al son de la guitarra. Subiendo un ancho camino, hacia la parte alta, dominábase el puerto y aparecían en todas direcciones árboles -149- cargados de frutos: durazneros,

higueras, granados, limoneros y naranjos.
Me indicaron la residencia particular del general Rosas. Yo la suponía rodeada de bosques, de praderas y otras dependencias propias de las casas de campo; pero su aspecto era el de un espacio llano con algunas plantaciones nuevas en la orilla del río: vi, en primer plano, un conjunto de ranchos rústicos, plantaciones de cañas y un terreno baldío donde crecían cardos gigantes. Se estaban haciendo algunos arreglos, entre ellos unos plantíos, pero la tierra es tan baja, que difícilmente podrá darse al paisaje cierto carácter pintoresco. Algunos avestruces domésticos y unas llamas caminaban por un terreno frente a la casa; entre los árboles volaban pájaros de hermoso y variado plumaje; los terus, gavilanes y otras aves de presa, llenaban el aire con sus gritos estridentes.
Bajando por la calle del Perú -calle bien pavimentada y donde están las casas de las familias pudientes- se llega al Retiro. Este sitio comprende una gran plaza, limitada hacia el río por un amplio edificio, hoy destinado a cuartel y que antiguamente ha sido plaza de toros. Esta diversión, muy del gusto de la aristocracia española, ha sido suprimida en Buenos Aires. Un poco más allá del Retiro está el antiguo cementerio protestante, primer sitio en que fueron inhumados los individuos del credo reformado; se construyó en 1821 y costó ochocientas libras esterlinas, suscriptas por los residentes extranjeros de dicho culto. Antes de 1821, los cementerios públicos estaban cerrados para los cismáticos. Estos eran enterrados junto al camino alto que conduce al río, desde Retiro, a menos que se dispusiera de alguna influencia -que no -150- excluía el soborno- para que el cadáver tuviera acceso al cementerio católico.
Pasando el cementerio, disfrútase de una vista muy amena, a la que contribuyen los naranjales y limoneros cargados de frutas doradas que destacan al sol entre el verde oscuro del follaje. El cuadro presenta los más raros contrastes: aquí un terreno bien cultivado, más allá una tierra abandonada y baldía; villas y jardines que denotan riqueza y buen gusto alternan con miserables ranchos de barro; por momentos sopla una brisa saturada de perfumes y de pronto las emanaciones de un animal muerto ofenden el olfato. Estas incongruencias son comunes a todos los suburbios; es deplorable el abandono y la suciedad, chocantes a los sentidos, que se advierten por doquiera. Hasta no hace mucho tiempo, las familias más pudientes y respetables habitaban los alrededores de la ciudad, pero al presente, sus villas y campos de recreo amenazan ruina. Suele todavía encontrarse alguna residencia con aspecto de elegancia y comfort, pero siempre es propiedad de algún extranjero. A juzgar por lo visto, diríase que los habitantes de los suburbios han abandonado dichos barrios, de común acuerdo.
El único cementerio público de la ciudad es el llamado La Recoleta, se halla situado en un hermoso paraje, sobre una barranca del río bastante elevada. La iglesia se ha construido de acuerdo a una escala de grandes proporciones, pero, como ocurre en la mayoría de los edificios públicos en el país, anuncia ya una completa ruina. El exterior presenta un aspecto lamentable, aunque el interior del templo se halla bien conservado. Los Recoletos forman una rama de la orden -151- franciscana y se dedican a confesar a los moribundos y enterrar a los muertos.
Teniendo en cuenta la pobreza del país, el general Rosas dictó un decreto

por el que se prohíbe que figuren más de dos coches de duelo en los acompañamientos fúnebres. Esto llevó a la abolición general del luto, que fue sustituido por una cinta de crespón o un brazalete negro, según el sexo. Para ello se dio como pretexto que los vestidos de luto estaban -por su precio- fuera del alcance de la población.
Llegado el coche fúnebre a la puerta del cementerio, llevan el ataúd a una pequeña capilla y encienden cirios sobre un modesto altar; un fraile celebra una misa por el alma del difunto y depositan luego el cadáver en la tumba. En el cementerio pueden verse los nombres de muchos muertos ilustres: patriotas, poetas y guerreros; el recinto está entrecortado por avenidas en que alternan limoneros, naranjos y cipreses.
Hallábame contemplando la escena, cuando llegó un carro que se acercó con alguna rapidez, tirado por una mula; en el carro había dos ataúdes sin tapas, con sendos cadáveres envueltos en vestidos de lana muy andrajosos. Nadie los esperaba en el cementerio -cosa natural tratándose de gentes pobres -y los sepultureros -un negro y un mulato- sacaron de los carros los cajones sin ninguna ceremonia, los colocaron sobre unas angarillas y echaron a caminar entre las tumbas. Deseoso de ver cómo enterraban a los pobres caminé en la misma dirección y encontré a los sepultureros de vuelta, con los ataúdes vacíos. Seguí entonces al extremo del cementerio, hasta un terreno donde crecían hierbas y ortigas en libertad: los cadáveres, apenas cubiertos con sus vestidos de lana, habían sido -152- arrojados a un ancho foso que se mantiene siempre abierto, y dejados allí sin ninguna ceremonia religiosa.
Una tarde que me paseaba por la Alameda, al anochecer, advertí que la playa tomaba un aspecto fantástico. Era debido a las luces distintas emitidas por innúmeros faroles de que se sirven los bañistas. El cuadro resultaba muy característico: aquí un grupo familiar se desvestía para ponerse las ropas de baño; más allá otro grupo, que salía del agua, se ocupaba en buscar sus prendas de vestir entre las rocas o sobre la playa de arena. Cientos de personas de todas clases y edades se bañaban: hombres, mujeres y niños aparecían mezclados en gran regocijo y la superficie se agitaba con aquella multitud de bañistas que ponían una nota de alegría. En todos se observaba, sin embargo, el mayor decoro. Me senté bajo un árbol para disfrutar de la brisa nocturna al claro de luna; los bañistas que volvían a la ciudad pasaban junto a mí; las mujeres llevaban amplios vestidos y los cabellos sueltos cayendo sobre las espaldas, «their long locks, black as the raven’s wing floating in the gentle breeze». (Las largas guedejas, negras como ala de cuervo, flotando al suave soplo de la brisa).

-153-

Capítulo IX

El autor aludido públicamente. - Figura física, carácter y hábitos del general Rosas. - Una entrevista con él y con su hija Manuelita. - Arrieros y carreteros. - La villa de Luján y su iglesia. - Imagen de la virgen y

consagración del templo. - La villa de Areco y el río Arrecifes. - Llanuras y cardos gigantes. - San Nicolás de los Arroyos. - Aversión de los nativos por las tareas fluviales. - Comercio y población. - Un vasto territorio inexplorado. - Destacamento militar. - La estancia del señor Armstrong. -Cultivo del lino. - Los soldados y sus mujeres. - Los fortines y los saqueos de los indios. - Rosario: su población e industria. - Molino primitivo. - El convento franciscano de San Lorenzo: la hospitalidad de los frailes. - Costumbres primitivas de una familia criolla. - Cortesías en un rancho. - Redecillas de tela de araña. - Insecto fosforescente. - Una llanura montuosa.

Volví a Buenos Aires, después de mi primer viaje, precisamente cuando el Lord Howden, embajador británico, había llegado de Inglaterra para ofrecer términos de avenencia con el gobierno30. Infortunadamente su misión fracasó, y después de una corta residencia en Buenos Aires, se hizo a la vela para Río de Janeiro. A su partida, la opinión pública se hallaba muy agitada y se hacían conjeturas sobre las probables causas y consecuencias de esa actitud. En tales momentos, una sombra cualquiera se miraba como una realidad y de una cuestión insignificante se hacia una montaña.
Ocurrió así que, en el debate de la Sala de Representantes, -154- uno de los oradores habló de mi viaje como de una empresa organizada por el gobierno inglés para recoger informaciones que pudiera servir al Lord Howden. Este rumor, tan infundado como ridículo, me molestó mucho y me hizo temer por la suerte de mi proyectado viaje al norte, porque es de saber que el discurso del sabio representante, apareció en la Gaceta. En suma, vine a ser mirado como una especie de espía y en tales condiciones no consideré prudente aventurarme hasta las provincias lejanas.
Estaba a punto de abandonar mi acariciado proyecto, cuando el general Rosas, sabedor del trance en que me encontraba, me invitó a visitarlo en su quinta. Como esta inesperada deferencia me habría la posibilidad de proseguir mi viaje con seguridad, acepté muy complacido la invitación.
De entonces acá, la fortuna ha vuelto la espalda a Rosas, pero esto no es razón para que yo modifique las notas que entonces escribí sobre el hombre que ha gobernado por tanto tiempo como Dictador en la República Argentina. No tengo por qué acusar ni tampoco defender al general Rosas, pero desde que éste cayó del poder, siento la obligación de registrar las opiniones que entonces formé y he conservado hasta ahora, con toda conciencia, sobre su carácter y sus actos de gobernante.
Hago esto confiadamente, porque tengo la seguridad de que los hechos que están ahora ocurriendo en la República Argentina harán nueva luz sobre el gobierno de Rosas, a quien solamente pueden juzgar aquellos que conocen el país y el pueblo que gobernó31.
-155-
Cuando me presenté de visita en su residencia, encontré reunidas, bajo las galerías y en los jardines, a muchas personas de ambos sexos que esperaban despachar sus asuntos. Para todo aquel que deseaba llegar hasta el general Rosas en carácter extraoficial, la hija del Dictador, doña Manuelita, era el intermediario obligado. Los asuntos personales de importancia, confiscaciones de bienes, destierros y hasta condenas a muerte, se ponían

en sus manos como postrer esperanza de los caídos en desgracia. Por su excelente disposición y su influencia benigna para con su padre, Doña Manuelita era para Rosas, en cierto sentido, lo que la emperatriz Josefina fue para Napoleón.
En la casa del general Rosas se conservaban algunos resabios de usos y costumbres mediavales. La comida se servía diariamente para todos los que quisieran participar de ella, fueran visitantes o personas extrañas; todos eran bienvenidos. La hija de Rosas presidía la mesa y dos o tres bufones (uno de ellos norteamericano), divertían a los huéspedes con sus chistes y agudezas. El general Rosas raramente concurría; cuando aparecía por allí, su presencia era señal de alegría y regocijo general. En esos momentos se mostraba despreocupado por las cuestiones de gobierno, pero no participaba de la mesa porque hacía una sola comida diaria. La vida de Rosas era de interrumpida labor: personalmente despachaba las cuestiones de Estado más nimias y no dejaba ningún asunto a la resolución de los demás si podía resolverlo por sí mismo. Pasaba, de ordinario, las noches sentado a su mesa de trabajo; a la madrugada hacía una ligera refacción y se retiraba a descansar. Me dijo una vez doña Manuelita que sus preocupaciones más amargas, provenían del -156- temor de que su padre se acortara la vida por su extremosa contracción a los negocios públicos.
Desciende el general Rosas de una antigua familia española; su padre era coronel de ejército y él mismo desde temprana edad se sintió inclinado a la milicia. Su natural chocarrero e inclinado a las bromas pesadas y chascos, contribuyó a darle popularidad entre la soldadesca y su influencia personal sobre las milicias se hizo entonces muy considerable, aunque no era más que un subalterno. Como hacendado supo ganarse las voluntades del paisanaje y aventajaba a todos los gauchos en alardes de prontitud y destreza, en domar potros salvajes y en tirar el lazo, acreditándose también como un excelente administrador de estancias. Durante toda su carrera se hizo notar siempre por sus cualidades de administrador y su arte especial para captarse las simpatías de los que lo rodeaban, hasta obtener su confianza, así como la segura obediencia de todos aquellos que servían bajo sus órdenes.
Mi primera entrevista con el general Rosas tuvo lugar en una de las avenidas de su parque, donde, a la sombra de los sauces, discurrimos por algunas horas. Al anochecer me llevo bajo un emparrado y allí volvió sobre el interminable tema político. Vestía en esta ocasión una chaqueta de marino, pantalones azules y gorra; llevaba en la mano una larga vara torcida. Su rostro hermoso y rosado, su aspecto macizo (es de temperamento sanguíneo), le daban el aspecto de un gentilhombre de la campaña inglesa. Tiene cinco pies y tres pulgadas de estatura y cincuenta y nueve años de edad. Refiriéndose al lema que llevan todos los ciudadanos: «¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los salvajes unitarios!», me dijo que lo había adoptado contra -157- el parecer de los hombres de alta posición social pero que en momentos de excitación popular había servido para economizar muchas vidas; que era un testimonio de confraternidad, y como para afirmarlo, me dio un violento abrazo. La palabra «mueran» expresaba el deseo de que los unitarios fueron destruidos como partido político de oposición al gobierno. Era verdad que muchos unitarios habían sido ejecutados, pero solamente porque veinte gotas de sangre, derramadas a

tiempo, evitaban el derramamiento de veinte mil. No deseaba, dijo, ser considerado un santo, ni tampoco que se hablara mal de él, ni buscaba ninguna clase de alabanzas.
Aludiendo a mis propósitos de viajar a través de las provincias y juzgar por mí mismo del estado del país, expresó que, todo lo que él deseaba y lo que deseaba el país entero, era que se hablara con positiva verdad, no era él hombre de secretos, hablada a la faz del mundo, y aquí se irguió con orgullo, echó la gorra hacia atrás y levantó la frente como diciendo: «Yo desafío al mundo todo»...
Volviendo a la intervención del Lord Howden, Rosas se mostró asombrado de que Inglaterra hubiera olvidado a tal punto su propio interés para darse la mano con Francia en una cruzada contra la República Argentina, enajenándose las simpatías del pueblo, que siempre fueron mayores por los ingleses que por los franceses. Me hizo presente que el reconocimiento de la independencia de la República por la Gran Bretaña, quince años antes de que lo hiciera Francia, había despertado en el pueblo argentino sentimientos de gratitud hacia Inglaterra, y observó que el carácter de los ingleses era más abierto y sus costumbres más morales que las de los franceses. Luego se extendió sobre las -158- ventajas que ofrecía el país para la emigración de todo el excedente de población de Gran Bretaña, y habló de la inmejorable situación en que colocaba a los emigrantes el tratado de 1825, por el cual, en realidad, gozaban de mayores ventajas que los nativos.
Al referirse a la Misión de Mr. Hood, advirtió que el gabinete de Londres decía «no abrigar ningún interés ni propósito egoísta», no obstante lo cual los franceses habían omitido la palabra «egoísta» y él consideraba esto muy significativo porque Francia tenía designios ulteriores en favor de ciertos miembros de su real familia, con relación a estos países. Todo lo que estas repúblicas necesitan -prosiguió- es intercambio comercial con alguna nación fuerte y poderosa, como Gran Bretaña, que, en recompensa de los beneficios comerciales, podría beneficiarlos con su influencia moral. Sólo esto querían, y nada más. No deseaban nada que oliera a protectorado, ni afectara en lo más mínimo su libertad e independencia nacional, de las que eran muy celosas y no renunciarían un solo átomo. Este sentimiento lo exteriorizó vigorosamente en su lenguaje y ademanes. Al terminar la frase apretó el dedo pulgar de la mano derecha contra el dedo indice, como si tomara un pelo entre las uñas, y como diciendo: «No, ni tanto como esto».
Como siguiéramos caminando por el parque, levanté la vista y observó las refacciones de albañilería que se hacían ante nosotros. - Alguien podría preguntar -me dijo- porqué se edificó esta casa en estos lugares. Él la había edificado con el propósito de vencer dos grandes obstáculos; ese edificio empezó a construirse durante el bloqueo francés: como el pueblo se encontraba en gran agitación, había querido calmar los -159- ánimos con una demostración de confianza en un porvenir seguro. Erigiendo su casa en un sitio poco favorable, quería también dar a sus conciudadanos un ejemplo de lo que podía hacerse cuando se trataba de vencer obstáculos y se tenía la voluntad de vencerlos.
Había notado mi desconfianza en punto a la seguridad personal de que podría gozar en mi proyectado viaje al norte; reconoció que era muy natural, puesto que me aprestaba a visitar regiones que los ingleses

habían asolado y donde sin duda existiría alguna indignación contra los extranjeros, pero me dio la seguridad de que ninguno de ellos sería insultado ni molestado, porque el gobierno había impartido órdenes estrictas a ese respecto. Refiriéndose a los representantes que miraron con desconfianza mis investigaciones, me dijo que él, en cierto sentido, se alegraba de lo ocurrido porque eso probaba que los miembros de la Sala tenían el coraje de decir lo que pensaban, siempre que no hicieran ataques de carácter personal. Se extendió en largos comentarios a este propósito refiriéndolo a las especies corrientes de que no había libertad de palabra en la Sala de Representantes. -Y por otra parte -agregó riendo-, si uno o dos diputados han hablado contra usted y los demás no lo han hecho, quiere decir que usted tiene mayoría en su favor.

Si, con todo, yo me encontraba decidido a dar un galope a través del país, de unas mil o dos mil millas -lo cual, ni me lo aconsejaba ni me lo desaconsejaba- me ofrecía todas las facilidades que yo quisiera y con ello cumplía un acto de justicia corriente, porque había dado facilidades semejantes a otros individuos.

El trato del general Rosas era tan llano y familiar, que muy luego el visitante se sentía enteramente -160- cómodo frente a él; la facilidad y tacto con que trataba los diversos asuntos, ganaban insensiblemente la confianza de su interlocutor. El extranjero más prevenido, después de apartarse de su presencia, sentía que las maneras de ese hombre eran espontáneas y agradables. Me relató varios episodios de su vida juvenil; me dijo que su educación había costado a sus padres unos cien pesos, porque solamente fue a la escuela por espacio de un año. Su maestro solía decirle: -Don Juan, usted no debe hacerse mala sangre por cosas de libros; aprenda a escribir con buena letra, su vida va a pasar en una estancia, no se preocupe mucho por aprender.

La hija de Rosas, que posee grandes atractivos, dispone de muchos recursos para cautivar a sus visitantes y ganar su confianza.

En una de mis visitas a la casa, como su padre se encontraba ocupado, montó en seguida a caballo, y juntos nos echamos a galopar a través del bosque. Es una excelente amazona y me dejaba atrás con tanta frecuencia, que hasta se me hacía imposible espantarle los mosquitos del cuello y brazos, como me lo ordenaba la cortesanía. Ya anochecido, se nos reunió Rosas y continuó hablando de política hasta la media noche. Mientras nos paseábamos por los corredores del patio, doña Manuelita vino corriendo hacia su padre y rodeándole el cuello con sus brazos, lo reconvino cariñosamente por haberla dejado sola y por quedarse hasta esas horas en el frío de la noche. Llamaron entonces a un empleado de la casa para que me hiciera compañía hasta la ciudad, y antes de que yo montara a caballo, doña Manuelita corrió a buscar una capa de su padre insistiendo luego en que me la pusiera para abrigarme, porque amenazaba un viento pampero.

-161-

Consigno ahora estos rasgos de carácter con Mucha complacencia -y sin darles más importancia de la que tienen- en la esperanza de que puedan contribuir a disipar en algo la espesa nube de prejuicios que oscurece la reputación del general Rosas y de su hija, en la adversidad.

Asegurado así contra cualquier injuria o molestia de que hubiera podido ser víctima, hice mis preparativos para el viaje al norte. Esta vez no me

ocupé de procurarme una tropilla de caballos y preferí servirme de las postas, donde proporcionan caballos y postillones. El postillón es un guía montado que se encarga de las cabalgaduras y de la conducción del equipaje de los viajeros.
Una vez que salimos de Buenos Aires, por el camino del norte (iba yo acompañado por mi amigo Mr. William Barton), pasamos por entre campos abiertos, sembrados de maíz y trigo32. Las yuntas de bueyes que con frecuencia encontrábamos arando la tierra, los ganados y los rebaños de ovejas que se presentaban a nuestra vista comiendo entre abundantes pastizales, ofrecían una demostración muy halagüeña de la industria pastoril y agrícola en esta región. Las praderas semejaban tapices ricamente bordados: flores estivales de infinita variedad pintaban el campo con los más variados colores y perfumaban el aire. Pero, muy luego, en contraste con ese cuadro, se ofreció ante nosotros una vasta extensión cubierta de plantas de nabo y cardos gigantes.
Poco tardamos en llegar al pueblito de Morón, que tiene una pequeña iglesia; a eso de mediodía nos detuvimos -162- en la casa de la posta. Allí nos ofrecieron, como único almuerzo, huevos duros y algunos tragos de agua.
Por la tarde -habiendo reanudado el camino-, dejamos atrás una arria de mulas que marchaba de regreso a su provincia, distante seiscientas millas. Es costumbre entre los arrieros, llegada la noche, descargar las bestias y con la misma carga formar un ancho circulo dentro del cual pastan en libertad los animales. Encienden un gran fuego, sobre el que asan la carne, y duermen alrededor del fogón. Apenas habíamos pasado esta arria de mulas cuando encontramos un convoy de carretas de bueyes que se había detenido para hacer noche; uno de los carreteros estaba degollando un animal para la cena, mientras los otros desuncían los bueyes y los dejaban comer libremente.
Poco después de entrado el sol, llegamos a la villa de Luján. En la mañana siguiente visité la iglesia. El párroco estaba celebrando la misa, y asistían algunas mujeres, arrieros y carreteros. En esta iglesia se guarda la venerada imagen, sobre la que se cuenta la siguiente tradición:
Llevaban en cierta oportunidad, de Buenos Aires a Chile, por el camino a través del país, dos imágenes en talla de la virgen, cuando, de pronto, el carro donde viajaba una de ellas, empezó a encontrar obstáculos en el camino y al fin se rompió en las proximidades del río Luján. Este accidente fue considerado milagroso, creyéndose que la virgen se rehusaba a cruzar la corriente. Entonces resolvieron erigir una iglesia en las márgenes del arroyo. Más tarde se levantó un magnífico edificio, consagrado a la misma devoción, que costó setenta mil pesos plata y empezaron a llegar las ofrendas, procedentes de todo el país. -163-
Estas ofrendas consisten en objetos de oro y plata, y simulan brazos, manos y otros miembros, emblemas de los beneficios que los creyentes han creído alcanzar con sus votos. La imagen se encuentra en el centro del altar mayor, mirando hacia la nave de la iglesia, pero cuando se trata de presentarle una ofrenda, el sacerdote la hace girar hacia el camarín. Llaman así a una capillita colocada tras del altar, donde la virgen puede ver a los donantes y sus ofrendas. Los ex-votos de las gentes pobres consisten generalmente en cirios que se encienden en honor de la imagen.

Además, cuarenta a cincuenta capellanías están vinculadas al santuario y los ingresos provenientes de donaciones pías, superan a los de la Catedral de Buenos Aires.
Después del almuerzo montamos a caballo, y, habiendo cruzado un rústico puente de madera tendido sobre el río, echamos a andar campo afuera. Por la tarde nuestro postillón que, según pudimos luego comprobarlo, ignoraba la verdadera ruta, se detuvo ante una casa de agradable aspecto, diciéndonos que habíamos llegado a la posta. Los dueños de casa nos sacaron del error, haciéndonos ver que estábamos equivocados, pero al mismo tiempo nos invitaron bondadosamente a desmontar y a participar de un asado. El patrón nos ofreció también caballos de refresco; se mostró muy orgulloso de sus cabalgaduras y para probarnos su buena condición ordenó al menor de sus hijos que viniera con nosotros como guía, conduciéndonos a buen paso. Fiel a sus instrucciones, el pequeño nos acompañó precediendo la marcha con tanta rapidez como si fuéramos en una partida de caza. Así atravesamos praderas de muy buenos pastos y espesos cardales donde pacían tropas de ganado y rebaños de ovejas. En esta -164- forma llegamos al pueblo de Areco, distante siete leguas, haciendo el recorrido en menos de una hora y media.
Areco es un villorrio en decadencia, que tiene también una iglesia. El número de casas abandonadas y de cercos derruidos, demuestra que ha sido en otro tiempo una población próspera. Aquí estuvieron como prisioneros, el general Beresford y los oficiales de su estado mayor.
Después que salimos del pueblo, cruzamos el río, que es vadeable en esta época del año. En otras estaciones, los viajeros deben pasarlo sobre una balsa, haciendo nadar a los caballos. A mediodía nos acercamos a la casa de una familia acomodada y laboriosa. El propietario nos invitó a comer y a dormir la siesta, instándonos para que retardáramos la partida hasta la entrada del sol. En estas regiones, durante los meses de verano y en las horas cálidas del día, todo el mundo tiene el hábito de dormir la siesta. Nosotros aceptamos complacidos la invitación, y bien repuestos después de la abundante comida y el buen sueño, proseguimos nuestro viaje con el aire agradable del anochecer.
A la sobretarde, cruzamos en balsa el río Arrecifes, con los caballos a nado. Este río es correntoso y profundo, pero estrecho, y dada la naturaleza de sus orillas, podría construirse sobre él un buen puente de madera, con poco gasto.
Al día siguiente, por la noche, entramos en la ciudad de San Nicolás. Pasamos antes por el campamento del general Mansilla, en las afueras del pueblo33.
-165-
Puesto a considerar sobre estos primeros cuatro días de nuestro viaje, hallé que las primeras jornadas me habían sido muy gratas. Las tierras cultivadas, la general laboriosidad que se advertía, daban al paisaje un aspecto sonriente. Hacia la derecha, y por el lado del río Paraná, los campos aparecían altos y ondulados, pero a la izquierda se extendían llanuras infinitas y monótonas.
Nosotros nos habíamos apartado del camino real, desde Luján, y, durante tres días, con muy pocos intervalos, marchamos por entre llanuras cubiertas de cardos enormes, algunos hasta de ocho pies de altura. Por

momentos se hace muy difícil avanzar entre los cardales: las sendas son tan estrechas, que apenas permiten pasar a un solo caballo. Estas hierbas gigantes, molestan tanto al caballo como al viajero. Las gentes pobres se defienden las piernas por lo general con un cuero de oveja suspendido a la cabecera del recado. Viajeros más experimentados y de más recursos, usan al efecto unas defensas de cuero curtido. Yo carecía de una y otra cosa y me vi obligado a sufrir muchas molestias. Existen tres variedades de cardos y cada una de ellas indica alguna particularidad del suelo. A veces, y a la distancia, estos cardales dan al terreno el aspecto de un extenso trigal verde, otras veces toman el color de un sembrado de maíz, cuando está maduro.

El suelo, en esta parte, es mucho más ondulado que en el sur, pero asciende en forma tan suave e imperceptible y la superficie es tan vasta y uniforme, que no puede apreciarse nada que merezca el nombre de colina. Con todo, habíamos subido a unos mil pies, desde que dejamos la última llanura hasta que volvimos -166- a bajar al mismo nivel. Árboles no habíamos visto, a excepción de algún ombú solitario y pequeños montecillos artificiales.

Esta parte del país es también, por otros motivos, superior a las regiones del sur y está mucho mejor regada. La población, igualmente, es más numerosa. Tal circunstancia se debe a que, en los tiempos del descubrimiento, el Paraguay fue centro principal de la conquista y los españoles se desparramaron por estos rumbos, fundando ciudades y erigiendo iglesias. No lejos de la ruta que seguíamos, se encuentra el paraje de Obligado, donde, con motivo del reciente bloqueo, las escuadras de Francia e Inglaterra atacaron las baterías y brulotes del gobierno argentino, en su propósito de forzar el paso y remontar el río hasta Corrientes. A pesar de que en este combate -generalmente mal juzgado- perdieron la vida cientos de ciudadanos nativos, a nosotros se nos recibió con la mayor deferencia.

San Nicolás de los Arroyos dista sesenta y cinco leguas de Buenos Aires y es la ciudad más importante de la provincia, si exceptuamos la capital. Se halla situada en condiciones muy favorables para el comercio; es probable que en tiempos no lejanos posea un tráfico floreciente. Las calles se cruzan en ángulo recto, hay aceras embaldosadas y faroles para el alumbrado público. Las casas son de azotea y de un solo piso. La iglesia está en la plaza y frente a la puerta principal se levanta una gran cruz de madera. Junto a la iglesia está el cuartel; guardan su entrada dos piezas de artillería. El gobierno de la ciudad está bien organizado; existen dos escuelas de varones y varias otras para niñas. Como residentes extranjeros, hay varios italianos y algunos pocos vascos. En la ciudad no hay -167- fondas para viajeros, pero nuestro postillón, después de algunas averiguaciones, nos condujo a una casa de familia donde se nos trató con toda urbanidad y benevolencia. Vimos solamente dos casas de comercio al por mayor. El intercambio con Buenos Aires se hace por vía fluvial o por carretas de bueyes. Los barcos de comercio pertenecen a súbditos italianos, porque los naturales del país se muestran poco inclinados a las tareas fluviales, al punto de que no hay matrícula de barcos en la ciudad. Vimos en el puerto unos pocos lanchones que se utilizan para traer leña de las islas vecinas y dos pequeñas goletas que,

atracadas a la orilla, descargaban mercaderías de Montevideo; casi todos eran artículos ingleses, procedentes de Leed y Manchester.
La ciudad cubre una extensión considerable de terreno, cuya mitad, aproximadamente, ha sido destinada a huertas de frutales muy bien abastecidas. En los suburbios abundan las arboledas de sombra muy grata. La población se estima en ocho mil habitantes; la mayoría de ellos parece vivir al aire libre. Por donde quiera, se ven mujeres y niños que van de un lado a otro, o descansan a la sombra de los emparrados y las higueras.
La ciudad está lindamente situada sobre una barranca del Paraná y el panorama, en dirección a la provincia de Entre Ríos, es amplio y hermoso.
La frontera más próxima con los indios, dista unas veinte leguas. Más allá se extiende un vasto e inexplorado territorio, dominado por los salvajes, pero las aldeas y tolderías de estos últimos se hallan tan lejos, que son apenas conocidas de los blancos. Toda esta extensión de suelo fértil, podría, en poco tiempo, explotarse con provecho, con sólo aumentar la población, -168- asegurando la navegación del Paraná. Hace cosa de dos años una horda de indios, muy numerosa, invadió los campos de pastoreo de la región llevándose una gran cantidad de ganado vacuno y caballar. Con ese motivo se organizó una fuerza de setecientos hombres que se ha distribuido en varios destacamentos para contener las incursiones de los salvajes.
En San Nicolás, tuvimos la suerte de encontrar al señor don Álvaro de Alzogaray, a quien habíamos conocido en casa del general Rosas y que nos suministró valiosos datos sobre la región y relativos al viaje que realizábamos. El señor Alzogaray iba de camino para unirse al general Mansilla, en Santa Fe.
El día 29 de noviembre, muy de mañana, salimos de San Nicolás y no tardamos mucho en cruzar el Arroyo del Medio, entrando en la provincia de Santa Fe. Después de un rudo galope de diez leguas, nos detuvimos ante un destacamento militar. Los hombres dormían la siesta, tendidos a la sombra de un ombú; uno de ellos, que pareció ser el jefe, nos invitó a bajar del caballo. En cinco minutos hicieron fuego con unas ramitas y calentaron agua, invitándonos con mate. Habíamos tomado asiento sobre unas cabezas de vaca.
Algunos ranchos del destacamento no pasaban de simples refugios y parecían destinados al recato de las mujeres. Los hombres dormían al aire libre.
Don Pedro se manifestó descontento de su caballo y del postillón, porque éste no conocía bien el camino; entonces insistieron en darnos cabalgaduras de refresco y un guía para conducirnos hasta la estancia de don Tomás Armstrong, vecino de Buenos Aires. Habiendo aceptado el ofrecimiento, llegamos a nuestro destino en menos de una hora,
-169-
La casa estaba ocupada por don Prudencio Arnold, hijo de un norteamericano, y comandante del distrito, quien nos recibió en forma muy hospitalaria. Esta propiedad es conocida por «La estancia inglesa» y considerada como una de las mejores de la provincia, aunque, debido a las guerras, se encontraba entonces muy desmantelada y desprovista. Se compone de sesenta mil acres ingleses; el suelo es extremadamente fértil, tiene buenas aguadas en todas las estaciones y puede decirse que cada pulgada de terreno es apta para el arado y la siembra. El lino se cultiva, pero

únicamente para obtener la semilla, con fines medicinales. La gente no parece advertir el valor de la fibra y toda ella se pierde. El campo, en esos contornos, es acentuadamente ondulado, pero, aunque la casa en que nos hallábamos estaba en lo más alto de una loma, el panorama, en derredor, aparecía triste y monótono. Recorriendo con la vista el horizonte, nada se advertía que indicara la industria ni la presencia del hombre: ni árboles ni ganados; una o dos miserables casuchas era todo lo que se veía.

Aprovechando el fresco del atardecer, me encaminé a un sitio cercano, donde los soldados domaban caballos. Ya en otro lugar he dicho cómo se desempeña esta faena. Los ejércitos cuando acampan, en este país, se ven obligados a ocupar una extensión enorme de terreno para pastoreo, porque se sobreentiende siempre que cada soldado lleva consigo por lo menos tres caballos. Los ranchos destinados a la tropa se levantan sin mayores dificultades ni trabajos, con extrema rapidez, porque no son sino una armazón de estacas y cañas rellenada con barro y techada con paja. No tienen otro objeto que el de servir de refugio durante la -170- noche, porque todas las labores del campamento se cumplen al aire libre. Las mujeres andaban todas, en aquella sazón, ocupadas en preparar la comida para sus compañeros; para trasvasar el agua, en sus tareas, se servían de astas de buey.

Es costumbre que cada soldado lleve consigo una compañera durante la campaña. Esta mujer recibe, de ordinario, ración especial. Puede imaginarse el rebullicio y alboroto de las mujeres y niños cuando en un pueblo se encuentra un ejército, listo para emprender la marcha.

Las autoridades alegan que esta licencia se hace necesaria para mantener el orden y la integridad del ejército; el soldado se siente así, menos inclinado a la deserción, teniendo una mujer que le haga la cocina, lave sus ropas y remiende sus vestidos. En los grandes campamentos, se producen diariamente escenas jocosas: no es raro ver un soldado acercándose con gestos embarazados a un oficial para exponerle la imposibilidad de continuar con su actual compañera, a la que acusa de tales culpas o defectos; esto cuando no se adelanta primero la mujer, para interponer las quejas que tiene contra su amigo. El oficial, convencido de que no pueden seguir juntos, consiente en la separación y ambos quedan en libertad para buscarse mejor compañía. De tal suerte, la separación adquiere cierta formalidad y hasta resulta más respetable y decorosa. Pero, en otros casos, se sigue un camino más expeditivo y los hombres raptan, por así decirlo, a las mujeres... previo acuerdo con ellas.

Ya entrado el sol, llegó a la estancia una partida de soldados que venía desde un destacamento en la frontera con los indios, donde habían andado de recorrida -171- y exploración. El sargento entró a la pieza en que nos hallábamos y dio sus partes al comandante. Así pudimos saber que había estado ausente durante ocho días sin encontrar rastros del enemigo.

Estas partidas no gozan de ración especial: se sustentan de gamas, armadillos y perdices que los mismos soldados cazan; duermen al aire libre, con el recado por almohada, y siempre andan en caballos ligeros porque están obligados a dar cuenta, con toda rapidez, de cualquier peligro. Hace cosa de dos años, una horda de indios en retirada, cayó sobre un convoy de mercaderías procedente de Mendoza: le arrebató

doscientos bueyes, cuarenta y ocho mulas, setenta caballos, y robó a dos comerciantes, ochocientos doblones, (2.500 libras esterlinas).
Al día siguiente, nos proporcionaron caballos y partimos para Rosario. En el camino atravesamos campos de buenos pastos pero escasos de ganado y por algunos momentos anduvimos entretenidos en la contemplación de esa ilusión óptica llamada miraje. Ya cerca de Rosario pasamos junto a una extensión de trigo, muy en sazón y lista para la hoz. Observamos también algunas personas que se ocupaban en remover la tierra, haciendo un plantío de melones.
Entramos a la ciudad en horas de la siesta. Las casas y tiendas estaban, naturalmente, cerradas; sólo por azar se veía alguna persona en las calles. Rosario se halla situada sobre una barranca del río Paraná; la vista que ofrece, por el lado del río, se parece mucho a la de San Nicolás, aunque desde esta última ciudad, el panorama es más extenso y variado. La población será de unos cuatro mil habitantes. En la plaza se alza la iglesia, edificio moderno con el que se ha pretendido -172- -según parece- imitar el templo inglés de Buenos Aires, aunque el estilo griego de este último resulta bastardeado por la adición de una torre y campanario en cada uno de los ángulos del frontón. Hay en Rosario dos escuelas, una de varones y otra de niñas. Las mujeres son muy industriosas: hilan lana de muy buena calidad y la tiñen con bonitos colores mediante hierbas y raíces recogidas en los campos y en las islas del Paraná. Con el hilo así teñido, elaboran tejidos muy firmes y sólidos que sirven para fabricar ponchos. El poncho más fino cuesta, por lo general, una suma equivalente a diez libras esterlinas.
En el puerto estaban atracadas tres goletas descargando mercaderías de Montevideo y recogiendo carga para el mismo destino. Una tropa de mulas destinada a conducir mercancías para las provincias del norte, pastaba en los alrededores; también se cargaba un convoy de carretas con destino a Córdoba.
Muchas mujeres lavaban lana en la orilla del río. Este trabajo les representa unos diez peniques diarios. Un grupo de hombres se ocupaba en moler trigo al aire libre con una maquinaria, rústica en extremo: las muelas tenían unos dos pies de diámetro, la coronaria era de dientes muy irregulares y sus maderos estaban asegurados con grandes clavos y fajas de cuero. Una yunta de caballos, galopando a velocidad de unas siete millas por hora, hacía girar la rueda. Un tabique de cuero protegía la harina, del viento y del polvo.
Rosario es el principal emporio de comercio en la provincia de Santa Fe y el puerto por donde las provincias de Córdoba, Mendoza, San Luis y algunas otras realizan necesariamente su comercio exterior. Una vez que los vapores puedan remontar el río Paraná, llegando -173- hasta el Paraguay, todo el intercambio comercial de las provincias del norte se efectuará por este puerto. La situación favorable de Rosario, así como la inmensa extensión de suelo fértil, accesible a sus habitantes, harán siempre de esta ciudad un centro próspero, propicio a la industria y laboriosidad de sus habitantes. Después de Montevideo, Rosario está destinado a ser el Puerto más importante de esta parte de América. Cuando llegue el tiempo de que las empresas y los capitalistas del país se dispongan a construir ferrocarriles, su primer acto será sin duda trazar

una línea desde esta ciudad hasta Río Cuarto, con ramales a San Luis y Córdoba34.
Los únicos extranjeros que existen por ahora, son unos pocos italianos -menestrales y dueños de pulperías- y un solo alemán. No he encontrado ningún súbdito británico. La hospitalidad que nos prestó don Antonio Berdier y las informaciones que me facilitó, hicieron muy agradable nuestra permanencia en la ciudad.
Siguiendo nuestro camino, después de galopar unas tres leguas, llegamos al Convento franciscano de San Lorenzo y nos apeamos a la verja exterior del edificio. Fuimos invitados a entrar en la cocina. El cocinero y sus ayudantes preparaban la comida de las doce, para los religiosos. Vi que salían con una fuente, sobre la que llevaban nueve o diez platos; supuse que ese sería el número de frailes en la comunidad. La cocina tiene una gran chimenea como las que se encuentran en los términos rurales de Irlanda. Sobre el fogón, cuadrado y de ladrillo, abundaban las ollas y cacerolas. No -174- tardó en aparecer el guardián, anciano venerable de cabellos blancos, que nos preguntó quiénes éramos y adónde íbamos, agregando otras cuestiones de carácter familiar. Le dijimos que viajábamos para Santa Fe y le solicitamos permiso para dormir la siesta y pasar en el convento las horas fuertes de calor. Amablemente nos trató como bienvenidos, llamando a uno de los hermanos para que nos facilitara todo lo necesario. Fuimos conducidos al refectorio, donde nos sirvieron muy buena comida, acompañada de abundante vino de España. El refectorio era una larga sala abovedada, de ambiente penumbroso. Más o menos en mitad de la sala, había un púlpito35 bastante alto, empotrado en el muro. A cada lado, y en toda su longitud, se extendían dos hileras de mesas con capacidad para unas ciento cincuenta personas. En las paredes de los extremos se veían pinturas de santos, y escenas bíblicas. El buen fraile, de modales francos y agradables, nos atendió personalmente durante la comida. Cuando terminamos, otro miembro de la comunidad nos llevó por un largo corredor que da sobre un patio cuadrangular plantado de frutales.
Los claustros con las celdas de los monjes, forman dos alas del patio. En una de esas celdas nos dieron alojamiento. Las camas tenían colchones y sábanas limpias sobre las que dormimos una agradable siesta. Después de un buen sueño, el mismo fraile vino a buscarnos y nos invitó con cigarros y mate. Luego nos hizo visitar la iglesia, edificio sencillo, de buena construcción, con cúpula y linterna.
Este convento se levanta junto al río Paraná y la comunidad puede proveerse de pescado en abundancia. -175- También los gallineros están bien abastecidos de aves de corral, de suerte que no escasean las provisiones para la despensa. Nos dijeron que el convento había sido fundado unos cincuenta años atrás, pero debido a las guerras y a la falta de simpatías entre la masa del pueblo, poco era lo que había prosperado. Los muros y cercos exteriores se hallaban en estado ruinoso. Los miembros de la comunidad -a excepción de uno solo- eran todos españoles.
Hicimos el acostumbrado donativo al convento, retribuyendo la cordial hospitalidad de los frailes y nos marchamos bien impresionados con la obsequiosa recepción. En las vecindades se levantaban unos cuarenta o cincuenta ranchos,
Antes de entrar el sol, estábamos en la estancia del coronel Santa Coloma,

donde nos detuvimos para pasar la noche. Muy de mañana continuamos la marcha porque nos esperaba una jornada de veinte leguas. El paisaje, por la parte del río, se hizo al principio más animado; aparecían montes espesos de árboles más altos, pero según avanzábamos, la llanura daba la impresión de un terreno en que hubieran plantado, de trecho en trecho, arbustos de espino blanco.

A eso de medio día, hicimos alto para mudar caballos en una casa de posta. La familia del propietario parecía conservar los hábitos de los primeros pobladores, todos sus miembros se hallaban sentados bajo los árboles y una mujer joven hilaba lana en la rueca. Uno de los muchachos fue a sacar agua del pozo con dos grandes astas de buey; otro nos invitó a beber en un jarro de plata. Los hombres usaban monedas del mismo metal para ajustar sus ropas, como si fueran botones de latón; observé que algunos llevaban en esa -176- forma, hasta doce monedas. Poco antes de entrarse el sol, llegamos a la posta siguiente donde habíamos resuelto pasar la noche. Una mujer anciana consintió en darnos alojamiento y lo hizo con graciosa cortesía, como si fuera la dueña de un palacio. Estaba esta mujer sentada bajo una ramadita, junto a su rancho, que sombreaban unos ombúes. El lugar era el más apropiado para una ermita, escondido entre los árboles y a orillas de un río. El mismo Diógenes no hubiera deseado para sí, retiro más natural y agreste. Pude allí darme el gusto de tomar un baño y hacer mi «toilette», en un abrevadero de madera donde bebían las gallinas. Sólo un caminante puede apreciar todo el placer que significa mudarse de ropas después de haber cabalgado veinte leguas bajo un sol abrasador. Levante los ojos hacia el cielo azul y advertí una inmensa tela, tejida por las arañas, formando una especie de baldaquín y tendida en mucha distancia desde la cima de un árbol a otra. Las mujeres hacen con esas telas una especie de hilo sedoso, del que tejen redecillas para la cabeza.

Mientras nos hallábamos sentados, durante la cena, una culebra pequeña pasó por sobre el pie de uno de los muchachos. Este, de inmediato, dio la voz de alarma, pero el bicho había desaparecido. Luego atrajo mi atención una luz fosforescente que veía brillar sobre el pecho de un jovencito; procedía de un insecto alado, largo de casi una pulgada y de cierto espesor, que emite de sus ojos una luz muy fuerte.

Después de la cena buscamos un sitio para dormir, bajo los árboles. Don Pedro36 se arregló entre las raíces del ombú, yo me tendí del lado opuesto, y una -177- muchacha, nuestra simpática y alegre cocinera, no tardó en acostarse y dormirse profundamente, bajo la misma sombra propicia. Un viejo que allí estaba y los muchachos, se acostaron a cierta distancia; creo que la mujer más anciana fue la única que se recogió en el rancho.

Al día siguiente muy de mañana, fuimos despertados por la bullanguería de unos loros que gritaban en los árboles cercanos. Pocos momentos más tarde, ya estábamos en el camino de Santa Fe. Marchamos por una llanura montuosa, donde crecen diversas variedades de árboles; muchos de ellos estaban florecidos; en su mayoría eran pequeños y achaparrados. Algunos troncos tenían apenas quince pulgadas de diámetro, pero la forma y calidad de su madera es apropiada para la construcción de Barcos pequeños. Las autoridades otorgan permisos para cortar la madera, ya se la destine a la industria local o a la exportación.

El viaje, desde Rosario, había transcurrido por una llanura despoblada; al acercarnos a Santa Fe, la escena se hizo más agradable, no sólo por la mayor población sino especialmente por el aspecto del nuevo paisaje rural que nos circundaba.
Dimos un último y agradable galope de cuatro leguas, y entramos en la ciudad.

-[178]- -179-

Capítulo X

Situación de Santa Fe. - Comercio, edificación, calles. - Hospitalidad de don José de Amenábar. - Presentación al gobernador, Brigadier General don Pascual [Echagüe]. - Hábitos poéticos. - Productos vegetales. - El baño en el río. - Diversidad de razas. - La siesta. - A caballo por la campaña. - El campamento del general Mansilla. - Modo de pasar los caballos a través del río. - Propiedades medicinales de una fruta. - Partida para Córdoba. - Dificultades del viaje. - El Sauce. - Estado miserable de los habitantes. - Cazadores indios. - Manera de cazar. - Cardos comestibles. - Quebracho Herrado. - Escasez de agua. - El Tío. - Chucha. - Langosta. - Vizcachas. - Una variedad de trigo. - Provincia de Córdoba. - Los árboles. - Las luciérnagas. - Aldea de «Ranchos». - Insectos. -Las cercanías de Córdoba. - Emplazamiento de la ciudad. - La iglesia. - La universidad. - El paseo público. - Clima y panorama. - Generosidad del pueblo para el extranjero. - Viaje desde Córdoba. - Sitios para dormir. - Un alto en la llanura. - Llegada a Santa Fe

La ciudad de Santa Fe se halla situada sobre un brazo del Paraná, en la costa firme, a dos leguas del cauce principal. Siguiendo el cauce del río, dista unas ciento cincuenta leguas de Buenos Aires. Antiguamente estuvo emplazada a veinte leguas, más o menos, aguas arriba, pero como tal situación la dejara expuesta a los ataques de los indios del Chaco, fue preferido después este sitio que ofrecía más seguridad. Tiene ahora un puerto con buenos desembarcaderos, pero en ciertas épocas del año no hay más de tres o cuatro pies de calado en la embocadura del río. Sus exportaciones se -180- reducen al comercio con Montevideo y Buenos Aires: consisten en maderas, cueros, cerdas y lanas. Se cultiva el algodón y el tabaco, pero no deja ese cultivo un excedente para la exportación. Podrían, sin embargo, estos productos exportarse en una escala mayor. Hay unos cincuenta barcos matriculados en el puerto; la capacidad de los mismos es de veinte a cien toneladas; pertenecen casi todos a italianos, y puede decirse que éstos monopolizan la navegación del Río de la Plata. El río Salado, que corre a través del Chaco y aparenta mucho en el mapa, no es navegable, y durante ciertas estaciones del año, puede vérsele seco en diversos pasajes.
En otro tiempo, esta ciudad ha mantenido un comercio bastante considerable con las provincias del norte, pero en el transcurso de las guerras

civiles, los indios se hicieron tan osados, que el tráfico de los caminos resultó peligroso, hasta quedar interrumpido por algún tiempo el intercambio con dichas provincias y Córdoba. Casi todas las reducciones de indios del norte, organizados antiguamente merced a la paciencia y habilidad de los jesuitas, han sido destruidas. Al presente, la ciudad mantiene muy poco o ningún comercio con el interior del país, y no podrá recobrar su importancia de antaño mientras no aumente su población y adquiera la provincia suficiente poderío como para contener las incursiones de los salvajes. Su población, ahora, no pasa de quince mil habitantes.

Abarca la ciudad un área considerable porque, como ocurre en la mayoría de las ciudades de este país, porciones muy grandes de terreno se dedican a huertas de frutales. Las casas tienen techo de teja o azotea y son de una sola planta. En la mayoría de ellas, -181- las ventanas carecen de vidrios; el aire y la luz entran directamente por las aberturas de los batientes, que se cierran al interior con postigos muy sólidos. No hay tampoco chimeneas de salón. Cuenta la ciudad con cuatro iglesias: una de ellas, terminada en 1834, sobresale por su solidez y bonitas proporciones; consta de una nave central y naves laterales separadas por pilastras y arcos; la luz entra por unos ventanales de la parte más alta. Hay en su interior una hermosa fuente bautismal de plata, con cuatro pilas de agua bendita, finamente cinceladas. El altar mayor es de estilo gótico, con finos dorados.

En las calles, el piso es de arena natural y el tránsito se hace molesto cuando sopla viento. Asimismo, son preferibles estas calles a las de Buenos Aires y otras ciudades, que con unos pocas horas de lluvia se convierten en lodazales pegajosos. Las veredas, sin embargo, son mantenidas en buen estado. Hay alumbrado público y policía bien organizada. Se publica, semanalmente, un pequeño periódico, más propiamente gaceta gubernativa. Cercana al puerto, está La Laguna, donde abundan mucho las conchas de madreperlas, usadas como cucharas por las gentes pobres y también por los ricos, aunque estos últimos ajustan a la concha un macizo mango de plata. Según lo he oído decir, se han extraído de este lago, perlas de algún valor. Los únicos extranjeros de la localidad son italianos, aunque hay también una media docena de franceses y un escocés, ebanista.

Santa Fe podría mantener un próspero comercio con la exportación de madera, porque el tamaño y calidad de la misma son muy apropiados para la construcción de barcos y edificios, aunque tal vez sea demasiado -182- dura para usos comunes y poco apropiada para obra fina. Pude ver un buen acopio de madera en el muelle, listo para ser embarcado; algunos troncos de algarrobo medían dos pies de espesor. En el astillero, habla seis embarcaciones de río, con capacidad de veinte a cuarenta toneladas, construidas todas por operarios italianos.

En la época de nuestra llegada a Santa Fe, no existían en la ciudad fondas para viajeros y alquilamos unas habitaciones particulares antes de presentar nuestras cartas de introducción. Una de ellas era para el doctor D. José de Amenábar, clérigo secular que también desempeñaba el cargo de gobernador delegado. Este nos recibió con la mayor cordialidad, y no hallando de su agrado nuestro alojamiento, insistió para que ocupáramos

una espaciosa casa que tenía a su disposición; la encontramos cómoda y bien aireada y nos trasladamos a ella, en seguida. Se trataba de una propiedad de la iglesia, dedicada a la Virgen del Carmen para usos píos.
En la mañana siguiente, fui presentado por el doctor Amenábar a Su Excelencia el gobernador, brigadier general don Pascual Echagüe. Informado el gobernador de que mi viaje no tenía otro fin que adquirir conocimientos sobre el país, me pidió le indicara la forma en que podría llenar mis deseos. Mi primer pedido fue que me facilitara el acceso al campamento del general Mansilla, que en esa ocasión se ocupaba en pasar una gran caballada por el río Paraná con destino al ejército del general Urquiza, en marcha sobre la provincia de Corrientes.
Fuimos presentados por el gobernador a su esposa e hija, quienes nos recibieron con toda cortesía. La hija nos obsequió con un ramo de flores, costumbre amable -183- del país entre otras muchas, y que demuestra la participación del sentimiento poético en el trato social de las clases educadas. Callejeando por la ciudad y suburbios, me sorprendió la quietud de Santa Fe, cuyas manifestaciones de actividad son muy escasas, tratándose de una capital de provincia y sede de gobierno. Los árboles frutales abundan mucho, especialmente las higueras, duraznos y parras. Las clases pobres parecen holgar más de la cuenta, sentadas a la sombra de los parrales y las higueras. También muestran gran afición por el baño y su pasatiempo favorito consiste en dirigirse todas las tardes al río Paraná, donde, con gran contento, se sumergen en el agua. En esta diversión participan todas las clases sociales y las personas de cualquier edad. Los hombres usan calzones para bañarse y las mujeres de la clase acomodada llevan un vestido bastante decoroso, hecho de una tela ligera. Las gentes pobres no gastan esos escrúpulos; un artista podría dibujar del natural, sin ningún inconveniente, más de un bello torso y piernas de lindos contornos.
El río presenta el aspecto más animado, porque los bañistas, no solamente nadan y zambullen sino que se divierten charlando y riendo con gran vivacidad. En un momento dado, se ve surgir sobre la superficie del agua la cabeza redonda y los anchos hombros de una negra, o aparece una india desnuda («desnuda, mas no avergonzada...») que se hunde en el agua, mientras sale otra, toda goteante, a la orilla. Entre tanto, las damas, que por la apariencia de sus cabellos sueltos y la manera más correcta de hablar el español, revelan mejor origen, velan sus formas y encantos con sus vestiduras mojadas. Mientras me complacía en admirar todas estas escenas, pude comprobar que el cuerpo humano de color -184- bronceado posee formas no menos agradables que el de la raza blanca. El contorno de formas conocido por «línea de belleza de Hogarth», se define mejor en el primero de esos tipos que en el segundo. Después del baño, las mujeres se dejan los cabellos sueltos y flotantes sobre los hombros y así se mantienen durante el resto de la tarde. Este ornamento natural, realza mucho la apariencia de aquellas mujeres que, ya de por sí, poseen linda figura y movimientos graciosos.
La población ofrece mucha variedad en cuanto a los caracteres físicos, porque si bien las clases superiores son de casta puramente española, adviértese en las demás mucha mezcla de sangre negra e india. Pueden observarse fácilmente las características de cada raza, desde la piel

negra y luciente, los labios gruesos y el pelo motoso del negro, hasta los rasgos finos del español.
En horas de la siesta, un silencio sepulcral reina sobre la ciudad; las casas y tiendas se cierran; las calles aparecen desiertas. Llevado por la curiosidad, salí un día a caminar por esas calles durante los momentos de reposo: la cantidad de personas que dormían bajo los árboles, en las huertas y en los suburbios, causaba una extraña impresión. Esta costumbre de pasar buena parte del día durmiendo, debe importar un inconveniente para el trabajo cotidiano.
He dicho ya que sentía gran interés por ver cómo se pasaban unas caballadas a través del río Paraná. Con ese propósito, salí un día de la ciudad, al atardecer, acompañado de dos soldados que me servían de guías. Pronto perdimos de vista la población y como la noche se acercaba, hicimos el viaje a galope tendido por unos campos de pastizales altos y duros sin cuidarnos mucho -185- de los troncos y ramas que a trechos dificultaban el camino. Mientras andábamos subiendo y bajando entre malezas y zarzales, pensaba yo por momentos en el vuelo de Tom O'Shanter. En menos de una hora llegamos al río y lo cruzamos en una canoa abordando al pie de una alta barranca. Desde arriba se dominaba un panorama romántico y pintoresco. Fuimos recibidos por un anciano robusto de barba blanca. Algunos soldados, perturbados en el sueño, nos miraron llegar con interés y luego se reclinaron en el suelo; varios fogones iluminaban los troncos y ramas de los árboles; las plantas trepadoras a su vez oscurecían la escena. En la parte baja de la barranca hubieran podido encontrarse cantidad de yacarés y otros anfibios. La escena era para infundir temor supersticioso, pero la aparición de una encantadora mujer disipó todos mis recelos.
En este sitio mudamos caballos; después de un precipitado galope a través de un campo muy accidentado, llegamos a la costa de otro río. Allí nos apuraron a entrar en una pequeña canoa. Antes de que nos hubiéramos sentado, ya íbamos cruzando la corriente, remolcados por dos caballos que nadaban a la proa; aquello era un rústico remedo del carro de Neptuno, sin tritones ni tridente37. Al desembarcar, los corceles del hijo de Saturno se convirtieron en otros más ágiles y fogosos. Montamos en los mismos caballos y así, antes de media noche, pudimos con satisfacción tender nuestros recados sobre el pasto en la isla del -186- Rastrillo. Allí gozamos de un sueño reparador hasta que el toque de un clarín nos despertó a la salida del sol.
El sitio en que nos hallábamos era un terreno muy arbolado a la orilla del río. El sonido del clarín fue obedecido con tanta rapidez como el de Robin Hood y dio lugar a una escena de bullicio y movimiento que se desarrolló con bastante orden.
Internándose en el río Paraná, veíase un embarcadero improvisado, formado con postes y cubierto con hierbas, a cuyo extremo estaba amarrada una gran balsa flotante. Esta balsa había sido construida con tablones tendidos sobre cuatro embarcaciones de fondo plano y cercada con una fuerte baranda de madera. Otra valla semejante dividía la balsa en dos partes. El embarcadero, por el lado de tierra, daba a un corral y así los caballos eran conducidos con seguridad y directamente a la misma balsa: una vez que miraban hacia ella, los obligaban a pasar en dos hileras. En un cuarto de

hora vi embarcar, de esta suerte, setenta caballos, y ya habían pasado el río cerca de quinientos. Por el mismo procedimiento, pasaron el río Paraná, en 1842, veintitrés mil caballos destinados al sitio de la Banda Oriental. Una vez todo listo, remolcaba la balsa siete balleneras y fueron desembarcados los animales en la costa entrerriana.

Yo crucé también el río para buscar ejemplares geológicos y coger algunas frutas y flores silvestres. Solamente encontré un árbol de cuya fruta parece que los nativos gustan mucho. Por su forma y aspecto es muy semejante al durazno, pero de sabor desagradable38. -187- Me contaron, a este propósito, la historia de un pobre hombre que, devorado por una enfermedad maligna y no deseando fenecer entre quienes le rodeaban, pidió que lo llevaran al bosque para morir solo. Sus ruegos fueron satisfechos y colocaron al enfermo bajo uno de los árboles a que me he referido: era la estación de las frutas maduras y el desgraciado comenzó a alimentarse con las que caían de los árboles. El efecto fue tan benéfico, que a las tres semanas la sangre se le había purificado.

Cumplidas las tareas de la mañana, fui presentado al general Mansilla, un gallardo oficial veterano, guerrero de la independencia y que hizo la campaña del Brasil. Durante el almuerzo, un muchacho entretuvo a los convidados con cantos y bufonadas. Luego se levantó la reunión y volvimos a la ciudad en el bote del general. En el camino vimos algunas tortugas de río y yacarés que se calentaban al sol.

Los preparativos del viaje a Córdoba nos llevaron un día entero. Esta ciudad dista ochenta leguas de Santa Fe. Antiguamente existía un camino público y seguro que las comunicaba, pero de un tiempo a esta parte, según dije, los indios del Chaco han recobrado muchos de sus antiguos dominios; el camino está casi abandonado y expuesto a los asaltos de los salvajes; de ahí que el viajero no pueda aventurarse sino con armas convenientes y bien preparado a la defensa.

Para hacer este viaje, habíamos convenido con don Pancho Rodríguez que nos conducía de Santa Fe a Córdoba y nos traería después a Santa Fe por la suma de noventa y dos pesos plata, quedando por su cuenta el servicio de ocho caballos y tres peones. Todos íbamos provistos de buenas armas y no temíamos al peligro. -188- Yo tenía también una orden del gobernador Echagüe para uno de los destacamentos militares de la frontera, a fin de que se nos facilitaran caballos y una escolta, en caso de necesidad. El gobernador nos hizo todas las prevenciones necesarias, como puede suponerse, recomendándonos mucha atención, no solamente con respecto a los indios sino también a los desertores del ejército que solían aparecer en la frontera, constituidos en bandas de asaltantes. Otro peligro que debíamos prevenir, era la posible escasez de alimentos; como el viaje podía ser de unos cinco días, hicimos provisión de unas lenguas de vaca, bizcochos y queso. Durante dos días del trayecto íbamos a carecer de agua, al atravesar un desierto de treinta y cinco leguas, por lo que llevábamos cada uno un chifle de buey, con agua suficiente para esa jornada.

Así preparados y provistos, salimos de Santa Fe poco antes de mediodía. Dejando atrás los suburbios de la ciudad, atravesamos una extensión de diez leguas muy escasamente poblada, hasta llegar al Sauce39. Esta población se fundó como punto de intercambio con los indios y tiene unos cuatrocientos habitantes. La mitad de la población está formada por

soldados que viven con sus familias; la otra mitad son indios. El Comandante es un indio muy inteligente que se expresa correctamente en español. El aspecto de estos indios convertidos, no puede ser más repulsivo. En sus cabañas -formadas con unas pocas estacas recubiertas de barro- viven desnudos, apenas cubierto lo que deben, por decencia, cubrir. Cuando salen, los hombres se ponen un poncho y las mujeres añaden a la saya una pieza -189- de algodón, suelta, que pasan bajo un brazo y por encima del hombro opuesto, dejando los brazos desnudos: los cabellos forman una larga trenza. Los rostros no son ni tan anchos ni tan chatos como los de los indios pampas.

El gobierno trata de atraer a los indios en esta población y en otras similares, dándoles tabaco, yerba y algunas chucherías. El pueblo tiene una iglesia, pero no hay cura: sin embargo, algunas de las mujeres saben recitar unas pocas oraciones. Estas mujeres son tan industriosas que tejen todas las jergas y ponchos usados por los hombres; también hilan la lana y la tiñen con unas raíces recogidas en la provincia de Entre Ríos; tal es la paciencia y el ingenio que ponen en copiar los modelos de paños ingleses, que logran imitarlos -contando los hilos uno por uno-, con la natural diferencia en la calidad del trabajo.

Hicimos noche en la villa y al día siguiente, por la mañana, reanudamos el viaje. Íbamos acompañados por una escolta de seis carabineros montados y seis indios armados a lanza, con caballos de remuda. Así reunidos y equipados, formábamos un buen número y ofrecíamos un aspecto casi imponente. De modesto e inexperto viajero, especie de «Dr. Sintax en busca de lo pintoresco», me veía convertido, de pronto, en una especie de barón feudal con sus caballeros y escuderos. No habíamos andado mucho cuando los indios de lanza, obedeciendo a su pasión dominante, organizaron una cacería. Empezaron por desplegarse formando un semicírculo que abarcaba una media legua, mientras se prometían un buen resultado. La caza, con todo, no era muy abundante y consistía en venados, únicamente. El procedimiento que emplean en estas cacerías, es el siguiente: -190- al aparecer un animal y en seguida que huye, el cazador más próximo inicia la persecución apresurando la carrera hasta tenerlo a tiro de boleadoras: rara vez falla el tiro y el animal cae al suelo. Es necesario mucha destreza para intervenir en estas partidas. Los cazadores que avanzan en los extremos, tratan en lo posible de que todos los animales entren en la zona del círculo, de suerte que muy raramente logra escapar la presa.

Yo me sentía maravillado al observar la pericia con que el indio maneja la lanza y dirige su caballo. Cada vez que uno de ellos se acercaba a su presa -aunque fuera a toda velocidad- clavaba la lanza verticalmente en el suelo y preparaba las boleadoras para el momento decisivo. La primera víctima fue un gamo de buen tamaño, pero como el exigente deportista no lo considerara bastante gordo, se guardó únicamente la cabeza. Uno de estos nobles animales escapó cuatro veces de entre el círculo de los cazadores; había logrado aventajar a uno de ellos cuando se encontró con otro muy próximo: tres veces le arrojaron las boleadoras y otras tantas veces las esquivó; luego pudo fugar, mediante un giro cerrado sobre el último cazador.

A mediodía, el grueso de la comitiva hizo alto para almorzar y nos instalamos a la sombra de un árbol; en una lagunita cercana teníamos agua.

Los cazadores empezaron a llegar, uno tras otro. Cuando llegaba el último, hizo levantar a un ciervo pequeño y empezó a perseguirlo, pero el animal le sacó ventaja en seguida, otro de los hombres se puso a caballo y ambos lo corrieron por un buen rato haciéndolo venir en dirección a nosotros. Un tercer cazador montó, pero el caballo se le quedó rezagado por el trabajo de la mañana. Un cuarto, -191- con caballo de remuda, entró en la partida y por último apresó al ciervo muy cerca del lugar en que nos encontrábamos.

Pronto encendieron fuego y asaron carne de vaca y dos venados. Crecía en los alrededores una especie de cardo, muy sabroso al paladar, que nos sirvió para acompañar la comida. El pedúnculo, casi en el extremo, es muy tierno y posee un sabor semejante al de la zanahoria. Como el sol estaba muy fuerte, prolongamos la siesta hasta las cuatro de la tarde. A esa hora ensillamos los caballos y continuamos la jornada. Sería la media noche cuando detuvimos la marcha y nos acostamos bajo un árbol de quebracho, a la luz de la luna en creciente. Apenas si me detuve a mirar el árbol, tanto era el deseo que tenía de descansar. Al día siguiente por la mañana continuamos el camino; los de la escolta quedaron asando un venado, cazado la noche anterior. Poco después pasamos por Quebracho Herrado. Este punto fue teatro de una cruenta batalla durante las guerras civiles de 1838-1841. Don Pancho, nuestro guía, se había encontrado presente en la acción y la describió con lujo de detalles: lucharon en ella veinte mil hombres, hubo dos mil muertos y dos mil soldados prisioneros, amén de mil mujeres, prisioneras también40. Quebracho Herrado fue antiguamente una aldea bastante próspera, pero durante las guerras civiles, los indios del Chaco la destruyeron completamente. Desde entonces, los venados y guanacos, más afortunados -192- que los hombres, se han posesionado del suelo. Pudimos ver una sola tropa de estos guanacos. Interrumpimos la marcha para almorzar a la sombra de un duraznero. En una laguna próxima había una bandada de hermosos flamencos y por el lugar en que nos hallábamos sentados, corrían, de un lado a otro, unas lagartijas verdes. Algunos momentos después cruzábamos la frontera, entrando en la provincia de Córdoba. El campo, muy montuoso, era semejante al de las cercanías de Santa Fe.

A eso de mediodía, el agua, que no habíamos administrado bien, se terminó y como el sol estaba muy fuerte, sufrimos tanto de sed que nos consideramos muy afortunados al poder beber en un charco cenagoso. Yo traté de purificar el agua, filtrándola con un paño. Ya atardecido, tratamos de acampar para pasar la noche y anduvimos recorriendo el monte, muy empeñados en encontrar agua. El croar de unas ranas, nos hizo concebir alguna esperanza, pero pronto pudimos comprobar que no tenían líquido suficiente para ellas mismas. Cerca de ese lugar se levantó un avestruz con pichones que ya estaban en condiciones de correr. Desilusionados, apresuramos el paso en dirección al Río Segundo, adonde llegamos mucho después de entrado el sol. Grande fue nuestra decepción al encontrarnos con que estaba seco.

Sólo nos quedaba, como última esperanza, marchar hasta El Tío, un destacamento fronterizo, perteneciente a la jurisdicción de Córdoba. Al acercarnos a ese lugar, equivocamos el camino. Entonces hicimos alto y estuvimos aguzando el oído en la espera de oír ladridos de perros que

pudieran servirnos de orientación. Perdida la esperanza de encontrar un poblado, bajé del caballo -193- dispuesto a pasar la noche en aquel mismo sitio. De ahí a poco, cruzó cerca de nosotros un muchacho, que parecía volver a su casa. Nos acompañó y no tardamos en llegar al destacamento. Después de una breve conversación con el Comandante y de haber bebido agua largamente, tendimos nuestros recados en el patio y dormimos toda la noche.

En El Tío, dejamos los caballos de remuda que llevábamos, porque debíamos cruzar un campo donde crece una planta venenosa, del género de los cardos, que solamente come el ganado extraño a la región, y que le produce la muerte. El instinto ha enseñado gradualmente a los animales criados en los mismos campos, a no comer esa hierba. Le dan el nombre de chucha (escalofrío, fiebre) y la llaman así por los efectos que produce41.

Teníamos ahora que marchar unas treinta y cinco leguas, a través de una región habitada en su mayor parte por gentes laboriosas, propietarios de pequeñas estancias, cuyos campos medían de mil a tres mil acres ingleses. Toda la riqueza de estos propietarios consiste en algunas vacas, una majada de ovejas y otra de chivos; la tierra les produce trigo, maíz, etc., pero deben luchar con diversas dificultades para el cultivo de la tierra.

En aquella estación del año -era el mes de diciembre- las cosechas estaban condenadas a ser comidas por la langosta que, cuando sale de los bosques, cubre materialmente la tierra. La langosta pequeña, no vuela en un principio, sino que camina y salta como el saltamontes; después le crecen alas y emigra en verdaderas -194- nubes, hacia el norte, acabando con toda vegetación en el lugar donde se detiene a comer. Por espacio de varias millas, mientras caminábamos, todas las plantas y árboles aparecían cubiertos de langostas que semejaban enjambres de abejas. Cuando aparece este acridio, las gentes se precipitan a espantarlo, agitando trapos y tratando por todos los medios de que pase sin causar perjuicios. Otra plaga que causa muchos daños es la de las vizcachas, porque come los sembrados de trigo. Hay ocasiones en que los pobladores pasan la mayor parte de la noche persiguiéndolas con sus perros. También la falta de agua ocasiona muchas calamidades: no llueve lo bastante para las necesidades del cultivo y en algunos sitios el agua de los pozos es salobre.

Con todo, y a pesar de los inconvenientes mencionados, estos habitantes viven mejor, al parecer, que los de la provincia de Buenos Aires. Su alimento consiste en legumbres, frutas silvestres, leche, pan y carne. En todas las casas se ve un gran mortero de madera, con su maza42, para pisar maíz y trigo que, cocido con leche, resulta un plato excelente. En Santa Fe se cosecha una especie de trigo que llega a la sazón dentro de los cuatro meses de sembrado; si aquí cultivaran esa misma semilla, ahorraríanse muchos meses de trabajo, perdidos en defender los plantíos, de las vizcachas. Las mujeres son muy industriosas: ellas hilan y tejen casi todas las ropas de los hombres. Por desgracia, estas pobres gentes carecen de iniciativa suficiente para trasladarse a otra región, donde se verían libres de todas estas molestias. Con el mismo trabajo que desarrollan aquí, estarían -195- en condiciones de ganar algo más que los simples medios de subsistencia.

Al atravesar esta comarca encontré, por primera vez en mis andanzas,

algunos campos cercados; las cercas se componían de ramas de árboles, aseguradas con estacas en algunos sitios. Toda la extensión comprendida entre Santa Fe y Córdoba tiene buenas arboledas. Crece mucho en ella un pequeño arbusto, parecido en su forma y olor al té de la China. También abunda el árbol de algarrobo, semejante al roble en su forma y calidad. Las raíces de los árboles no son muy profundas, como pude comprobarlo al observar algunos derribados por las tormentas. Esto prueba que la capa de tierra vegetal, es muy superficial. Los insectos producen entre los árboles un ruido aturdidor; por la noche se agregan los gritos de los pájaros, el croar de las ranas y otros reptiles, hasta formar un clamoreo tan fuerte, áspero y discordante, que no es para describir. En estos bosques se albergan tigres, leones y serpientes, pero poco o nada peligrosos. Las luciérnagas -insectos muy bonitos- abundan mucho; pude coger una con la mano y ver de cerca sus ojos encendidos como bolitas de fuego.

Ya muy avanzada la tarde nos pusimos en marcha desde El Tío; el dueño de la casa donde pasamos esa noche era un hombre verdaderamente industrioso: se dedicaba a la fabricación de carretas con la madera que cortaba en los montes vecinos, y las trocaba en Buenos Aires por ganado vacuno obteniendo hasta quince y veinte animales por cada carro.

El tiempo estaba húmedo y dormí bajo techo por temor al relente de la noche. Toda la familia de la casa durmió al aire libre. Al día siguiente, pasamos cerca -196- de la villa de Ranchos y, antes de entrarse el sol, nos detuvimos en la vivienda de una pobre familia. Yo arreglé mi cama bajo un árbol, pero empezó a tronar y a llover, viéndome obligado a buscar abrigo en el rancho mismo. Este hubiera servido apenas, como establo, para dos caballos, sin embargo, estaba ocupado por un hombre, dos mujeres y dos niños, los que todavía se dieron maña para dejarnos un sitio a mí y a don Pedro. Por cierto que es preferible dormir al aire libre y no en el interior de estos ranchos del país, cerrados y pequeños. Las chinches y las pulgas resultan más que molestas; un solo ejemplar de las primeras es más ofensivo que tres de sus congéneres de Inglaterra. Hay que cuidarse de aplastarlas contra uno mismo porque lo ensucian todo; preferible es cogerlas con la mano arrojándolas a cierta distancia o bien pisarlas en el suelo.

A la mañana siguiente, seguimos camino de Córdoba y llegamos a la ciudad ya cerca de mediodía. Atravesamos todavía una llanura desolada, interrumpida apenas por algunas lomas de acentuadas ondulaciones que se extienden por los alrededores del Sauce. Ese día encontramos avestruces y venados en abundancia. Era cosa de ver, al entrar en la ciudad, las ruidosas y espontáneas expresiones de complacencia con que los conocidos recibían a don Pancho, a medida que avanzábamos por las calles.

Así que llegamos a Córdoba, me dirigí a la casa de gobierno para entregar mi carta de presentación a Su Excelencia el general don Manuel López. Este se encontraba ausente en una expedición contra los indios, pero el delegado don C. M. González me probó que sabía representarle, de inmediato dispuso lo necesario -197- para facilitar mis averiguaciones y cooperar en todos mis proyectos, con la mayor urbanidad.

El sitio para el emplazamiento de la ciudad no ha sido bien elegido. Se trata de una profunda hondonada, preferida por la seguridad que ofrecía

contra las invasiones de los indios, que en tiempo de la fundación (1573), hostilizaban de continuo a los primeros pobladores.
El Río Primero abastece de agua a la ciudad: en verano es apenas un arroyuelo superficial, pero llegado el invierno, se convierte en un río ancho y profundo. En tiempos de grandes lluvias un inmenso caudal de agua se derrama sobre la población desde las laderas vecinas. Para defender la ciudad, ha sido necesario construir un recio muro que detiene las aguas, desviándolas hacia un canal apropiado, El número de habitantes de la ciudad, se calcula en quince mil.
A juzgar por la cantidad de iglesias, como por el lujo y magnitud de las mismas, podría creerse que Córdoba haya sido en otro tiempo ciudad de considerable importancia. Diez de sus templos pertenecen a comunidades religiosas y acaba de erigirse uno, muy espléndido, costeado por las monjas. Hay dos conventos de religiosas y dos de frailes: uno de franciscanos y otro de dominicos. En arquitectura prevalece el estilo morisco: la iglesia Matriz, situada en la plaza y construida en 1580, es un bello edificio que revela mucha habilidad arquitectónica y contiene bastantes riquezas. Algunos templos tienen buenas pinturas, aunque debo decir que la iglesia de los franciscanos ostenta muchos metros cuadrados de pésimas telas pintarrajeadas.
La universidad ocupa cuatro acres de terreno y es edificio de grandes proporciones, bien conservado, pero -198- su tesoro se halla tan exhausto que los profesores apenas si pueden vivir con el estipendio que reciben de los estudiantes. No tienen otra fuente de recursos. El plan de estudios es muy semejante al de España. Junto a la residencia de los jesuitas, se alza una hermosa iglesia: el techo abovedado tiene maderas ricamente doradas y pinturas al fresco. El número de eclesiásticos en la ciudad, entre seculares y regulares, llegará a una centena.
Mientras recorríamos, por espacio de algunas horas, estos edificios religiosos, pensábamos, sin quererlo, en los tiempos medievales: los viejos monjes de cogulla y capucha, con sus rosarios y crucifijos, la devoción silenciosa de algunos, las preces murmuradas por otros, los claustros sombríos, el confesonario secreto, las bien provistas cocinas, los limpios refectorios, todo nos transportaba a los tiempos de la teocracia, en que se consideraba un crimen el adorar a Dios con la ayuda de la única luz que Él ha concedido a los hombres.
Lo más notable que tiene la ciudad es el paseo público; abarca una buena extensión de terreno, con un estanque en forma cuadrangular, alimentado por un arroyo cristalino. Le circundan senderos provistos de bancos a la sombra de sauces y álamos. En el centro hay un templete en forma de linterna con una cúpula, rodeado por un pretil de ladrillo y una verja de hierro forjado.
Algunas personas del bello sexo -muy pocas, dada la estación en que yo visitaba la ciudad - paseaban por aquel deleitoso retiro: es que la privanza de las órdenes monásticas y la influencia clerical, hacen a las gentes muy retraídas en sus costumbres.
-199-
La ciudad es muy limpia y en apariencia muy ordenada. Las calles, que se cruzan en ángulo recto, están bien mantenidas y con buen alumbrado. La única industria es la del cuero. No existe ningún periódico, aunque en

otro tiempo se han publicado dos semanarios. Últimamente, ha sido fundada una casa de moneda para acuñar piezas de plata, pero éstas son tan impuras, por el exceso de aleación, que no circulan fuera de los límites de la provincia. El clima es saludable aunque no llueve suficientemente. Puede decirse que no hay extranjeros en la ciudad, ni siquiera en la provincia, si se exceptúan algunos pocos franceses y dos o tres ingleses. El arquitecto del gobierno, es un francés muy rico e influyente.
La distancia entre Córdoba y Buenos Aires, en línea directa, puede ser de unas ciento veinte leguas; el camino actual forma un circuito de ciento ochenta leguas, debido en parte a la necesidad de salvar la zona dominada por los indios pampas y también para evitar una extensión de terreno bajo y pantanoso. La distancia al puerto de Rosario, sobre el río Paraná, es de cien leguas, aproximadamente.
Si se hace un paseo a caballo por las afueras, pueden verse paisajes interesantes: desde un altozano se ofrece una vista de la ciudad a vuelo de pájaro; desde otra altura dominase un extenso y hermoso panorama de la campiña circundante: en primer plano una pendiente arbolada, sobre la cual se dibujan claramente las torres y cruces de la ciudad; a la derecha, un arroyo tortuoso contornea los suburbios; desde allí arranca un terreno que asciende hasta perderse en el horizonte lejano; allende la ciudad, la vista se detiene sobre una extensa llanura que va elevándose hasta confundirse -200- con las primeras estribaciones de otras montañas escalonadas que alcanzan una altura de dos mil pies.
Antes de dejar la ciudad, estuve a visitar a don C. M. González para agradecerle las atenciones con que me habían favorecido todas las autoridades. Su Excelencia me expresó los sentimientos generosos que todas las clases sociales de la provincia experimentaban por los extranjeros y me recordó que no solamente eran bienvenidos en calidad de colonos, sino que se les permitía desempeñar sus profesiones sin dificultad alguna, mientras los ciudadanos nativos llevaban sobre sí todas las cargas del estado. Me pidió muy particularmente que, estos sentimientos, muy sinceros, los hiciera conocer al mundo.
Mi primera intención había sido proseguir el viaje hasta Río Cuarto, con el propósito de visitar un campo de los señores Feilden, de Manchester, compuesto de cuarenta leguas cuadradas de pastoreo, que antiguamente perteneció a los jesuitas: pero como esto me significaba un recorrido de sesenta leguas, alargándome el viaje, abandoné el proyecto y decidí volver a Santa Fe. No puedo dejar de agradecer, a esta altura de mi relato, las finas atenciones con que me favorecieron, el doctor Hawling, estadounidense, que reside en la ciudad de algunos años atrás, y los señores don Juan Campillo y don B. Ocampo: estos últimos me proporcionaron valiosas informaciones.
Partimos de la ciudad ya muy entrada la tarde y después de cabalgar unas ocho leguas, nos acostamos bajo un árbol del camino. En la noche del día siguiente, paramos en casa de un amigo de don Pancho. Al llegar, encontramos que toda la familia dormía bajo un árbol. La buena mujer -dueña de casa- nos dio agua -201- para beber y, como ya no era hora de asar un cabrito, resolvimos dormir en el mismo sitio. En estas provincias del norte, la mayoría de los habitantes acostumbra a dormir al aire libre, salvo en los días muy fríos del invierno. Al general López,

último gobernador de Santa Fe y hombre de considerable influencia política y militar, oíasele decir con frecuencia que durante diez y ocho años de su vida, no había dormido nunca en el interior de una casa y desde que salió de la infancia, hasta que contrajo matrimonio, no durmió nunca sobre una cama. Los patios y las azoteas son los preferidos para el sueño: en Córdoba, toda la servidumbre femenina de la casa en que yo me alojaba, dormía en el patio, frente a mi dormitorio.

Proseguí mi viaje en la mañana siguiente y por la noche llegamos a El Tío, destacamento fronterizo de Córdoba. Debíamos atravesar desde allí una extensa llanura de cien millas, totalmente despoblada, sin agua, y expuesta a los ataques de los indios, como ya he dicho. Yo traía una orden del gobierno de Córdoba para que el comandante de El Tío nos proporcionara una escolta, pero decliné sus servicios; no creía mucho en el peligro, y además, presumía que en caso de un ataque efectivo de los indios, algunos de nosotros habríamos de fiar más en las patas de los caballos, que en las armas que llevábamos.

Muy de mañana salimos de El Tío. El sol quemaba y a mediodía interrumpimos la marcha para ponernos a la sombra. En tales casos se elige, si es posible, un sitio de pastos abundantes; los viajeros desensillan los caballos bajo los árboles y extienden sus ponchos sobre las ramas formando una especie de toldo. El recado sirve como lecho para dormir la siesta. Bajo -202- aquel dosel de ramas, y mientras llega el sueño, pueden admirarse los pájaros del más variado plumaje, especies innumerables de insectos, y observar los venados cuando vienen a beber. Un lindo espectáculo ofrecen los venaditos pequeños cuando se aproximan a un arroyo, cautelosos y tímidos, y a la vez impacientes por apagar su sed.

Después de descansar dos o tres horas reanudamos el viaje, marchando hasta la media noche; esta vez maneamos los caballos sin desensillarlos; envueltos en los ponchos, nos acostamos en el suelo y dormimos por algunos momentos. Cuando nos sentimos algo recobrados de la fatiga, seguimos andando y al día siguiente, poco después de entrado el sol, llegábamos al Sauce, muy satisfechos, no sólo por encontrarnos fuera del alcance de los indios, sino porque en cien millas de marcha, no habíamos probado otro alimento que pan, higos y agua turbia.

A distancia de unas leguas del Sauce, se veían algunas quemazones de campos, que ofrecían un aspecto imponente. Al otro día por la mañana llegamos a Santa Fe. Para entrar en la ciudad tuvimos que cruzar el río Salado en una canoa formada con el tronco excavado de un árbol. Los caballos pasaron a nado.

Hice mis visitas de despedida a los amigos y al gobernador delegado, quienes me facilitaron cuantos datos necesitaba, explicándome minuciosamente las cosas que deseaba conocer. A todos ellos quedaré siempre muy obligado. También a don Mariano Puig y a su hermano don Tomás, debo mucha gratitud por sus sentimientos generosos y su hospitalidad.

-203-

Capítulo XI

Descripción de Paraná. - Clima y producciones. - Costumbres del pueblo. - Enfermedades. - Historia. - Los gobernadores. - Condiciones favorables al comercio. - Títulos de propiedad inmueble, defectuosos. - Producción del suelo. -Temperatura y lluvias. - La langosta. - Viaje desde Paraná. - Árboles. - El pasaje de un río. - Una primitiva casa de postas y sus moradores. - Modo de encender fuego. - Los caballos cimarrones. - Descripción de Concordia. - Cascada de Salto. - Espléndido paisaje de los alrededores. - Intento de colonización malogrado. - Propiedades inglesas. - Descripción del Uruguay. - Tropas de ganado orejano y montaraz. - Las milicias. - Castigo de los ladrones. - Renta de la tierra. - Gualeguaychú: su edificación y sus habitantes. - Nidos de avestruces. - Gualeguay. - Estancias inglesas. - Viaje desde Gualeguay. - Los carpinchos. - Un viaje fatigoso por la isla de Las Lechiguanas. - Llegada a Buenos Aires.

Fuimos a Paraná en un bote descubierto. Después de navegar más de cuatro leguas, siguiendo el curso del río, llegamos a la ciudad, situada en la margen opuesta a la de Santa Fe. Era ya la media noche y como el tiempo estaba húmedo y frío, nos vimos obligados a despertar a un oficial de aduana, que nos albergó bondadosamente. Los otros pasajeros del bote -entre ellos cuatro mujeres- durmieron bajo los árboles. Esta ciudad, como todas las demás, carece en absoluto de hospederías u otros alojamientos para viajeros; de ahí que éstos acostumbren a parar en casa de algún amigo, cuando no alquilan particularmente una habitación. -204- El gobernador, general Urquiza, se hallaba en campaña, combatiendo en la provincia de Corrientes, pero el delegado nos recibió con toda civilidad. La ciudad, fundada por el año 1730, no tiene nada que la distinga de las ya descriptas anteriormente. Está situada sobre una barranca muy alta del río Paraná, a una milla más o menos de la costa, en los 30º 45’ de latitud sur y 60º 47’ del meridiano de Greenwich. El camino que la comunica con el río, apenas puede llamarse así, y como la barranca es muy escarpada, el acarreo se hace difícil y se encarecen mucho los fletes y las mercaderías. La aduana funciona en el centro de la ciudad, y esto importa otro inconveniente. La gente no parece muy inclinada al comercio; se ven algunas tenerías, pero en ruinas, lo mismo que otros vestigios de una industria anterior, extinguida. La población ha sido en otro tiempo, hasta de diez mil habitantes, pero actualmente se halla reducida a unos seis o siete mil. Con todo, va en aumento desde hace algún tiempo. Los extranjeros cuentan en número de cien, aproximadamente, casi todos italianos; habrá una docena de franceses, una media docena de ingleses y dos norteamericanos. Por ahora no existen edificios públicos, pero un arquitecto norteamericano, Mr. Guillon, tiene a su cargo la construcción de una casa de gobierno. Hace algunos años se empezó también a edificar una iglesia de regulares proporciones, que ha quedado sin terminar.
Los artesanos son escasos y apenas si pueden desempeñar los oficios más necesarios. El comercio de exportación consiste en cueros, cerdas, sebo y cal, siendo el tráfico de este último producto, muy importante. Pertenecen al puerto de la ciudad algunos barcos pequeños, si bien no existe todavía una matrícula de registro. El -205- suministro de agua para la

población se realiza en malas condiciones porque debe llevársela desde el río, en carros tirados por bueyes. Suele pagarse, de un chelín a diez y ocho peniques por una sola pipa de agua. Las frutas que se producen en mayor abundancia son las naranjas, las uvas, los limones, duraznos y albaricoques.

En invierno, y por unos dos o tres meses, el clima es húmedo y frío, pero en el resto del año se mantiene suave y seco. Las chimeneas interiores no se usan en las casas de familia y rara vez he visto alfombras en algunas habitaciones. Las gentes -de toda condición- pasan la mayor parte del tiempo al aire libre y sólo viven bajo techo mientras duermen o en los días de lluvia. Podría creerse que, gracias a esta circunstancia y a la benignidad del clima, gozan de muy buena salud, pero en el hecho no es así. La costumbre de fumar tabaco y de tomar mate con bombilla, es común a las personas de ambos sexos en todas las clases sociales. Esto, agregado a la vida ociosa que muchos llevan, contribuye al desarrollo de diversas enfermedades crónicas del aparato digestivo -particularmente en su parte superior- y a dolencias agudas y también crónicas de la matriz. Son, asimismo, bastante frecuentes las enfermedades agudas del pecho, pero no así las de cabeza y las consuntivas del pulmón, que se dan raramente. Las intermitentes son desconocidas. Como enfermedad endémica, común también a las provincias vecinas, debe señalarse el bocio, que en esta población presenta la particularidad de que ataca solamente a las mujeres. He conocido varios hombres con bocio, pero eran de regiones pertenecientes a Santa Fe, donde el bocio está muy extendido. En Santa Fe, como en Corrientes y Paraguay, los hombres atacados de esa -206- enfermedad son pocos en proporción a las mujeres que sufren de ella. Creen los naturales que el bocio es producido por el agua que se bebe y así, he oído relatar uno o dos casos de hombres y mujeres que, por beber agua del mismo pozo, tenían el cuello inflamado.

Por lo que atañe a la historia remota de esta provincia, nada he podido saber de interesante: ni siquiera de carácter legendario. El territorio tuvo como primitivos habitantes a una tribu de indios llamados charrúas, contra los cuales vivieron en continua guerra los primeros pobladores blancos. Finalmente, por el año 1750, se dio una batalla decisiva, a orillas de un arroyo llamado desde entonces de la Matanza, donde los indios fueron destruidos, casi por completo. Los que pudieron escapar, se refugiaron en la Banda Oriental y nunca más intentaron atacar el territorio.

Después de la declaración de independencia, esta provincia continuó por poco tiempo bajo la jurisdicción de Buenos Aires, pero luego se negó a reconocer su autoridad43. Cada jefecillo trató de convertirse, mediante su espada, en un señor soberano. Para 1816, el general Artigas, entonces poderoso en la Banda Oriental, envió una fuerza al mando de Francisco Ramírez, contra don Eusebio Hereñú44 que en esos momentos hacía de gobernador de Entre Ríos45. Ramírez le derrocó y se apoderó del gobierno; luego se rebeló contra la autoridad de Artigas, quien inmediatamente invadió la provincia. El jefe oriental maniobró con éxito, al principio, -207- pero en 1819 fue completamente derrotado por Ramírez y buscó refugio en la provincia del Paraguay46. Ramírez a su vez, sintiéndose seguro, cruzó el río Paraná y se dirigió a Santa Fe con un cuerpo de

caballería, dispuesto a invadir Buenos Aires. Se le opusieron, don Estanislao López, gobernador de Santa Fe, y La Madrid, jefe de las fuerzas porteñas. En una batalla librada cerca de la frontera de Córdoba, fue muerto Ramírez. Su hermanastro, don Ricardo López Jordán, se declaró entonces «Supremo jefe de la Provincia». El general don Lucio Mansilla, comandante de la infantería y que había contribuido a la derrota de Artigas, se pronunció contra don Ricardo y finalmente le derrocó del poder. Poco después se reunió un congreso, convocado por Mansilla, y compuesto de diputados representantes de diversas localidades de la provincia. Este congreso dictó un cuerpo de leyes y organizó un gobierno que, nominalmente, ha existido hasta hoy. La provincia quedó dividida en departamentos y subdepartamentos, el gobierno se reconcilió con el de Buenos Aires, haciendo alianza con él y trató, en todo, de inspirar la mayor confianza posible. El general Mansilla gobernó hasta 1824, año en que renunció formalmente el poder, siendo entonces elegido don León Solas. En años sucesivos, varios hombres ignorantes e incapaces, usurparon la autoridad civil y militar, sobreviniendo como consecuencia la anarquía que se prologó hasta 1831. En este año47 asumió el gobierno don Pascual Echagüe y pudo restaurar el orden. La guerra volvió a encenderse en 1838 viéndose la provincia envuelta en nuevas calamidades, pero en 1841 fue elegido gobernador -208- el general Urquiza, quien, desde entonces, ha logrado mantener el orden y la autoridad.

La posición geográfica de la provincia de Entre Ríos, es decididamente favorable al comercio. Puede hacerse la navegación interior por espacio de varios cientos de millas y los barcos destinados a Europa, estarían en condiciones de efectuar sus cargas en inmejorables condiciones. Pero sus relaciones políticas, mercantiles y sociales, se hallan tan desorganizadas, que, por el momento, parece imposible que la provincia pueda salir del caos en que vive. El gobierno de España había hecho grandes concesiones individuales de tierras a diversas personas, pero resultó que, en muchos casos, esas tierras fueron usurpadas por ocupantes intrusos, y los propietarios verdaderos no han podido desalojarlos nunca, por ningún medio. La anarquía continua en que ha vivido la provincia, ha contribuido también a que los títulos de propiedad de la tierra, no ofrezcan mucha garantía, y tan poca atención se ha prestado al asunto, que las autoridades no siempre están en condiciones de poder asegurar la ubicación de las tierras públicas. De ahí que los extranjeros no las compren sino bajo garantía formal del gobierno.

El suelo produce trigo, cebada y maíz; también puede obtenerse tabaco y algodón de buena calidad. Las cosechas, sin embargo, son muy problemáticas, a causa de las duras sequías que suele sufrir este suelo y también toda la República. Estas sequías, secas, como las llaman aquí, son, a veces, generales, pero con más frecuentes solamente regionales. Durante los años 1830, 1831 y 1832, hubo una sequía general en todo el país, que trajo una enorme mortandad de ganado, por falta de agua y pastos. En los años 41, 42, 46 y -209- 47 se produjeron también grandes sequías en la provincia de Entre Ríos. La tabla meteorológica que ofrecemos, muestra las observaciones termométricas obtenidas en un período de cuatro años, como también el número de días de lluvia, durante ese lapso de tiempo. Es la mejor demostración que he podido obtener en -210-

cuanto a temperatura y clima; debo los datos al doctor Kennedy48, a quien quedo muy agradecido.

Esta provincia, y alguna de las vecinas, se hallaban invadidas por inmensas mangas de langosta. El poder destructor de estos insectos es increíble. En los meses de julio, agosto, septiembre y en ocasiones hasta en octubre, aparecen, procedentes de las regiones del norte y extienden su vuelo a través de la provincia de Santa Fe, pero muy raramente, o nunca, llegan más allá del río Uruguay. Parece que buscaran esa región del país únicamente para poner los huevos. El desove dura de veinte a treinta días y una vez cumplido, mueren las langostas madres. Uno o dos meses después, aparecen las langostas pequeñas: en un principio son blancas, pero luego adquieren un tinte oscuro, asemejándose en mucho al saltamontes pequeño. Pasados dos meses, ya tienen alas y están en condiciones de emprender vuelo en dirección al norte. La migración es simultánea porque, aun cuando el mayor número de insectos tenga las alas bastante fuertes, como para volar, ninguno lo hace hasta que todos se encuentran aptos para levantar el vuelo.
Para cruzar la provincia y pasar el río Paraná, tardan varios días con sus noches y vuelan en dirección a esa extensa región del país llamada Chaco, habitada únicamente por los indios. La ruta exacta que siguen es desconocida, por lo menos aquí, y sólo puede ser materia de conjeturas, porque el vuelo se extiende más allá de la provincia del Paraguay. Si bien, como hemos dicho, las langostas vienen hasta aquí únicamente a depositar sus huevos, parece que la fecundación principal del macho se hace todavía necesaria, porque cuando andan en la postura se les puede ver siempre apareadas. Macho y hembra perforan la tierra con la extremidad posterior del cuerpo y se entierran ellos mismos hasta las alas. Es común encontrarlas muertas en esa posición. Los huevos aparecen envueltos en una larga celdilla semejante a un pequeño cartucho de fusil, de dos pulgadas de largo y de una sustancia viscosa e impermeable al agua.
Las langostas escogen las tierras más duras para depositar sus huevos y es de notar que no vuelven periódicamente. Hubo una invasión en 1833 y las visitas se repitieron anualmente hasta 1840; desaparecieron luego hasta 1844 y, desde entonces, parece que han vuelto año tras año, sucesivamente. La voracidad y destructividad de estos insectos, es incomparable. Acosados por el hambre, se les ha visto comer la tierra, la corteza de los árboles más duros, el algodón y el hilo, pero solamente en casos muy extremos comen las parras, el cardo, el melón, el paraíso o árbol de ámbar. No comen tampoco ninguna sustancia animal. A veces, en el campo, comen enteramente los techos de paja de las casas, y las gentes se ven obligadas a renovarlos. El número de los insectos es incontable. Un viajero puede cabalgar en distancia de diez a veinte leguas, entre nubes de langostas, tan densas que constituyen un peligro para los ojos. Ni las ciudades ni los campos abiertos se ven libres de ellas. Cuentan que en el Paraguay, los habitantes lograron exterminarlas por unos cuantos años, obligando el gobierno a cada familia a presentar un cierto número de kilos de huevos; también se siguió el sistema de cavar zanjas en los lugares donde aparecía la langosta pequeña; luego las gentes, provistas de ramas de árboles, las hacían caer en los pozos, cubriéndolas luego con tierra.

Antes de relatar mi viaje de Paraná en adelante, debo expresar mi reconocimiento al doctor Kennedy, residente en la ciudad, quien me facilitó preciosas informaciones.
Después de dejar la ciudad, atravesamos una comarca muy pintoresca y escasamente poblada. En distancia de unas veinte leguas, anduvimos por un bosque, que se prolonga hasta la provincia de Corrientes, con un ancho de treinta a cuarenta leguas y en cuyo término se halla una inmensa laguna. Los árboles son de escasa altura, retorcidos y achaparrados: ñandubays, algarrobos, espinillos blancos y negros, quebrachos y guayabos. Los más abundantes y útiles son el ñandubay y el algarrobo, pertenecientes ambos a la especie de las mimosas; la madera del ñandubay es muy dura y tiene la buena cualidad de que no se carcome. De este árbol, puede extraerse, aunque en poca cantidad, una goma parecida a la de la acacia, o goma arábiga. La semilla del algarrobo es comestible y en algunas provincias forma parte del alimento ordinario de la población. La semilla del espinillo se emplea como colorante negro y la corteza del guayabo se utiliza en la industria de la curtiduría. Esta provincia tiene fama por sus buenos bosques, pero sólo puede considerársela así en un sentido puramente comparativo. Aunque menos escasa que en otras provincias, la madera útil es importada de las regiones del Báltico y de Norte América. No puede decirse lo mismo del Paraguay, donde hay extensas selvas de madera valiosa.
El segundo día de viaje, por la mañana, y a poco de ponernos en marcha, tuvimos que vadear un río. -213- Para evitar que se mojaran las pistolas, las aseguré sobre la cabeza de mi caballo e hice un atado con las ropas, echándolas a la espalda. Ya en medio de la corriente, las pistolas se aflojaron y el animal se asustó tanto con ello que apenas si pude salvar mi apero y llegar salvo a la orilla, pero completamente mojado. Por fortuna, la casa de posta no se hallaba lejos y fuimos hasta allí para secar nuestros avíos. Esta casa, o más bien cabaña o choza, estaba habitada por un hombre ya anciano y tres hijos suyos, quienes llevaban el género de vida más primitivo que yo había visto hasta entonces. La choza estaba compuesta por una armazón de madera, cortada de los árboles vecinos y recubierta de mazos de pasto, atados por lonjas de cuero crudo. El moblaje consistía en un cuero seco, colocado sobre una especie de plataforma elevada, en un ángulo del rancho; esto servía de asiento durante el día y de lecho durante la noche, Los pocos utensilios domésticos, eran también del orden más primitivo: una olla de hierro, de tres patas, unas grandes calabazas donde guardaban el agua y conchas recogidas en el río cercano, que hacían de cucharas. Asegurado en el techo, colgaba un cuero dispuesto de tal manera que servía para guardarlo todo, y en otro lugar estaba suspendido el esqueleto torácico de una oveja, haciendo las veces de canasta.
A poco de llegar nosotros, encendieron fuego y asaron un cordero. Para hacer fuego se valen de un procedimiento muy curioso: un muchacho se procuró un trozo de palo bien seco y poroso, de unas seis pulgadas de largo, introdujo uno de sus extremos entre los pezuños de una pata de cordero, la que tomó apretándola con su mano izquierda; asentó el otro extremo -214- del palito sobre un trozo de madera muy dura y luego con la cuerda de un arco, restregó con rapidez el palito sobre la madera y

obtuvo fuego en seguida. Terminada la comida, los hijos del dueño de casa se pusieron de pie y recitaron algunas oraciones, pidiendo después al padre la bendición. Es ésta una costumbre muy general en la región, que estuvo antiguamente bajo la influencia de los jesuitas. Hombres de toda edad, a veces encanecidos, acostumbran a recibir diariamente la bendición de sus padres. En la posta siguiente, encontramos cuatro o cinco chozas muy semejantes a la anterior: una buena mujer nos brindó esta vez, sobre una fuente, leche, bizcochos y miel silvestre.

Los habitantes de esta parte del mundo, parecen considerar que el cielo y la tierra bastan como única morada. El uso que ellos hacen de lo que nosotros llamamos una casa, es el que hacemos nosotros de la despensa o del ropero: es decir, la destinan sobre todo a la guarda de comestibles y ropas. Constituye una excepción la alcoba en que duerme la dueña de casa, pero no hay que acercarse a ese boudoir sino con el debido permiso y un profundo respeto. Me resultaba muy cómico, a veces -después de terminada la comida-, cambiar con la familia expresiones de fina cortesía y alejarme luego en busca de algún sitio raso bajo los árboles, en donde divagar a mi gusto. Cuántas veces, en tales circunstancias, he ambicionado el cochecillo del hada, descripto en «El sueño de una noche de verano»...

En la mañana siguiente, antes de salir el sol, y sin habernos desayunado, nos acercamos al río Gualeguay y lo cruzamos en una balsa, haciendo nadar a los caballos. Lo primero que llamó mi atención, al llegar a la orilla opuesta, fue la presencia de un hombre desnudo, -215- luego apareció otro, y un tercero, y un cuarto. Recobrado de mi sorpresa, pude advertir que se aproximaba una tropa muy grande de caballos, lo que me aclaró el misterio. Eran caballos devueltos como inútiles para el servicio, desde el ejército que luchaban a la sazón en Corrientes. Los hombres se ocupaban de hacerles atravesar el río, para lo cual los dividían en tropas pequeñas, obligándolos a entrar en el agua. La escena era de un carácter extremadamente agreste: los hombres, expertos nadadores, se divertían arrojándose del lomo de un caballo a la cola del otro, nadando, zambullendo y lanzando gritos.

Al tercer día de viaje, desde la ciudad de Paraná, atravesamos una extensión de campo despoblada, de unas cuarenta a cincuenta millas, donde pastaban tropas inmensas de vacas y caballos chúcaros. Todos estos animales huían a medida que nos acercábamos, presentando un aspecto imponente. Una manada de caballos salvajes produce la más singular impresión: la esbeltez de sus formas, la soltura de sus movimientos, la rapidez fogosa de su carrera, las crines largas y flotantes, las colas al viento, formaban un cuadro lleno de belleza y gracia. Cuando pasaron en masa, galopando atropelladamente, con sus crines y copetes agitándose a la luz de la luna mientras hacían temblar el suelo con sus cascos, produjeron en mí una impresión romántica, rayana en lo sublime.

La ciudad de Concordia, situada a orillas del río Uruguay, parece destinada a adquirir mucha importancia, pero el sitio para su fundación ha sido mal escogido. Cuando el río está bajo, los barcos se ven obligados a fondear a dos millas de la población. Estando alto, pueden aproximarse a distancia de una milla. Doce años -216- atrás, algunos pocos ranchos bastaban para contener toda la población, que al presente suma unos mil habitantes.

Las casas, en su mayoría, están construidas con estacas revocadas de barro, y tienen techo de paja; hay muy pocas de ladrillo. Hasta hace poco tiempo existía un establecimiento para la manufactura del sebo, que ha cesado de trabajar, pero la maquinaria de vapor y los tanques se hallan todavía en el local. Posee también Concordia una iglesia modesta y una escuela bastante grande y bien edificada, cuya creación y sostenimiento se debe al gobierno de la provincia. La provisión de agua para la ciudad, deja mucho que desear. En la orilla opuesta del río se levanta la ciudad del Salto; unas cuantas leguas arriba, está la cascada conocida por el Salto Grande. Me habían ponderado mucho este sitio y me trasladé hasta él, pero sufrí una gran decepción.

El lecho del río está formado por una capa de rocas en pendiente, de una extensión de un cuarto de milla más o menos, con ancho de unas trescientas yardas. En uno o dos sitios, cuando el río está bajo, el agua forma canales estrechos que, vistos a cierta distancia, dan la impresión de que podrían cruzarse a pie. El campo era el más pintoresco que había visto hasta entonces en la región porque, si bien las ondulaciones del suelo no merecen el nombre de colinas, son altas lo bastante como para dar variedad al paisaje.

En 1825, se formó en Inglaterra una sociedad bajo los auspicios de Mr. Beaumont, de Londres, con el propósito de colonizar algunos campos, situados al sur de Concordia; se compraron a ese efecto ciento quince leguas de tierra y se fletaron dos o tres buques con los -217-
pobladores, los instrumentos agrícolas y otros efectos. Pero después de haberse insumido sumas considerables, la empresa fue abandonada49. A pesar de ello, una parte de las propiedades quedó en manos de súbditos británicos. Existe un establecimiento muy valioso, propiedad de Mr. Campbell, en sociedad con los señores Wright y Parlane, de Manchester; tiene un área de unos 90.000 acres ingleses y forma, en su conjunto, una espléndida estancia. Los buques pueden cargar directamente para Europa, lana producida en el mismo establecimiento. Esta región de la provincia, ha sufrido en forma terrible con las guerras civiles, no sólo por haber sido teatro de muchas batallas, sino por haberse visto expuesta a las invasiones de los correntinos, que en sus depredaciones arrearon muchos miles de ovejas e innúmeras tropas de ganado. Pero los correntinos han sido últimamente sometidos por el ejército de Buenos Aires y anexada la provincia otra vez a la Confederación Argentina50.

Dejamos la estancia de Mr. Campbell ya muy entrada la tarde y llegamos en la noche a la ciudad del Arroyo de la China. Hicimos una parte del camino a través de un campo de suelo arenoso, cubierto por un bosque de palmeras florecidas. Las vacas, los venados y los avestruces, ofrecían un aspecto muy bello a la sombra de esos árboles en cuyos ramajes se albergaba una gran cantidad de loros bulliciosos.

-218-

La ciudad del Arroyo de la China, llamada ahora del Uruguay, se halla situada sobre el río del mismo nombre. Parece una población antigua y presenta un aspecto ruinoso y abandonado; se extiende sobre una área bastante grande, pero las casas se hallan muy apartadas unas de otras y los terrenos baldíos, que, podría creerse destinados a jardines, aparecen cubiertos de yuyales. La mayor parte de las viviendas son de estacas y

barro, techadas de paja, aunque también las hay de ladrillos, con azoteas. La población es de unos dos mil habitantes. La ciudad tiene una plaza en cuyo centro se levanta una pirámide medio derruida. A escasa distancia está la iglesia, rodeada en parte por una tapia ruinosa; en dirección opuesta puede verse un molino de viento, también en ruinas. En el puerto había cinco pequeñas goletas que podían ser arrastradas hasta la orilla, para recibir directamente la carga.

El gobernador, general Urquiza, posee, cerca de la ciudad, un saladero bastante amplio, administrado por un francés. No hay muchos extranjeros en Uruguay: unos pocos italianos y algunos franceses, pero ningún inglés. Cuando dejamos la ciudad, pasamos a través de una región donde el ganado cimarrón, vacuno y caballar, era en extremo abundante. Una estancia, propiedad de don M. García, que comprende cien leguas cuadradas, tiene, según se calcula, cien mil cabezas de ganado vacuno y cincuenta mil caballos y yeguas. La estancia limítrofe, de don I. Elaia, abarca una extensión de ochenta leguas cuadradas.

Las causas de esta superabundancia de ganado salvaje, en la provincia, pueden explicarse en pocas palabras. Cuando la reciente guerra con Montevideo llegó a su momento más álgido, el gobernador levantó un gran -219- ejército y entró en territorio oriental como partidario y aliado del general Rosas51. En esa ocasión los soldados se quejaron al general Urquiza de que, mientras ellos luchaban en territorio oriental, los vecinos de Entre Ríos se apoderaban de sus ganados, marcándolos indebidamente. Entonces, para evitar ese daño, Urquiza dio un decreto prohibiendo como medida general la marcación de ganado. Esta medida, si bien evitaba un mal, dio lugar a otro mayor, porque, andando el tiempo, los ganados aumentaron naturalmente, hasta hacerse tan numerosos que los dueños no pudieron evitar se mezclaran unos con otros y, como no tenían marca, sobrevino la mayor confusión. Muchos propietarios que habían faenado o perdido sus animales marcados, no se atrevían a matar los orejanos. Para remediar esta última situación, se dio un decreto autorizando matar los animales sin marca, pero previo aviso a la autoridad, que tenía órdenes de permitir el sacrificio de los destinados únicamente al consumo de cada familia. Podrá parecer extraño, pero se daba el caso de propietarios que veían sus campos inmensos cubiertos de miles de vacunos, y no mataban más de un ternero para satisfacer las necesidades domésticas, eso después de haber obtenido el correspondiente permiso.

Terminada la guerra en la Banda Oriental, el general Urquiza volvió a la provincia y licenció su ejército. Entonces se impartieron órdenes para proceder a la marcación del ganado, pero, debido a la escasez de población y a que la hacienda se había vuelto muy montaraz, -220- la tarea no resultó muy fácil. En la parte norte de la provincia, algunos propietarios no encontraron animales que marcar porque los correntinos habían efectuado frecuentes incursiones arreándose las haciendas. Las partidas habían pasado y repasado la frontera, como mangas de langosta, devastando los campos y extendiendo la ruina y la desolación por todas partes. Cuando los propietarios de una estancia inglesa salieron al campo para recoger sus haciendas, encontraron unos mil toros, o poco, más. Parece ser que las vacas se prestan más para el arreo fuera de sus campos, mientras los toros se resisten a abandonarlos: también es cierto que los soldados sienten

repugnancia por la carne de toro y esto explicaría lo ocurrido en la referida estancia.
Por ese tiempo, el General estableció varios saladeros, algunos por su propia cuenta y otros en sociedad, dedicados a la manufactura del sebo, pero el precio pagado por los animales apenas si dejaba un penique de ganancia, deducidos los gastos de recogida y arreo del ganado hasta el saladero mismo. El precio de cada caballo, era de cuatro a seis chelines y se tenía en cuenta el tamaño del animal, su grosor y el largo de las cerdas en la crin y la cola. Hubo casos en que algunos estancieros ingleses, ocuparon más de veinticinco hombres bien montados para recoger caballos cimarrones y el precio que debieron pagar a sus peones excedió al de los animales en el mercado. El ganado vacuno se recoge y arrea con más facilidad: cuarenta o cincuenta hombres bien montados, si salen al amanecer, pueden, antes de la noche, formar una inmensa tropa, de unos tres o cuatro mil animales, y -con suficiente pericia- conducirla hasta un corral donde en pocos días se sacrifica todo el ganado.
-221-
Aquí es el caso de recordar un hecho que llevó al colmo de la ruina a los estancieros de Entre Ríos: En 1846, se produjo una espantosa sequía y hubo incendios de campos que dejaron sin pasto a las haciendas; éstas abandonaron entonces sus querencias en busca de agua y alimentos. Algunos propietarios perdieron cinco mil animales, otros diez mil, otros cincuenta mil; en una estancia inglesa del sur, se calculaba en ciento cincuenta mil, el número de los animales que habían abandonado sus campos de pastoreo dispersándose por toda la provincia, sin haber producido un centavo a sus propietarios. Pero, en realidad, todos esos animales no han abandonado la provincia y hacen parte de su riqueza. Ahora bien, por una ficción de la ley, resulta que los propietarios aparecen como haciendo abandono al gobierno, de todos esos animales, considerados sin dueño en su calidad de orejanos. De ahí que gran parte de esa riqueza ganadera, parezca destinada al tesoro común.
Esta situación tan promisora para los ingresos del erario, ha levantado mucho el espíritu de las clases pobres, porque se cree que los soldados -algunos de los cuales han servido de dos a seis años- recibirán esta vez quince o veinte pesos cada uno, como recompensa de sus servicios. Las tropas de las milicias, cuando son convocadas por la autoridad para el servicio militar, deben procurarse ropas y monturas. Mientras se hallan en servicio activo se las provee de carne necesaria, yerba y azúcar en abundancia. La gloria y no el dinero constituye su única recompensa; de ahí que no puedan entusiasmarse por el aliciente de la paga sino por el honor de combatir en defensa de su país. La pobreza de los soldados suele inclinarlos al hurto, pero, es de saber que su Gobernador y Capitán General, siente verdadera -222- repulsión por los ladrones, y como se halla decidido a terminar con toda especie de robos, los delincuentes detenidos son, por lo general, condenados a la última pena.
Después de haber cabalgado unas quince leguas, llegamos a la casa de Mr. Alexander y me quedé a pasar la noche en su compañía. Mr. Alexander tiene en arrendamiento cuatro leguas de campo y las destina a la ganadería. El precio del arrendamiento es de diez libras esterlinas por año, la legua, (unos seis mil acres) y toda la tierra sin excepción es apta para el

arado.
En la mañana siguiente, seguimos a caballo hasta Gualeguaychú. Esta ciudad, como las otras de la provincia, tiene una mala ubicación. El río sobre que se halla situada desemboca en el Uruguay a distancia de unas tres leguas; hay un banco en la desembocadura del río y, embarcaciones que calan apenas seis pies, se ven obligadas a esperar dos y tres semanas para cruzarlo. La ciudad, con todo, parece próspera; se construyen nuevos edificios con alguna rapidez y los habitantes confían en que la población habrá de aumentar en forma considerable. Asciende el número de habitantes a unos dos mil quinientos, de los cuales trescientos son extranjeros, principalmente vascos e italianos. Hay también veinte o treinta ingleses. Cuenta la ciudad con un pequeño templo, muy bonito, y una buena escuela; hay también establecimientos destinados a la manufactura del sebo.
Cuando partimos de Gualeguaychú, entramos en seguida en una comarca muy hermosa, de muchos árboles y buenas aguadas, pero de escasa población. Nos tomó una tormenta con truenos y empezó a llover a cántaros; en plena tormenta apareció junto a mi un avestruz; -223- al pronto me pareció estropeado, pero, en cuanto me bajé del caballo, echó a correr y pude advertir que tenía un nido con cuarenta y un huevos. Sin duda son varias las hembras que depositan sus huevos en el mismo nido; en cierta ocasión se encontraron en un nido veintiún huevos que habían sido puestos en el espacio de tres o cuatro días. El avestruz macho se encarga de incubarlos durante todo el tiempo necesario y a veces por cierto término, nada más.
Después de cabalgar unas pocas horas llegamos a la ciudad de Gualeguay, donde encontramos alojamiento en casa de un confitero francés. Esta ciudad se halla situada a orillas del río del mismo nombre; pero las embarcaciones no pueden acercarse a menor distancia de tres leguas. Tiene más o menos la extensión de Gualeguaychú; entre sus habitantes cuentas unos trescientos vascos e italianos y una docena de ingleses. En ésta región de la provincia se hallan varias estancias de propietarios ingleses y entre ellas la mayor extensión de tierra perteneciente a un súbdito británico en esta parte del mundo. La familia de la señora Brittain, -de Sheffield, según creo- posee doscientas leguas cuadradas de terreno, incluso un buen puerto. El número de sus ganados se calculaba en unas doscientas cincuenta mil cabezas con un valor de cincuenta mil libras esterlinas. Pero, debido a la desorganización en que se encuentra ahora la provincia, se hace imposible conseguir peones para guardar tal número de animales y por otra parte el gobierno prohíbe -como hemos dicho- la matanza de ganado. Como consecuencia de todo esto, y durante la sequía del año último, abandonaron sus campos de pastoreo ciento cincuenta mil animales, y sus propietarios tuvieron que darlos por perdidos. Las fortunas en -224- estas provincias, «vienen como las sombras y como ellas se van».
Encontrándome en la ciudad mencionada, me sentí perplejo en cuanto a la ruta que había de seguir para continuar mi viaje: se me ofrecía una, por agua, hasta algún punto cercano de la provincia de Buenos Aires; para seguir la otra ruta tenía que procurarme un baquiano y atravesar todos los arroyos, islas y ríos, que nos separaban de la costa del Paraná, frente al Tonelero, lugar donde podría cruzar el río en una balsa. Consulté el caso con el comandante y éste me aconsejó el viaje por agua, presentándome el

otro camino, no sólo como muy peligroso, sino como irrealizable. Uno de los riesgos a que me exponía era el de ser atacado por los desertores que infestan ese distrito y roban siempre que se les presenta la oportunidad. Pocos días antes, una banda compuesta por siete de ellos, había sido apresada y todos ejecutados de inmediato, nosotros pasaríamos por el sitio donde debían hallarse los cadáveres, a menos que los tigres o las aves de rapiña no los hubieran devorado. Pesé detenidamente las desventajas que me ofrecían ambos caminos y como el viaje por agua me significaba un molesto retardo de varios días, al final me decidí por atravesar las islas, lo que podía hacer en dos días con facilidad.
Acompañado por dos baquianos bien armados y bien montados -como lo iba yo mismo- salí de la ciudad de Gualeguay. El camino corría por una verdadera jungla o selva virgen, guarida natural de los tigres. Al atardecer del día siguiente, estuvimos a la vista del Paraná Pavón y seguimos marchando por una de sus márgenes, durante dos horas, hasta llegar al desembarcadero de la balsa. El servicio de esta balsa se ha establecido -225- para facilitar la conducción de los despachos gubernativos, entre las provincias de Entre Ríos y Buenos Aires. Dos o tres soldados son los encargados de hacerlo. La luna brillaba en todo su esplendor y nos aprestamos para dormir a la orilla del río. Aunque la jornada ininterrumpida, bajo un sol muy fuerte, me había fatigado mucho, los mosquitos me molestaron de tal manera que ya me parecía imposible lograr algún descanso. Pero se habían encendido fogatas para llamar la atención de los hombres que se hallaban en la orilla opuesta; éstos las advirtieron y vinieron en seguida para cruzarnos en sus botes. Con esto levantamos muy luego el campamento, para armarlo en la orilla opuesta.
Abundan mucho los carpinchos en estos lugares. Este anfibio ha sido descripto como muy semejante al cerdo, y hay quienes le llaman cerdo de agua, pero no puede darse denominación más equivocada. Tuve oportunidad de examinar uno de ellos, que se encontraba muerto a la orilla del agua. Tenía la apariencia de un pequeño oso gris, a excepción de la cabeza que ofrece semejanza con la de la vizcacha. Aunque estos animales corren con bastante rapidez, su andar se parece mucho al del oso; cuando están asustados, lanzan un grito en que parecen ladrar y gruñir al mismo tiempo.

En la mañana siguiente, los soldados nos dieron cabalgaduras de refresco y pronto llegamos al río «Los Hornillos» que en esos lugares tiene unas ciento cincuenta yardas de ancho. En pocos minutos nuestros baquianos lo atravesaron nadando con sus caballos y luego volvieron a cruzar el río, solos. Formaron luego con un cuero seco, unido por sus esquinas, una especie de batea cuadrada, algo como una canoa, que llaman también balsa: tendría unos tres pies de largo por dos y medio -226- de ancho, con seis pulgadas de profundidad. Allí pusieron mi equipaje y lo cruzaron en tres viajes consecutivos. Una vez cargada la pequeña embarcación, la conducían al agua y un hombre, nadando, la empujaba hasta la orilla opuesta. Una vez que se hubo trasladado todo mi equipaje, y ya puesto en seguridad, cruzamos nosotros el río, también a nado, llevando las ropas en la balsa.
Habiendo cabalgado durante una hora, llegamos al río Perdido y lo cruzamos de la misma manera que el anterior. El río próximo se llamaba el Sacar

Calzón52 y como su nombre lo indica, era vadeable, aunque algo profundo. Por la tarde estuvimos en el río Las Lechiguanas, que cruzamos con la balsa. El sol estaba muy fuerte. Yo me había sumergido en el agua tomando un largo baño y muy de mala gana dejé la frescura de la corriente; por dos veces empecé a vestirme y por dos veces cedí a la tentación de volver a meterme en el agua.

Después de pasar este río, echamos a andar por entre la isla llamada de Las Lechiguanas. El camino resultó penoso, porque las hierbas gigantes, entrelazadas unas con otras, hacían muy dificultoso y lento el avance; por momentos, apenas si los caballos encontraban una abertura por donde pasar la cabeza y nos veíamos obligados a detenerlos y buscar otro paso entre la maraña. Estuvimos cerca de dos horas entretenidos, contemplando una goleta de gran velamen que bajaba por el río Paraná. Poco después llegamos a la orilla del río e hicimos un disparo de arma de fuego para que se notara nuestra presencia. Entonces salió un bote desde la margen -227-
opuesta, para cruzarnos. Estábamos a unas sesenta leguas de la ciudad de Buenos Aires. En la noche del segundo día de viaje, llegamos a las cercanías de la ciudad, pero antes de entrar en ella quisimos pasar algunos días de placentero descanso en compañía del señor Kearns y su esposa, alojados en la estancia de su propiedad.

Podíamos, con razón dar gracias a la Providencia porque no habíamos sufrido el más leve accidente, ni yo ni mi compañero, durante este viaje tan largo y peligroso. Bien es cierto que también podíamos estar contentos de los caballos, mansos o ariscos, de que nos habíamos servido.

Habíamos cumplido un trayecto de quinientas sesenta y siete leguas, recorridas en espacio de dos meses con un gasto de sesenta libras esterlinas, aproximadamente. El costo del viaje, en la provincia de Buenos Aires, es de un peso papel por legua, incluido el caballo y el postillón.

En las provincias de Santa Fe y Córdoba, es de medio real plata por legua y por cada caballo. Habíamos estado sobre el recado durante treinta y seis días haciendo diariamente las jornadas que a continuación se enumeran al sólo efecto de mostrar el precio de los viajes por los caminos de postas.

-228-

-229-

Capítulo XII

La religión del país. - El antiguo Colegio de los jesuitas y su decadencia. - Bajo nivel de la educación: sus progresos. - Colegios de Buenos Aires dirigidos por extranjeros con la tolerancia del Estado. - La Catedral de Buenos Aires. -La Semana Santa. - Procesión del Lunes. - Preparativos para el jueves Santo. - Las imágenes en las calles. - Tribunas públicas para los laicos. - La procesión nocturna del Viernes. - Escenas del Sábado a mediodía. - La quema del Judas. - Las indulgencias. - Monjes mendicantes. - Comportamiento del pueblo y su buen natural. - Lo

que gastan las señoras en trajes para la Semana Santa. - Misa Mayor en la Catedral- - Ceremonia ante el altar. - Las señoras y sus vestidos. - Contraste de la belleza femenina sudamericana y la inglesa. - Procesión del Obispo y el Clero.

Hay un solo obispo en todo el territorio de la República. Las congregaciones de franciscanos y dominicos, cuentan, cada una, en Buenos Aires, con ciento veinte frailes -más o menos- de los cuales, unos veinticinco o treinta han recibido órdenes sagradas. Los recoletos -rama de los franciscanos- tienen a su cargo los hospitales y cementerios; son muy pocos en número y viven de lo que obtienen con la celebración de funerales y otras oraciones que rezan por el descanso de las almas.
Hay dos conventos de monjas: uno es el de las dominicas o de Santa Catalina, cuya observancia es muy rigurosa y donde las monjas, una vez, formulados sus votos, se privan, para siempre, de todo contacto -230- con el mundo. El otro es el de Santa Clara, orden más conocida por «Las Clarisas pobres», que se mantiene de la caridad pública; cuando las religiosas de este convento se hallan en necesidad, tañen una campana de iglesia, suspendida en el edificio, hasta que las personas piadosas y caritativas acuden a socorrerlas. Existe también una casa de ejercicios espirituales, para el público, donde los fieles pueden recogerse temporariamente sometiéndose a penitencias y mortificaciones. También reciben allí a los castigados por censura eclesiástica y se predican sermones quincenales, siendo necesario para asistir a ellos, un certificado del cura párroco.
Si bien es cierto que el gobierno del país se ha incautado de muchas propiedades de la iglesia, no ha de creerse, por eso, que el pueblo o el gobierno sean indiferentes a la religión establecida. En un país tan extenso y de tan escasa población, no puede ejercerse sobre todo el pueblo la vigilancia pastoral; hay cantidad de gentes que no pueden congregarse para celebrar el culto público, a menos que se trasladen a cuarenta o cien millas de distancia. Pero, asimismo, entre las familias que vivían más aisladas, en lugares muy apartados, raramente dejé de advertir la imagen de su santo protector, generalmente encerrado bajo un fanal de vidrio y adornado con más o menos lujo, según los recursos de cada uno.
Mientras este país estuvo sometido a la monarquía española, los jesuitas tuvieron a su cargo la enseñanza: mantenían iglesia y colegio en el corazón mismo de la ciudad y hubieran podido alojar hasta mil alumnos. La decadencia de esta institución, data de la expulsión de los jesuitas, en 1767. Aunque la iglesia se mantiene todavía -231- en buen estado de conservación, el colegio y otras dependencias caen en ruinas rápidamente.
El gobierno no ha tomado ninguna providencia para el fomento de la educación nacional. La Universidad, podría decirse que existe únicamente de nombre: mantiene dificultosamente dos profesores, ante quienes pasan sus pruebas los candidatos para las carreras de leyes y medicina. Los porteños reconocen, sin embargo, la importancia y la necesidad de la educación; según informes que he podido obtener, me place asegurar que la próxima generación será más ilustrada que la precedente. Si bien los estudios superiores no se cultivan ahora mayormente, la enseñanza general

se halla más difundida. En ningún sector de la sociedad se dejan sentir más los beneficios de la educación, que entre las mujeres jóvenes de cierto rango, porque, anteriormente, su instrucción era tan limitada que no merecía siquiera el nombre de cultura mental. Esa enseñanza, abarca en la actualidad un campo mucho más amplio de conocimientos y el progreso se debe, principalmente, al número de extranjeros que han instalado colegios particulares en Buenos Aires. Existen ahora cinco establecimientos educacionales, para alumnos internos y externos, dirigidos por señoras o profesores europeos. Estos establecimientos subsisten, es verdad, por la sola tolerancia del gobierno y corren el riesgo de ser clausurados en cualquier momento.

En el antiguo colegio de los jesuitas se ha instalado un nuevo instituto educacional. El gobierno autoriza la ocupación del edificio a condición de que los hijos de ciertos oficiales del ejército reciban gratuitamente la enseñanza. Esta institución, en cuanto al plan de estudios -232- y régimen de administración, es similar al Carlow College, de Irlanda.

La Catedral es un gran edificio de ladrillos, cruciforme, originariamente de estilo morisco y todavía inacabado. El frente, sobre la Plaza de la Victoria, está formado por un pórtico moderno, de orden corintio, con doce columnas que soportan un bien proporcionado frontón. Corona el edificio una gran cúpula de apariencia desnuda y pobre por la pequeñez de las molduras. La belleza interior del templo deriva, en mucho, del contraste que ofrece con el exterior. El piso está formado por mármoles blancos y negros; sostiene la bóveda del techo, separando las naves, una serie de macizas columnas con capiteles dorados. Adheridos a los pilares que sostienen la cúpula, hacia el Este, hay dos púlpitos de ricas tallas doradas y lujosos doseles; puede subirse al púlpito por medio de una escalera, empotrada en el pilar. El altar mayor es también de grandes proporciones y se levanta hasta el techo de la iglesia; tiene ricas tallas doradas y pintadas, como también otros adornos y cuadros. Sobre una plataforma se levanta el trono del Obispo y, enfrente, el sillón del Gobernador. Cuando la iglesia está iluminada, el conjunto resulta esplendoroso. Al extremo de la nave hay un altar reservado que llaman de la «Divina Pastora»: puede verse en él la imagen de una pastora rodeada por su rebaño. Entrando, a cada uno de los lados, se encuentran pilas de agua bendita, en mármol esculpido. Próximo a la entrada está el Bautisterio; la fuente bautismal se halla cubierta por una tapadera horadada, de unos dos pies de alto; las puertas se mantienen cerradas con llave como se hacía en la Edad Media. Hay trece altares en las naves laterales; seis de ellos son fundaciones particulares y el Capellán recibe un -233- estipendio anual para decir misas por el alma del donante, su familia y amigos, vivos o muertos. La Sacristía, el Lavatorio y la Sala Capitular, están bien arreglados y tienen mesas de mármol. Los ornamentos de los celebrantes y los vasos sagrados son valiosos.

La Semana Santa es celebrada en Buenos Aires con especial devoción: cada día tiene sus pompas y ceremonias especiales y las manifestaciones de religiosidad se advierten por todas partes.

Caminando por una de esas calles, un lunes por la noche, durante la última semana de Cuaresma, vi que se congregaban algunas personas cerca de la iglesia de la Merced. Entré al templo y me fue dado contemplar tres

imágenes, casi de tamaño natural, colocadas sobre sendas plataformas y cubiertas por baldaquines adornados con oropeles y flores artificiales.
Una de las imágenes, la más próxima a la puerta, representaba a la Virgen, vestida de blanco, teniendo en una de sus manos un cáliz y en la otra un libro. En el centro de la nave veíase la imagen de Cristo azotado, y cerca del altar se levantaba la figura de una Santa. A ambos lados de la nave estaban muchas mujeres -pobres en su mayoría- sentadas o arrodilladas sobre trozos de alfombras; unas tenían en las manos libros de oraciones, otras rosarios, y todas denotaban una gran devoción. La imagen que atraía la mayor atención era la del Cristo. Un buen número de monjes, religiosas novicias y monaguillos, andaban de aquí para allá, muy atareados. De una puerta, junto a un altar, salieron unos cuantos músicos, con violines y otros instrumentos; les seguían varios monjes y otros eclesiásticos revestidos de ricos ornamentos. Algunas personas del público levantaron las imágenes en hombros, rompieron a tocar los violines y la procesión -234- avanzó hacia la puerta del oeste. Al salir a la calle, se le unió una guardia de honor y todo el conjunto se puso en marcha con dos bandas de música que tocaban alternativamente. Rodeaban las imágenes hombres y niños provistos de velas encendidas y faroles suspendidos a largas pértigas. Por momentos, la música cesaba y cantaban los monjes con voces muy altas pero armoniosas. Dos o más monaguillos, llevando, cada uno, un crucifijo, recibían las ofrendas de los fieles. Estas consistían, principalmente, en monedas de cobre de escaso valor. Como empezaron a caer algunas gotas, amenazando lluvia, la procesión no cumplió ese día todo su recorrido y volvió a la iglesia.
El martes y el miércoles se hacen también celebraciones en todos los templos. Los sacerdotes y sus auxiliares andaban atareados preparando tablados; doseles y otros objetos necesarios para el despliegue de un gran ceremonial católico. La iglesia de los franciscanos ofrecía un aspecto imponente: el edificio, con su altísima cúpula, sus macizos pilares, la espaciosa nave central y las sombrías naves laterales, despertaba sentimientos de temor y reverencia, muy propios de la conmemoración que se efectuaba.
En el altar mayor, los eclesiásticos celebraban diversas ceremonias, mientras otros frailes, con el modesto sayal de su orden, recorrían silenciosamente el templo. La concurrencia era, en su mayor parte, femenina, y los rezos, musitados en voz baja, repetidamente, adquirían acento sobrenatural.
El Jueves Santo, la ciudad permanece en el más completo silencio, porque la policía ordena que se interrumpan todas las tareas, desde el miércoles por la noche -235- hasta el sábado por la mañana. Las familias tienen que proveerse de todo lo necesario: no se ve, en esos días, un carro ni un jinete por las calles. Hasta las campanas de las iglesias enmudecen. Para celebrar la ceremonia de este día, los eclesiásticos rivalizan en el adorno de las iglesias e imágenes. Unas veinte de estas imágenes de bulto, con sus correspondientes adornos, habían sido colocadas al aire libre, sobre pedestales de cuatro a cinco pies de alto. En torno a ellas se veían hombres, mujeres y niños arrodillados, repitiendo las Aves Marías con sus rosarios. Los penitentes, antes de retirarse, se acercaban a las estatuas, hacían una genuflexión y besaban una de las borlas que colgaban de sus

vestidos. Por momentos, algunos hombres y muchachos pedían limosna en voz alta para los santos de su devoción y colectaban sumas considerables, si bien cada uno daba solamente unas pocas monedas de cobre.
Bajo los pórticos del Cabildo -adornados con cortinas, alfombras y ramas florecidas- veíanse dos imágenes, de Cristo y de la Virgen. El Cristo era de rostro macilento, con túnica carmesí, corona de espinas y llevaba una cruz sobre los hombros. La Virgen ostentaba una diadema de similor, un velo de muselina y capa de terciopelo negro adornada con anchos lazos dorados. Cerca de la iglesia de los jesuitas, había otra imagen de Cristo, con atavíos muy semejantes. En el lado opuesto de la calle se alzaba una cruz pintada de negro, de unos diez pies de alto, de la que colgaban unos cordeles. Junto a la cruz veíase una escalera. En otra calle se encontraba una imagen femenina, de rostro negro, vestida de blanco y cubierta de lazos dorados y -236- plateados, dijes y bujerías; tenía en sus brazos un niño de color blanco53.
A la entrada de la iglesia del colegio, hallábase la imagen de un santo, vestido con jubón y falda, y con un pequeño violín que colgaba de un cíngulo. Probablemente quería representar a Santa Cecilia54.
Por la noche, toda la ciudad se puso en movimiento: eran ríos de gentes los que se dirigían a las iglesias y salían de ellas. Las imágenes al aire libre -alumbradas ahora con lámparas y cirios- se veían rodeadas por grupos de mujeres y niños arrodillados. En diversos lugares de la ciudad se habían levantado tribunas a las que tenían acceso las personas piadosas que deseaban leer en voz alta algunas pasajes del Misal para edificación de los concurrentes.
En la noche del Viernes Santo, una larga procesión salió de la iglesia de la Merced y avanzó cruzando la plaza de la Victoria, seguida por un gran concurso de gente. Iba encabezada por una imagen femenina de expresión profundamente dolorosa, llevada en hombros bajo un baldaquín ricamente adornado. La seguía una banda militar y una guardia de honor, formada por soldados de infantería. Los concurrentes llevaban velas encendidas, cirios y faroles. Las luces de estos últimos al aire libre, los sones de los instrumentos musicales, las vísperas cantadas por los monjes, producían una fuerte impresión. En otra oportunidad, pude ver una procesión con imágenes, alrededor de la iglesia de San Francisco. -237- Las calles habían sido cubiertas con una espesa capa de hinojo silvestre que emitía un olor agradable cuando se le pisaba, mientras los incensarios encendidos despedían nubes de incienso fragante.
El sábado a mediodía, Cristo se representaba como ascendiendo de la tumba. La ciudad, que algunos momentos antes observaba un silencio de muerte, resuena entonces de alegría y regocijo, las campanas son echadas a vuelo, explotan los petardos, y las bandas de música rompen a tocar en todos los barrios.
Por la noche, las calles rebullen de vida y alegría. En algunos sitios la gente se divierte quemando la efigie de judas Iscariote. En la Alameda levantan una gran horca, de la que cuelgan una figura colosal del traidor; barricas de alquitrán arden alrededor y como el muñeco está rellenado con petardos, éstos explotan a cada momento mientras los cohetes voladores iluminan la escena y son recibidos con gritos por la multitud.
Los negros y los mulatos eran quienes tomaban parte principal en estas

ceremonias. Las clases más respetables no mostraban mucho interés por ellas, aunque algunas de las procesiones congregaron un público muy numeroso. En las iglesias, por medio de carteles, se prometían diez indulgencias por cuarenta días a los participantes de las ceremonias públicas.
Unas minúsculas imágenes de cera, encerradas en pequeños fanales de vidrio, servían para solicitar limosna por las calles, en nombre del Santo. A los que daban algunos cobres, se les permitía besar las imágenes. Había quienes las llevaban a las casas de familias adineradas y recibían ofrendas para el sostén de la Iglesia.
-238-
Debe ser éste un tiempo de fatigas para los eclesiásticos. Yo visité con bastante frecuencia las iglesias y pude observar que andaban siempre ocupados en algún nuevo arreglo; las cortinas que cubren los altares, las mesas, las sillas, los candelabros, los atriles y en general todo el mobiliario del templo, se cambiaba de continuo, como para atraer las miradas de los fieles, y todas las iglesias permanecían abiertas desde hora muy temprana hasta muy tarde de la noche. Imposible imaginar mayor orden y mejor comportamiento que el observado por toda la población; no podría darse una reunión de gentes donde prevaleciera más la cortesía y el buen natural: desde el negro humilde, hasta el magnate de origen español, en todas las clases podía observarse el mismo espíritu benevolente y amable.
Llamó mucho la atención la buena calidad de los vestidos que llevaban personas de clase modesta y no creo exagerar si calculo que cada una de ellas debe gastar, por lo menos, en manufacturas inglesas, un promedio anual de cinco libras esterlinas. La parte más consistente en los vestidos de las señoras, estaba formada por telas inglesas, pero los adornos y fantasías eran de fabricación francesa. Las señoras tienen pasión por los vestidos y en esos días habían andado tan preocupadas con los preparativos, que, en las semanas precedentes, casi no hablaban de otra cosa que de los lujosos trajes con que pensaban asistir a las ceremonias. Algunas encargan a Europa sus vestidos y pagan desde cincuenta, hasta cien libras esterlinas por cada uno.
La ceremonia más importante tuvo lugar en la Catedral. Yo entré por una puerta que se abre hacia el lado oeste del templo. El piso estaba todo alfombrado; dos filas de sillas se extendían a ambos lados de la nave
-239- central, hasta el altar mayor. Frente a él y a cierta distancia, se levantaba una especie de plataforma, de unos pocos pies de altura, semejante a un escenario: allí se desarrollaron los ritos y ceremonias de tal modo que podían ser presenciados por todos los fieles. Sobre el tablado, había sido erigido un altar provisorio. Una cortina negra, con una cruz roja en el centro y suspendida del techo, separaba la plataforma, del altar mayor. De los capiteles de las columnas colgaban trofeos de guerra, consistentes en banderas desgarradas. Se habían colocado a lo largo de las paredes algunos cuadros religiosos apropiados y los altares laterales ostentaban imágenes de santos, con brillantes adornos.
Todas las autoridades civiles -y las militares obligadas ex-oficio- ocupaban las sillas a lo largo de la nave. El piso de la catedral aparecía como de propiedad común de todas las clases sociales y no se hacía

distinción de rango; todos se confundían allí con naturalidad y decoro: el más humilde negro se arrodillaba junto al orgulloso patricio y la dama rezaba sus oraciones con la servidumbre da la casa.
Las señoras, con paso lento y gracioso, hacían su entrada por la puerta principal. Iba seguida, cada una, por su doméstico que llevaba una alfombra guarnecida con flecos. Una vez en el centro de la iglesia, o en algún espacio desocupado, la señora elegía un sitio y lo señalaba al sirviente, quien desenvolvía la alfombra para que el ama se pusiera de rodillas. Ella se santiguaba devotamente, dándose fresco, luego, con el abanico. Concluidas sus oraciones, se sentaba en el piso, arreglando su falda de modo que, ni el tobillo, ni siquiera la punta del bonito pie, asomara bajo los pliegues del vestido. La nave principal no tardó en llenarse de fieles que, poco -240- a poco, fueron ocupando las naves laterales y rodeando los altares. Los hombres, con raras excepciones, no mostraban mucha devoción y andaban, de un lado a otro, observando como simples espectadores o contemplando algunas de las mujeres más bellas de la ciudad, congregadas allí con sus mejores atavíos. Los trajes eran espléndidos: las mantillas, de finísimos encajes, lucían sobre las cabezas y los hombros; prevalecían los vestidos de terciopelo, de raso y de blondas; algunas señoras llevaban vestidos de encaje negro sobre una falda de raso, color violeta, que producían un hermoso efecto. Los diamantes y otras joyas, sólo eran ostentados por la minoría pudiente.
Sobre los atractivos personales de las señoras, no podría decir mucho, porque, en este clima, la juventud pierde pronto su lozanía; por otra parte, la belleza femenina adolece de cierta falta de carácter, debido a la mezcla de razas. Las figuras, sin embargo, tienen mucho donaire y sus movimientos son de una soltura y elegancia hechiceras. Como no llevan gorras, la mirada puede abarcar de una vez la forma de la cabeza y la línea del cuerpo en general, y ni el espectador más frío puede sustraerse al influjo de su garbo y sus maneras. Los atractivos de las mujeres jóvenes -hasta cierta edad- son realzados por una fisonomía delicada y gentil, que ilumina la radiante alegría de la juventud. Sin embargo, el término «loveliness», esa mágica palabra que sintetiza todo el poder de fascinación en la mujer, no podría aplicarse a ellas, ni es de encontrarse aquí la altiva belleza y digna reserva que caracterizan la feminidad inglesa. Quizás en el norte de Europa, exclusivamente, puedan verse esos tipos de belleza femenina en que, la frescura de la juventud, la armonía de formas y el encanto -241- del rostro, se combinan para hacer la delicia de los ojos, despertando el homenaje del corazón.
En algunos grupos familiares figuraban jovencitas de diez y seis a veinte años, de mucha seducción personal. Aunque ligeramente gruesas, sus siluetas eran armoniosas y de contornos delicados; en sus rostros ingenuos se dibujaba una expresión de plácida sensibilidad cuando caminaban por las naves o reconocían algunas de sus amigas: entonces su atractivo era singular.
Los sacerdotes y sus acólitos iban revestidos con ornamentos blancos, galoneados de oro y plata, unos con la cabeza descubierta, otros con birretes en forma de mitra. La luz incierta de las lámparas y las nubes de incienso que envolvían a los celebrantes en el altar, daban a la escena que allí se desarrollaba un carácter misterioso que impresionaba los

sentidos de la multitud. Algunos jóvenes bien vestidos de la mejor sociedad, andaban entre la concurrencia, llevando una cajas con velas encendidas. Cualquiera del público podía tomar una de esas velas para llevarla hasta el altar. En este sitio, entre el agitar de los incensarios y el canto de los requiem, formose una procesión. Abrieron la marcha los monaguillos con hachones encendidos, precediendo a un sacerdote que llevaba, en alto, una cruz de plata maciza, e iba acompañado por dos filas de acólitos, con candelabros de plata. Venía luego otro eclesiástico, llevando un pendón blanco, seguido por el clero y laicos; todos tenían cirios encendidos y en medio llevaban un gran crucifijo de plata. El Obispo apareció después, cubierto con la mitra y empuñando su báculo; marchaba bajo un palio de seda con pértigas de plata, llevadas por sacerdotes, mientras los acólitos, agitando -242- los incensarios, envolvían en una nube fragante la figura venerable del prelado. Mientras sonaba la música de la orquesta y los cantos del coro, la procesión dio una vuelta por el interior del templo y volvió al altar. Entonces, las autoridades civiles y militares se retiraron para visitar otras iglesias donde se habían realizado ceremonias.

Advertencia

Los capítulos que integran este volumen, con numeración corrida, corresponden en la obra original inglesa a los capítulos I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII y XII del tomo primero y a los capítulos I, II y III del tomo segundo. En el capítulo XII no se han traducido algunas referencias a historia eclesiástica por contener datos erróneos que hubieran exigido aclaración; corresponden a cuatro páginas del original inglés.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

_____

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal** www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**. www.biblioteca.org.ar/comentario

editorial del cardo